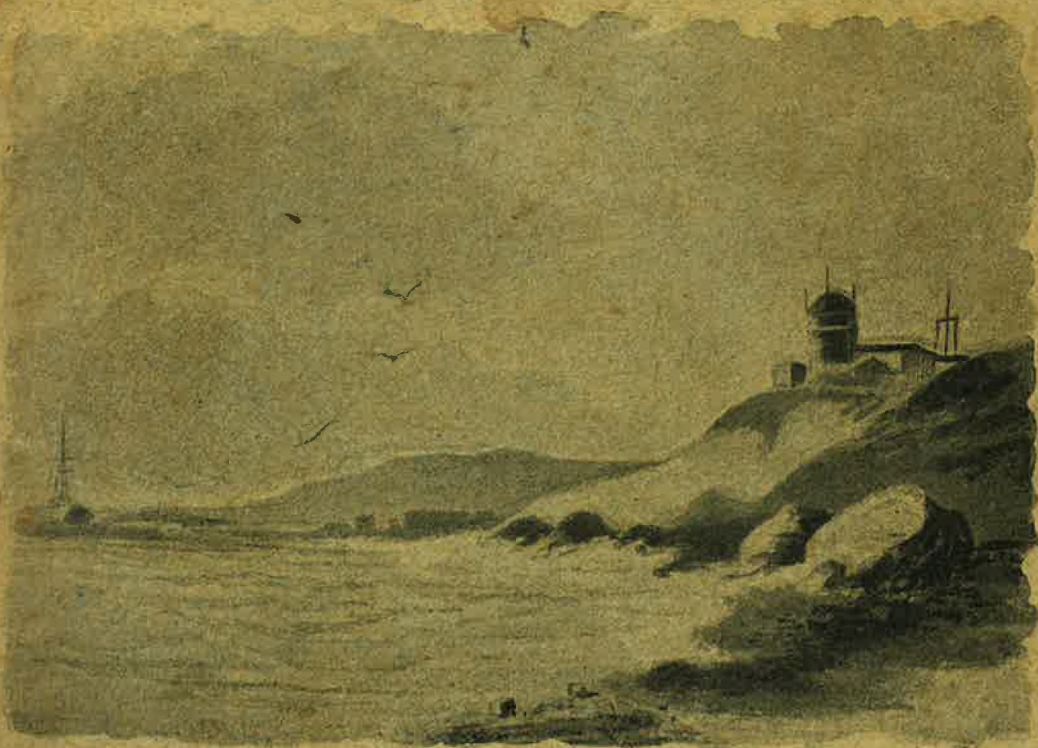


C XI
8

LIBORIO VENDRELL Y EDUARD

DE MANILA Á ZAMBOANGA



BILBAO

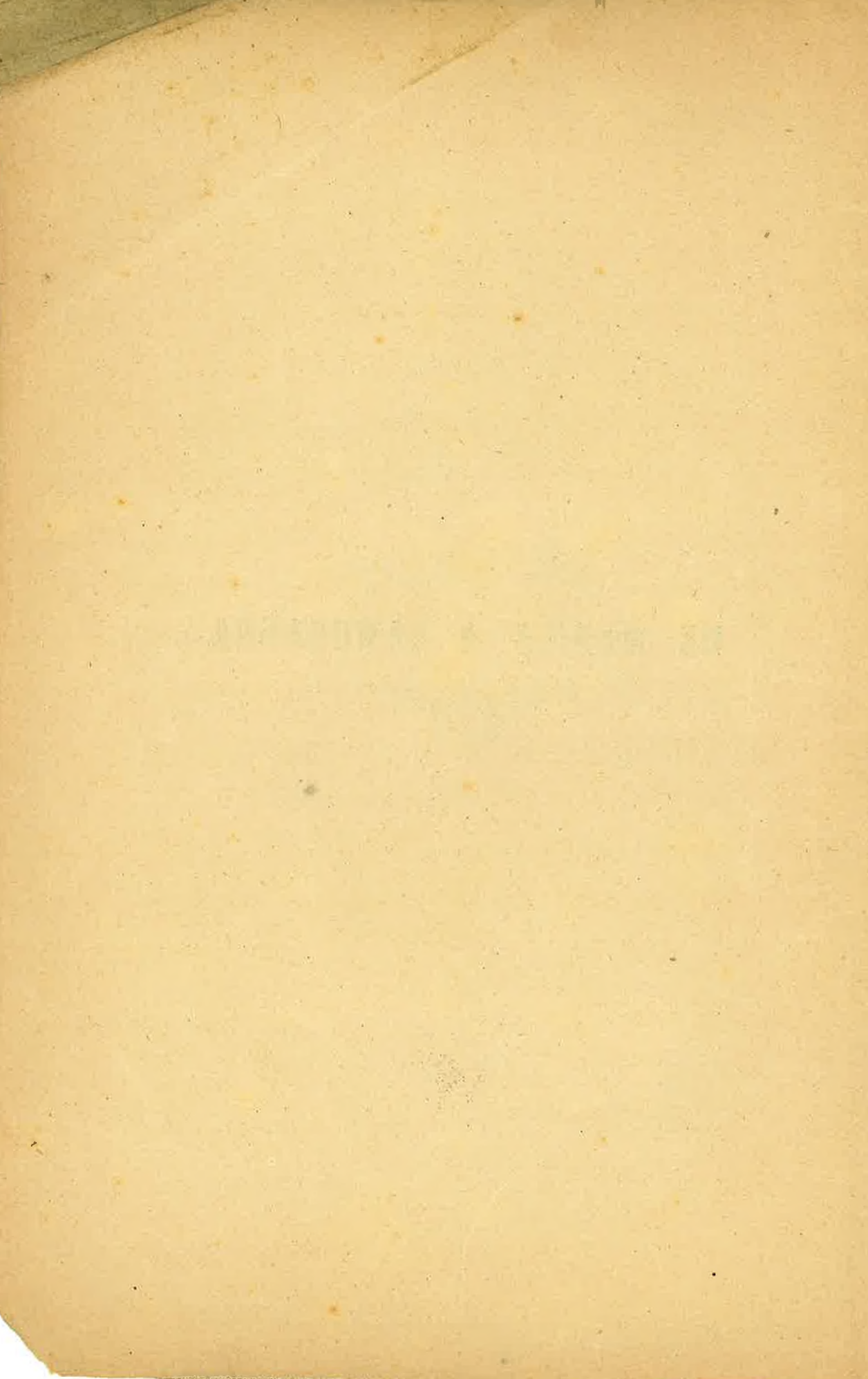
IMP. Y FOTG. DE EMILIO DE DIEGO, LEDESMA, 22.

MANILA



DE MANILA A ZAMBOANGA





LIBORIO VENDRELL Y EDUARD



DE MANILA Á ZAMBOANGA



BILBAO

IMP. Y FOTG. DE EMILIO DE DIEGO, LEDESMA, 22.

Reg. 5047

Es propiedad del autor. Quedan cumplidos los requisitos que ordena la ley.

DE MANILA Á ZAMBOANGA



I

EL BERGANTÍN-GOLETA «PETRONA»

Hace algunos años, un día, por el mes de Octubre, con viento fresco del O N O., mar gruesa, horizontes achubascados y barómetros bajos, á bordo de un pequeño barco de cabotaje, dejábamos por la popa la extensa bahía de Manila, navegando en demanda de la isla de Mindanao. A las diez perdimos

de vista la luz del faro de Punta Santiago, y toda aquella noche, oscura y tempestuosa, voltejamos en el mar de China. La luna, en el principio de su menguante, velada por pardos nubarrones, aparecía con claridad opaca, como si se viese á través de un cristal ahumado, y de vez en cuando, corriéndose el celaje, se dejaba ver más clara, iluminando con sus débiles destellos el encrespado oleaje movido por el viento y la corriente. Huyendo de la atmósfe-

ra axfisante del camarote, había subido á cubierta y elegido un punto en el saltillo; de pié y apoyado en la «regala» apenas podía sostenerme. A cuatro pasos de mí destacábase sombría la angosta silueta del timonel, fuertemente asido á las «cabillas» de la rueda, y cuando se agachaba sobre la bitácora para consultar la aguja, la luz de las linternas del aparato, dándole de lleno en la cara, determinaba enérgicamente su figura. Cubierta la cabeza con uno de esos sombreros llamados «sudestes», sólo usados por los marinos; envuelto el cuerpo en impermeable chaquetón de lona embreada, el pantalón arremangado y descalzo, parecía tenerle sin cuidado alguno el cielo con su amenazador aspecto y el agitado mar con sus furiosos embates. El buque avanzaba trabajosamente; la «escora» imponía y el viento silbaba en la jarcia: á bordo reinaba un silencio absoluto y la noche parecía interminable.

Sería la una de la mañana.

A lo lejos, por la proa, veíamos dos masas negruzcas, enormes, gigantescas, recortadas sobre el fondo más claro del horizonte y separadas entre sí por estrecho boquete; eran Punta Calavite y el islote de Golo, rumbo obligado para recalar en el puerto de «Sablayan», barajar después la costa Oeste de Mindoro y navegar al largo de la isla de Panay.

Antes de pasar adelante, bueno será imponer á mis lectores en ciertos detalles que considero necesarios para seguir el desarrollo de los acontecimientos que voy á relatar.

No son fotografías las que presento; dibujo sólo brevísimos apuntes; las situaciones difíciles, en las que son actores nuestros personajes, los darán á conocer mucho mejor que las descripciones y las imágenes más expresivas.

El bergantín-goleta «Petrona», de trescientas toneladas de registro, matrícula de Cebú, capitán J. P. Abaroa, con cargamento de harina de San Francisco de California y Australia, consignado á varios comerciantes de Mindoro y Mindanao, salió de Manila, bajo mal tiempo, después de recibir á

su bordo algunos pasajeros, entre los cuales tenía yo la honra de figurar. En la mañana del día de la partida, al pisar la cubierta, y mientras se hacían los preparativos de marcha, ví á mi alrededor tres ó cuatro sujetos desconocidos, que desde luego supuse fueran mis nuevos compañeros de viaje. Una ligera inclinación de cabeza y media docena de palabras dichas al azár nos pusieron en condición de entablar relaciones, sosteniendo, sin más ceremonia, animada conversación. Hubo, como es consiguiente, cambio de nombres, ofrecimientos y todos esos actos de cortesía puestos en práctica siempre que se vé á una persona por primera vez. Transcurridos pocos instantes, nos tratábamos ya como si fuéramos amigos ó antiguos conocidos, y con esa alegría y esa expansión, propias del carácter español, en poco tiempo, y antes de la hora oficial del almuerzo á bordo, estábamos todos al corriente de quiénes éramos y á dónde iba cada uno.

El padre Piriz, religioso recoleto, misionero; alto de cuerpo, récio, enjuto y vigorosamente constituido, de rostro simpático, y aspecto venerable, profundo conocedor de las cosas del mundo y de sus miserias, completamente dedicado á Dios.

Un individuo bajito, regordete, vestido de negro; su cara angulosa, pómulos muy salientes, ojos oblicuos y color amarillo, acusaban su origen chino. Era un mestizo caviteño, dedicado al negocio de maderas, que disponía de regular capital, estaba bien conceptuado en el país como hombre probo y leal, y se apellidaba Arnaiz.

Un jóven español peninsular, alto, rubio, con ojos azules, grandes patillas muy bien recortadas; alegre, decidor, brillantemente educado, tan elegante como sencillo en el vestir, jefe de una casa comercial de Manila dedicada á la compra y exportación del «abacá.» Sujeto de fondo y salero, como diríamos ahora, hacía un viaje de recreo á Mindanao, y turista de pura sangre, después de recorrer Europa, había visitado gran parte de Africa, la China y el Japón. Su conversación era en extremo agradable é ilustraba entre-

teniendo. Desde el primer momento fui objeto de sus deferencias y luego se esforzó en obtener el título de amigo mío, que en verdad no tardé en concedérselo. Sus condiciones especiales de hombre de mundo y de valor á toda prueba, como se verá más adelante, le hacían acreedor á la confianza y al cariño de cualquiera, por exigente que fuese. ¡Ha muerto ya aquel excelente caballero, y D. José de Santulari, que así se llamó en el mundo, al desaparecer para siempre, legó á sus amigos recuerdo difícil de olvidar!...

Con respecto á mi insignificante personalidad, ocuparé poco la atención de los lectores. Joven y robusto, en la fecha de referencia, regresaba de un viaje á la India; había recorrido, durante una licencia, todo Pondicheri y Karibal en el Coromandel, y desde Ceylán embarcado para Manila, con objeto de incorporarme á mi destino en Zamboanga, capital de Mindanao. Como entonces escaseaban mucho los medios de comunicación entre las diferentes islas del archipiélago, tuve que aprovechar la primera oportunidad, y, aunque no en viaje directo, el bergantín-goleta «Petrona» debía tocar en el punto á donde me encaminaba mi deseo. Acompañado, pues, del indispensable Maceda, ayuda de cámara, cocinero y soldado, todo en una pieza, ex-tirador en un regimiento indígena; seguido de mi perro «Pinduco» y con escasísimo equipaje, nos hicimos valientemente á la vela. El capitán, que, terminada la maniobra y dado el aparejo al viento, vino á saludarnos, era hombre como de cuarenta años; había nacido en Guetaria, patria también del gran Elcano, atrevido compañero de Hernando de Magallanes y el primero que, mandando la nao «Victoria», dió la vuelta al mundo después del trágico fin del ilustre descubridor de Filipinas. (1)

Abaroa, inteligente y sereno en el peligro, como todos los hijos de ese rincón de la costa Cantábrica, que llaman Golfo de Vizcaya, tenía rudo aspecto, pero poseía un noble y valiente corazón.

—¡Buen tiempo! señores,—dijo sonriéndose al abordarnos.—Si el cielo empieza á largar agua—añadió—nos vamos á divertir. Siento no poder ofrecerles comodidades, pero todo lo que aquí hay está á su disposición. He embarcado algunas cajas de cerveza y pueden pedirla cuando gusten.

Respondimos á la franqueza del capitán estrechándole la mano, y como en aquel instante sonase una campanilla, llamándonos al almuerzo, bajamos al comedor.

Una escalera, con pasamanos de caoba barnizada y peldaños adornados con hule y recortes de bronce en los bordes, ponía en comunicación la toldilla con la cámara de popa, reducido local, pobremente iluminado por la escasa luz que trabajosamente penetraba á través de estrecha lumbrera. En las bandas de estribor y babor, respectivamente, se abrían en los mamparos de ensambladura cuatro puertas que daban paso á otros tantos camarotes y estas entradas estaban defendidas con portiers de reps verde, guarnecidos con bonitas grecas de estambre de vivos colores. Al frente, en el testero de la cámara, cerraba el fondo un magnífico espejo de biselado cristal y, siguiendo la curva de la rotonda, fuertemente sujeto al ensamblaje y al pavimento, estaba situado un mullido diván. En el centro de esta habitación había una mesa de forma oval, vestida con mantel adamascado de inmaculada blancura, y sobre ella, seis cubiertos y una preciosa vajilla de porcelana de Yedo, Tokio, verdadera obra de arte japonés. Media docena de banquetas, girando cada una sobre un perno y colocadas al rededor de la mesa, completaban los asientos obligados de aquella estancia.

Al entrar, nos descubrimos, perma-

(1) Juan Sebastian Elcano, poco tiempo después de la catástrofe de Magallanes, á bordo de la nao *Victoria*, salió de Tidore y remontando el Cabo de Buena Esperanza, llegó á Sevilla el ocho de Septiembre de 1522, á los tres años y veinte y ocho días de su salida de España, habiendo recorrido 14.400 leguas.

Dice Antonio Lombardo, compañero de Magallanes, que, de los 237 hombres, marineros y soldados que

habían embarcado para la expedición, sólo volvieron 18. El sábio é intrépido piloto murió en el mar, el año 1525, cuando, en unión de Loaisa, se dirigían á la conquista de las Molucas.

neciendo de pié, hasta que llegó el capitán; entonces, cada uno ocupó el puesto que le habían destinado de antemano y casi al mismo tiempo se presentó en el comedor un individuo, de personalidad ciertamente indefinida, entre camarero y grumete, el cuál era portador de una enorme sopera, la que, inclinando el cuerpo todo lo posible hacía adelante, en forma de arco de círculo, y apoyándose en las puntas de los piés, colocó en el centro de la mesa, y cogiendo la tapadera de la monumental vasija, con ella en la mano, se retiró dos pasos á retaguardia del capitán, esperando órdenes.

Empezó la comida.

Camarones con arróz, como primer plato.

Se echó vino en las copas, tomamos una aceituna, habiendo un momento de silencio imponente; se atacaba con valor á la vianda y, sin cuidarse del vecino, ninguno hablaba una palabra. Las manos de mis comensales parecían las de hábiles prestidigitadores manejando cubiletes; de la sopera al plato, y del plato á la boca.

Alguno de aquellos caballeros parecía haber ayunado largo tiempo.

El apetito era de primer orden.

Sendos tragos de Bourgogne Chamberlin, Chateau Léoville y pequeños pedacitos de queso, «plato prusiano,» hacían llevaderos y más soportables los larguísimos entre actos. El servicio de cámara se resentía de falta de personal y «Singalo,» el muchacho del capitán, el paje, puede decirse que desempeñaba este cargo por compromiso, pues sus aficiones picaban mucho más alto; el asunto de su preferencia eran los palos, el aparejo del barco, por lo que nunca se encontraba más á su placer que recorriendo y examinando con cuidadosa atención las vergas de sobre, juanete y velacho, las encapilladuras, brazas, motones de brazas, cargaderas, brioles y otras veces «liado» con las escotas del foque. De modo, que interminables compases de espera estimulaban nuestro buen apetito.

Sirviéronse filetes de ternera, pescado en blanco y jamón; frutas, dulces, café y rom Martinica.

Al llegar á este punto, la presión era ya de bastantes atmósferas.

Miré á mis compañeros, y una sonrisa de satisfacción aparecía en los semblantes de todos.

Estábamos satisfechos de nosotros mismos y bien dispuestos; era el instante psicológico, obligado, de la conversación.

Ni las molestias del viaje, ni el estado del mar preocupaban lo más mínimo el ánimo de ninguno de mis comensales; se conocía que era gente avezada en semejantes lides.

Saboreábamos todavía los restos del modesto pero succulento almuerzo, cuando asaltó mi mente una súbita reflexión.

En la mesa había puesto y servicio para seis personas, y no asistíamos al acto del almuerzo más que cinco, ¿para quién era el cubierto sobrante? Los compañeros de viaje tampoco pasaron por alto este detalle, y el capitán, que indudablemente debía de conocer la causa, pues allí, como es sabido, todo respondía á sus órdenes, nada dijo. A bordo no había más oficial que Abaroa, y los pasajeros éramos cuatro, de suerte que de todos modos sobraba un cubierto. Por más que esto nada significaba, mi curiosidad se hallaba fuertemente estimulada, y me prometí satisfacerla tan pronto como se me presentase ocasión.

El rom, el café y el tabaco cumplieron muy bien su cometido, y augurábase un rato de sobremesa delicioso, ó cuando menos agradable.

Prévio nutrido fuego de guerrillas, cada cual dijo algo que los demás se apresuraron á celebrar; la cosa se formalizó un tanto, y hasta los asuntos más áridos obtuvieron el honor de ser allí discutidos. Después, el mestizo habló del acopio de maderas, haciendo cálculos más ó menos aventurados sobre los probables beneficios; el fraile, de las conquistas de la religión; el capitán, de las condiciones marineras de su barco y de las tacañerías del armador, y Santulari, de sus viajes, de la gloria de las armas españolas, victoriosas siempre en reñidos empeños; de historia, ciencias y artes; de los dife-

rentes pueblos de la tierra, de su antigüedad, vida y modo de ser, estableciendo paralelos, algunos de los cuales evidentemente molestaban un tanto la estrecha conciencia histórica del fraile. Hizo aquél una descripción completa, originalísima y minuciosa, de Constantinopla, del mercado de mujeres, de las agencias de Stambul, del precio que alcanzan las hermosas abisinias y circasianas, del modo de presentarlas en venta, de las formalidades de los contratos, de la vida en el «harém» y de la esclavitud en Turquía, Persia, Trípoli y Marruecos, adornando su discurso con una serie de graciosos incidentes é interesantes pormenores. Castigó, con crítica, apoyada en sólidos fundamentos, la conducta de los gobiernos de los pueblos que toleran esta «trata», sacando á plaza, fustigando y exponiendo á la vergüenza pública la fisonomía y el corte de esos «blancos», que, en verdadera ley de justicia, debieran ser castigados, como lo eran en tiempo no lejano, los que se dedicaban al infame y criminal comercio del «ébano vivo», de los desdichados negros bozales, pues sabido es que, apresadas las naves de los que se entretenían en tan abominable como repugnante tráfico, por los cruceros que continuamente las perseguían, sus tripulantes eran indefectiblemente colgados del penol de una verga.

—El hombre—dijo Santulari mirando al fraile—sea cualquiera su origen y el color de su piel, es siempre la criatura de Dios, y en la especie humana no debe haber razas ni diferencias ante la justicia, que es el blasón más ilustre de la civilización, como la caridad es la más hermosa de las virtudes del alma.

—Dios no ha hecho esclavos, señor Santulari—replicó el padre Píriz.—La esclavitud es un crimen de lesa humanidad y obra del hombre. Lo mismo el etíope que el griego, el lapón que el habitante del más recóndito lugar de América, pueblos que en el transcurso de los siglos nunca se dieran la mano, han ejercido á su capricho el derecho del fuerte contra el débil, desde los primeros días del mundo, haciendo

valer después la influencia del oro. El islamismo, como casi todas las religiones, condena la esclavitud, pero es indudable que la costumbre tiene más fuerza que la religión y que la ley. La civilización y la libertad, en su marcha progresiva, serán, sin duda, el poderoso dique de represión de ese proceder inicuo.

Conformes ambos disertantes y completamente de acuerdo, Santulari siguió haciendo uso de la palabra, con gran satisfacción y contentamiento del escaso pero atento auditorio.

Visitó en su relación las ruinas de Balbec, Nínive y Babilonia y el sitio donde en otro tiempo se levantaron, orgullosas de su grandeza, Tiro y Sidón. También le mereció un recuerdo Damasco, la ciudad más antigua de la tierra, según Josefo, y, por último, tocando en Cádiz, Sagunto, Tebas, Argos y Atenas, les concedió una historia de veinte y siete siglos. Pasó después á China, á ese pueblo que hasta hace poco tiempo ha vivido rodeado de un anillo de hierro caldeado al rojo, sin comunicaciones, sin relación alguna exterior, envuelto en las sombras de un ayer desconocido, á pesar de lo que, en otra época, alcanzó, sin duda, una civilización asombrosa, y en el cual las artes y las ciencias han dejado borrosos vestigios de su gran preponderancia, haciendo miles de años que está momificado ó dormido, sin que alcance á sacarle de tan pesado letargo la vertiginosa actividad de sus vecinos los japoneses, de esos hijos del imperio del sol, que, gracias á la revolución de 1869, que mató al feudalismo y con él todo lo tradicional y lo ridículo, viven la vida de Europa, con todos sus adelantos, sus grandes inventos, sus preciadas conquistas, la electricidad y el vapor. Prueba indudable, evidente, de la ilustración de ese pueblo, en tiempo muy lejano, es que el periódico tuvo allí su cuna, pues está probado que el año 911 de nuestra era, es decir, hace 966 años, se publicaba ya el «King-Pan» (1)

(1) El Kin-Pan, como dejó dicho, es el diario oficial del imperio Chino y se tira en Pekín, publicándose tres veces al día. La edición de la mañana aparece impresa en papel amarillo, y trata exclusivamente de asuntos comerciales: la del medio día contiene dis-

diario oficial del imperio, y, por consiguiente, este papel resulta ser el decano del periodismo universal.

Trazó luego, á grandes rasgos, un viaje á Kalgan, provincia del Norte de China, verificado con el único y exclusivo objeto de visitar la famosa muralla de piedra porfídica, obra de Chin, célebre emperador que dió su nombre al imperio y que la mandó construir doscientos años antes de Cristo, para libertar á su patria de las continuas correrías é invasiones de los tártaros, pueblo feróz y enemigo irreconciliable de los chinos. Esta muralla alcanza un desarrollo de mil quinientas millas, de sesenta al grado, ó sean quinientas leguas.

¶ Era un viaje éste, lleno de peripecias, dificultades, aventuras y peligros, que relataba con encantadora facilidad. La marcha, á través de inmensas estepas, de altas montañas, completamente desprovistas de vegetación, navegando después por el caudaloso «Pei-Hó,» río del cielo, durante muchos días; el volver á las estepas, trepar más adelante por penosos hileros de piedra, estribaciones de escalonadas alturas que había que salvar, para ver por fin á «Kalgan,» en el fondo de un hermoso valle, destacándose al frente de escarpada y sombría cordillera. Por la cumbre de estos montes, siguiendo las ondulaciones del terreno, corre la muralla por el Oeste á Zaun y por el Este hasta el mar, determinando perfectamente la frontera Norte del país que lo separa de la Mongolia y de la Mandchuria, sirviendo de formidable antemural.

—Hace dos mil años,—dijo,—construyóse la legendaria muralla, sin que ni el descuido de los hombres ni las injurias del tiempo hayan podido destruirla. Mide esta colosal obra, diez piés de ancho en la base, por quince de altura, en pronunciado declive, y á

cortos trechos, está flanqueada por fuertes y amazotados torreones. Gen-gis-Kan, el célebre conquistador tártaro, fundador de la dinastía, mucho tiempo después, hacía el siglo XIII, riñó batallas al pié de estos muros y del victorioso guerrero y de la muralla que sirvió de base para sus operaciones militares, así como del gran primer emperador «Chin» conservan los celestes *gratísima* é imperecedera memoria. (1)

Refiriéndose á los monumentos que allí se admiran y abriendo su álbum, el narrador, exhibió dibujos y planos y dió explicaciones completas, tan concluyentes, tan llenas de riquísimos detalles, que el mejor tratado de ornamentación no hubiera presentado cuadro más perfecto ni más acabado estudio con mayor lucimiento.

Recorrida la mayor parte de los diferentes lugares de la tierra, se fué al cielo, y, entrando desenvueltamente en el infinito espacio, nos explicó la naturaleza del sol, de la luna, de Vénus, de Júpiter y de nuestro vecino Marte, como si estuviera al alcance de la voz. No recuerdo lo que dijo del astro rey, de su temperatura, de la cantidad de calor que irradia, de la probable disminución de su volúmen, de la inversión de los espectros, de los treinta y siete millones doscientas cincuenta mil leguas métricas que se supone dista de nosotros, pero sí que, al tratar de la luna, señaló las montañas de «Ticho,» sus notables relieves y profundos valles, desarrolló una brillante teoría acerca de la densidad lunar, de la luz difusa y de la carencia absoluta de atmósfera. Hizo, á este propósito, una descripción detallada y curiosa de ese astro, que se cree muerto, y nos contó una peregrina historia, que, si no verdadera y exacta, pareciónos sumamente original y entretenida.

Revolviendo el firmamento á su ca-

posiciones oficiales y noticias de interés general y la correspondiente á la tarde, impresa en papel encarnado, artículos de fondo y el extracto de las ediciones anteriores. El precio de cada uno de estos tres números es el de dos *kehs*, cinco céntimos, próximamente, de nuestra moneda. Los redactores son seis altos empleados del Estado, miembros de la Academia de ciencias, y todos los gastos son satisfechos por el Erario.

El nombre indígena del Japón es Nipón; el Zipango de Marco-Polo.

(NOTA DEL AUTOR.)

(1) La muralla á que se refería Santulari es muy poco conocida y no debe confundirse con otra construcción semejante que se levanta en las inmediaciones de Pekín, la antigua *Cambalich*, muy visitada y bien descrita por viajeros, exploradores y turistas. Es mucho más reducida y moderna que la anterior, puesto que sólo mide quinientas millas, alcanzando una antigüedad de setecientos años.

(NOTA DEL AUTOR.)

pricho, ensanchando el campo de sus observaciones, llegó por fin á Sirio, la más brillante estrella del cielo, del que describió la hermosura. De ese magnífico sol, que resplandece por su propia luz, consignó la distancia inconmensurable que le separa de la tierra, y creyendo, sin duda, que no podríamos comprender, dentro de la inmensidad, la importancia de la cantidad que señaló, tomando un lapicero, en una de las hojas de su cartera, escribió una série abrumadora de cifras; el número veinte y tres trillones de leguas.

De aquí no pasó adelante; se detuvo, y despidió del mundo sideral, con la misma franqueza y valentía con que había recorrido nuestro planeta, sin demostrar fatiga ni cansancio alguno.

La série de originalísimas hipótesis cosmológicas, que expuso en brevísimas razones, la amenidad de los conceptos, los razonamientos empleados, ciertas salidas de tono y geniales humorismos, de muy buen gusto y de sabor extraño, con que recortaba sus periodos, hacían se le oyese con creciente y vivo interés y su verbosidad me traía á la memoria la figura del alférez de la comedia de Bretón, «Marcela» con el que tenía casi exacto parecido.

II

ALGO DE HISTORIA

Hubo un compás de espera; saboreamos el café, fumamos un cigarrillo y cada cuál expuso una idea ó formuló un pensamiento. Arnaiz, que había escuchado con asombro y religiosa atención cuanto dijo Santulari, elevando á la categoría de artículos de fé sus más atrevidas apreciaciones, entró de lleno en la conversación, pretendiendo colocar á Manila, Cebú y la ciudad Fernandina á la altura de Córdoba, Sevilla y la imperial Toledo. El hombre, que no había visto más río que el «Pasig» ni otra montaña que el «Caraballo» cedió bien pronto, ante las muchas y atinadas observaciones que se le hicieron, y el fraile, que no pasaba por movimiento mal hecho y para el cual,

separarse de la verdad un décimo de milímetro equivalía á un crimen, lo tomó por su cuenta y, después de darle, moralmente hablando, una «vuelta de civera,» cerró el polígono con media docena de párrafos, condensando en ellos la historia del Archipiélago, el ayer que todos conocemos y el hoy que se desliza indiferente, encerrado en un paréntesis gigantesco que lo separa del mañana.

—Filipinas,—dijo,—nada conserva de sus primeros días: Méjico y el Perú guardan religiosamente vestigios de una civilización remota y relativa, pero aquí, la llegada de los españoles es la primera página del libro de la historia de Oceanía. Magallanes, Legázpi y Urduneta escriben sus nombres ilustres en el pedestal de la columna que la pátria erige á la memoria de sus esclarecidos hijos y estas tres inmensas individualidades son la base de la posesión de tan rica é importante conquista.

El año 1517 mandaba en gran parte del mundo Carlos de Gante, titulándose rey de España, cuando el intrépido Fernando de Magallanes ofreció á la ambición de este monarca nuevos y extensos dominios, descubriendo poco después, para la Corona de Castilla, el archipiélago que hoy llamamos Filipino.

«Mactan,» es un olvidado lugar, en un rincón de las Bisayas, y allí, peleando con los indígenas, defendiendo su conquista, el sábio navegante y esforzado capitán murió un jueves 26 de Abril de 1521. En el mismo sitio donde cayó herido de muerte, la piedad de los españoles levantó una cruz, y, después, más adelante, un suntuoso monumento, erigido á la memoria de aquel gigante, honor y gloria de Portugal.

Pasaron cuarenta y cinco años, y en Méjico se agitaban, entre la pléyade de aventureros que allí vivían, las más viles y bajas pasiones; la envidia, el odio y la soberbia, sin que la alteza de un encumbrado y noble pensamiento pudiese dominar tantas miserias. Andrés de Urdaneta, que fué soldado y capitán del César Carlos V, en Alemania, agregado á la expedición de Frey

García Jofre de Loaisa, marchó á la conquista de las Molucas, pero, muerto Loaisa y su piloto Elcano, durante la travesía, y hecho cargo del mando Toribio de Salazar, siguió con este caudillo, fondeando en «Tidore,» donde combatió bravamente con los portugueses. Después, mal avenido con aquellas gentes, dió en Méjico y paró en

la escuadra de Legázpi, (1) transformado de escribano en conquistador, desfilando por delante de tantos capitanes, Urdaneta formó parte de la expedición, dirigiendo la armada con su experiencia de navegante y así, España debe la posesión de estos grandes dominios, en primer término, á Magallanes que los descubrió, y, después, á la



—Filipinas,—dijo,—nada conserva de sus primeros días.

fraile. Conocía las matemáticas, la astronomía, y era un notable cosmógrafo. Tuvo estrecha amistad con Miguel López de Legázpi, escribano de profesión, que vivía honradamente de los rendimientos de su pluma. Era éste hombre enérgico, modesto y prudente, y, cuando el virrey de aquellas regiones, que gobernaba la tierra en nombre de la metrópoli, permitió la formación de

poderosa iniciativa y constante trabajo de un escribano y un fraile.

A partir de aquella fecha, sería pesado y monótono relatar la no interrumpida serie de originales peripecias por que ha atravesado este desgraciado país. Primero los chinos, con el pirata

(1) Legázpi salió del puerto de Natividad el 21 de Noviembre de 1.564, con rumbo á las islas de Poniente, llamadas Filipinas por Villalobos,

Li-Mahong y sus gentes, el corsario Taysufu y los japoneses con poderosa escuadra de champanes, y, andando el tiempo, los holandeses y los ingleses, todos pretendieron en diferentes ocasiones arrebatarnos tan rica y codiciada presa, y es un sueño, una utopía, ó declarada maldad y mala fé, no lo sabemos, el abandono en que estamos. Pasaron los años, y, en varias ocasiones, se levantaron altivas, representando á España, figuras de tan garrida estampa como Sebastián Hurtado de Corcuera, Almonte y D. Simón de Anda, sin que nada fuera bastante á sacar del letárgico sueño ó sublime indiferencia en que yacía, á la Augusta y soberbia matrona, á la gloriosa madre España, que, medio desnuda, mal envuelta en los ondulados pliegues de su ropaje de negro terciopelo festoneado de tisú de oro viejo y magníficas randas cubiertas de blasones con cuartelados escudos de nuestro antiguo linaje, ostentábase, sentada sobre amplio y elevado pedestal, en cuyos recuadros ó tableros están inscritas millares de victorias, bañada la gradería de la base por el oleaje de un oceano de sangre noble y generosa, vertida por sus valientes hijos. En esta actitud, daba desdeñosamente con la punta de su régio pié á esas miriadas de microscópicos enemigos, sin pensar que jamás pudieran alcanzar á molestarla, y esa apatía y esa incuria y ese abandono incomprensibles, han traído naturalmente el actual orden de cosas, y, lo que es peor, sancionado una funesta costumbre. Hoy tocamos ya los inconvenientes de semejante conducta y el tiempo, que tanto enseña, parece pasa desapercibido para nosotros. No soy apóstol más que de una sola idea y creo cumplir mi misión en la tierra. Todo ha muerto en mí; pasiones, intereses, recuerdos queridos y, sin embargo, dentro de mi pecho vive algo grande, inmenso, poderoso, de que no puedo ni acierto á desprenderme, el sentimiento de la patria.

Esto dicho, hizo girar la silla en que estaba sentado, se levantó y, cogiendo su libro de oraciones y haciendo con la cabeza una ceremoniosa reverencia, en señal de despedida, con reposado

paso y grave continente, desapareció por la escalera.

Cruzamos los rezagados una mirada, y, bebida la última copa, subimos á cubierta.

Llovía y algunas gotas impulsadas por fuertes rachas de viento nos azotaban el rostro.

El aspecto del cielo, obscuro, sombrío, con grandes fajas amarillentas en el horizonte, y el estado agitado del mar, eran síntomas poco tranquilizadores.

Saqué de uno de los bolsillos de mi traje el «Diario de Manila,» publicado el día anterior, y, fijándome en la nota del Observatorio, lei:

»Los barómetros bajos, sin tendencia determinada á subir: la depresión del Pacífico parece dirigirse al N. por el E. de Formosa: hay indicios de otra depresión en el mar de China: por ahora vientos variables y tiempo achubascado aquí, en alta mar es fácil refresquen los del 2.º cuadrante.»

Esta série de noticias, á pesar del laconismo con que estaban expresadas, eran bastante elocuentes.

Los temporales conocidos con el nombre de «vaguíos,» en estas latitudes, se corren con mucha frecuencia y sabemos bien los lugares donde suelen iniciarse, así como las señales que los preceden. Su zona de acción es muy extensa y, algunas veces, se suceden unos á otros, ganando siempre espacio en el mar y dejando sentir su influencia á centenares de millas del punto de su origen. Desde luego, nuestra situación no era nada agradable.

Llamé á Maceda, le dije que cuidase mis armas, situando á «Pinduco,» bien atado, donde no le molestasen los golpes de mar, y, después de recomendarle procurase descansar, pues la noche se presentaría mala, pasé revista á aquella goleta «Petrona,» que tantos recuerdos ha dejado en mi memoria.

Era un barco construído de madera de «teka,» forrado en cobre; marinero, de muchos hombros y respondiendo muy bien al timón, de mucha «guinda» y, por tanto, de gallardo aparejo, que, en el momento preciso, podía dar al viento gran desarrollo de trapo, cir-

cunstancia esta última muy apreciable en unos mares en los cuales ordinariamente no reinan más que ventolinas, vientos flojos ó bonancibles, teniendo entonces que aprovechar hasta un suspiro para poder ir adelante.

Bajé á la camareta de proa, alojamiento de la gente, y allí, unos, acostados en las respectivas literas, y los más, entretenidos en coser y repasar sus ropas, había hasta catorce grumetes. Se percibía un olor á tabaco fuerte de la vega de Cagayán, capáz de hacer estornudar á una estatua de escayola. Saliendo de esta estancia, á la derecha de la escalerilla que comunicaba con la cubierta, estaba el pañol de luces y á la izquierda, la habitación del contra-maestre y el local destinado para armero, en el cual lucían, colocados en regular orden y con bastante simetría, veinte fusiles con sable-bayoneta, de procedencia francesa, indudablemente adquiridos en Saigón, algunos pares de enormes pistolas, varios cuchillos malayos, cinco ó seis chuzos y otras tantas hachas de abordaje. Visitado el arsenal, pasé á la cocina, departamento de sumo interés, haciéndome los honores un chino macao, que desempeñaba el importantísimo cargo de director de aquel laboratorio.

El equipaje de á bordo, después del capitán, á quien ya conocemos, lo formaban el contra-maestre, nuestro-amo Juan de Abargoitia, alias «Chafaldete» vizcaíno, tuerto, chato como un caldero, de espesa y enmarañada barba negra, marcado por la viruela y cubierto de chirlos, de donde resultaba que este individuo no tenía más que un conato de cara, mejor que rostro humano asemejábase su cabeza á un cacahuet. En su juventud había sido gaviero de un famoso capitán de Málaga, cuya cabeza estuvo puesta á precio por el gobierno inglés, al que dió mucho que hacer. Conocía perfectamente las dos Guineas, en la costa de Africa, desde San Luis y Cabo Palmas hasta Benguela, el Congo y rio Núñez, por lo que ya puede suponerse á qué clase de negocio se había dedicado. Era hombre de gran corazón y de regular inteligencia, y, en la época á

que me refiero, la mano derecha de Abaroa, en todo lo que se relacionaba con su cargo, y el marinero de su entera confianza. El resto de la tripulación era tagala; indios manilos, en su totalidad treinta y seis hombres, de capitán á paje.

El resultado de mi inspección fué bastante satisfactorio, en cuanto podía interesarme. Entre tanto, la lluvia arreciaba, el viento soplabá de firme, los bandazos se repetían cada vez con mayor fuerza, y, no teniendo nada que hacer sobre cubierta, bajé á la cámara, donde, acostado en un diván, creo dormí muchas horas.

III

EN EL MAR DE CHINA

La noche, como he dicho al abrir el primer capítulo de este libro, se hacía insoportable en el camarote, y, sin embargo, Santulari dormía como un bienaventurado; el mestizo, desde las últimas horas de la tarde, acostado en su litera, roncaba como el cañón de un órgano, y el fraile leía á ratos en un libro, entregándose de cuando en cuando á la meditación.

Hacía bastante tiempo que permanecía en la toldilla, cuando ví llegar al capitán, el que, después de hablar al timonel, miró la aguja y encarándose conmigo, dijo:

—No veo luces ni en la costa ni en el mar.

—Estamos muy resguardados de la tierra y, estos parajes son poco concurridos,—le contesté.

Sacó un tabaco, lo encendió con mucho trabajo en el resto del que yo fumaba, y, apoyados ambos en la borda, permanecimos bastante rato sin decir una palabra. De pronto, se sintió á bordo un fuerte golpe y el buque se detuvo un instante, notándose que la roda había embestido á un obstáculo movable. Estábamos francos de «restingas, lajas, joyas» y de toda clase de escollos para sufrir una «varada» y en aquellos sitios se sondaban muchas

brazas de fondo, de suerte que no había que temer este peligro. Navegábamos, además, con grandes precauciones, y, como la noche era oscura, los «serviolas,» vigilantes en sus puestos, nada habían anunciado que acusase la presencia de un barco en nuestras aguas. Nos lanzamos inquietos hacia la mura de babor, para ver lo que ocurría, y, en aquel momento, la proa de la goleta, levantándose gallarda sobre las enfurecidas olas, empujada por el mar y la fuerza del viento, que entonces era á un largo, sumergió en el abismo á un pequeño buque, al que acabábamos de pasar por ojo, sin que ni una exclamación, ni una voz ni un solo lamento se escuchara, que aclarase el hecho, poniéndonos sobre la pista de la ocurrencia.

¿Estaría abandonada á las olas aquella desconocida embarcación, ó era que sus tripulantes, rendidos por la fatiga, en varios días de lucha con los elementos y sumidos en profundo sueño, habían sido sorprendidos por la muerte? No parecía probable, mas, de cualquier modo que fuese, el deber nos ordenaba averiguarlo y, á este objeto, el capitán de á bordo, que en el punto se hizo cargo del accidente, gritó al timonel:

—¡Orza!—Y se disponía á mandar cargar velas menores, para quedar en facha y proceder al salvamento de los desgraciados que suponía víctimas de la fatalidad ó de la impericia del que los mandaba, cuando en el castillo de proa de la goleta, aparecieron, como por encanto, buen número de figuras extrañas, hombres de mirada fiera, de aspecto salvaje, medio desnudos y con el pelo largo, suelto, tendido sobre las robustas y bronceadas espaldas, mientras otros trepaban por los «barbiquejos» del «moco» del «bauprés» y muchos más subían por la «tabla» de jarcia del trinquete. Todos aquellos hombres, silenciosos, mudos, impasibles se reunían, sin duda respondiendo á una consigna, y aguardaban una orden: esta no se hizo esperar; al momento, un personaje chiquito de cuerpo, flaco, ágil como un mono, demacrado, de color de cera virgen, con el pelo completamente rapado y vestido de rojo,

blandiendo una especie de espada de San Miguel, había subido el último y de un salto, se puso al frente de aquella tropa. Brillaron las armas y gritos como no recuerdo haber oído nunca ni creo volver á oír jamás, dominando el fragor de la tempestad, atronaron el espacio, percibiéndose distintamente entre todos, un nombre que aquellas fieras pronunciaban, á modo de invocación, el cual simbolizaba sus aspiraciones guerreras; considerándole ellos como emblema del triunfo.

—¡Amilusin! ¡Amilusin!—decían frenéticos.

El muchacho del capitán, el mismo que nos había servido el almuerzo; trémulo y asombrado, alumbraba la escena con una «bombilla» en la mano.

Herido en la cabeza, cayó muerto.

El cristal del farol se hizo pedazos y la luz se apagó.

La situación era verdaderamente teatral; el escenario, el castillo de proa de la goleta, y la decoración, un cielo obscuro con celaje revuelto, triste y sombrío, completando el cuadro el mar embravecido.

Hubo por nuestra parte, ¿por qué no decirlo,? un segundo de indecisión, de incertidumbre, que pasó, así como una ráfaga. Cogí á Abaroa por un hombro y, dándole una fuerte sacudida para distraerle de la especie de estupor en que parecía estar sumido:

—¡Los piratas de «Balangñiñi!» grité, aproximándome á él todo lo posible para que llegase clara y distinta á su oído esta tremenda noticia, á pesar de la fuerza del viento.

—Es preciso morir matando. ¡España! ¡España!

A estas voces, contestó el pito de maniobra del contramaestre, diciendo á la tripulación con su acento chillón y penetrante:

—¡Fuego en la cámara de popa!

Allí estaba la Santa Bárbara, el pañol depósito de pólvora.

No es fácil condensar en una frase el valor de una situación semejante; conste que no invento nada, ni hago deducciones; refiero sencillamente los acontecimientos, tales como ocurrieron, y, si me fuera posible trasladar á mis

lectores, durante aquella noche, á la cubierta de mi barco, una sola palabra y una fecha representarían ahora en el índice este capítulo.

Descorrido el telón de boca, en escena los actores, dicho el prólogo, veamos cómo se desarrolló la acción del drama que se representaba.

«Chafaldete,» hombre práctico, inteligente y rápido en sus concepciones, conocía á sus subordinados; sabía de lo que cada uno era capaz, y siempre se detenía allí donde sorprendía una aptitud, una habilidad ó una torpeza, no molestando á nadie inútilmente. Pródigo de todo y duro con justicia, una indicación suya era un mandato y sus órdenes no admitían réplica ni se discutían jamás á bordo. Marinero desde niño, curtido por el sol de los trópicos y muy experimentado en cosas de mar, era el hombre de confianza del capitán. Su vida, como veremos más adelante, constituía toda una epopeya. Desde el primer momento comprendió de lo que se trataba, y, ya advertido, reunió á cinco ó seis tripulantes y, apoderándose de las armas que hubo á mano, llamó á su gente hácia el castillo de popa, pues, invadida la proa por la morisma, estaba comprometido el barco y en peligro el capitán, haciéndose preciso deslindar los campos. Dió el pitido de alarma, que repitió sin intervalos, y los grumetes, que acudían en los primeros momentos con baldes y mangueras para atajar el incendio, al enterarse de la realidad del hecho, arrojaron lejos de sí aquellos trastos y, empuñando las armas, comenzó el combate, pelea sangrienta, desesperada, sin cuartel, lucha de fieras.

Todos, asaltantes y asaltados, locos de furor, se acometieron rabiosamente, y los dos bandos viéronse confundidos en un solo grupo, apretado, compacto, anhelante, originalísimo, al mismo tiempo que extraño y terrible, sin que hubiera apenas espacio suficiente para esgrimir las armas ni arrancarlas de los cuerpos heridos. A cada instante se estrechaban más, y más: profiriendo blasfemias, gritos salvajes, ayes de dolor y, empujados unos por otros, de vez en cuando, se movían, como se

mueven las olas sobre una tendida playa, avanzando y retrocediendo después. Los violentos balances de la goleta, impulsada por la fuerza del mar, quitaban también estabilidad á aquella masa animada, llevándola por la cubierta de una mura á otra y el desdichado que caía era para no levantarse más.

Corrí, sin saber á donde; daba vueltas vertiginosas, y, en uno de estos rápidos movimientos, tropecé con un hombre, mejor dicho, con una sombra, que me alargó un objeto y desapareció.

Era Maceda, que traía mi carabina de dos cañones.

Más sereno, monté los percutores de mi fusil y busqué un blanco. Entonces, oí á mi espalda una voz conocida que decía en vascoencé:

—¡Jangoicoa! ¡Dios mío!—y enseguida el ruido de un cuerpo al caer á todo su largo sobre la cubierta.

«Chafaldete» estaba muerto ó herido.

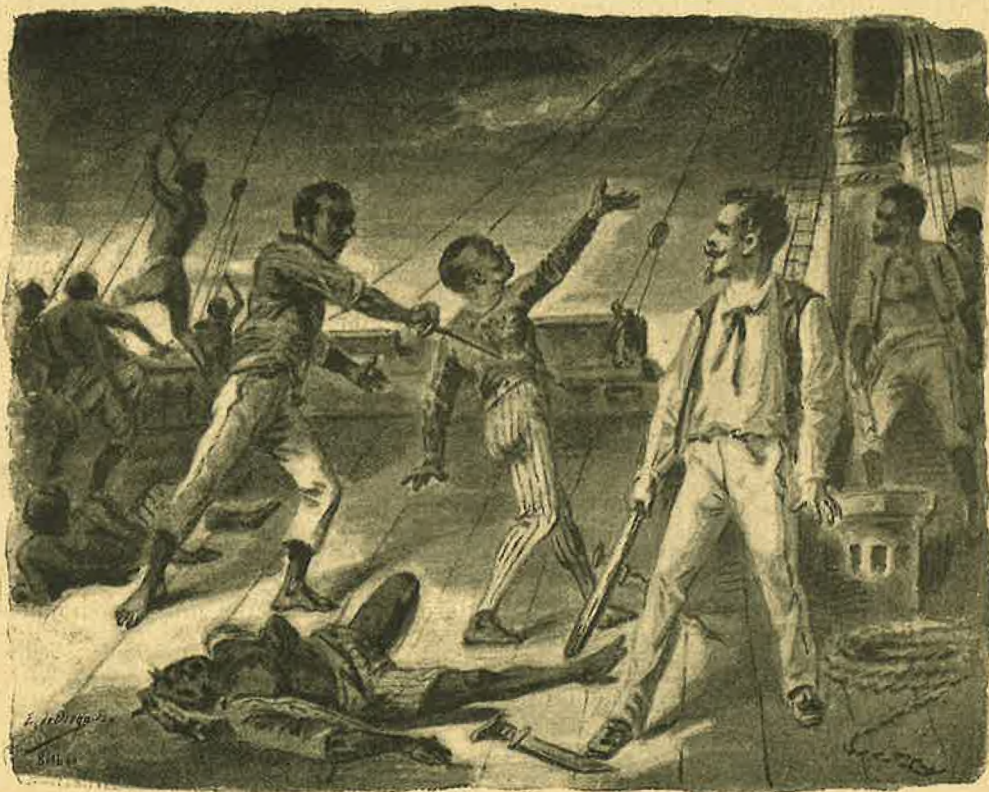
En el acto, frente á frente, sintiendo su aliento, ví á Amilusin, el terrible jefe pirata, que, esgrimiendo el «cris» ensangrentado, se fijó en mí, desafiándome, sin duda, á singular combate. Avido de pelea, sediento de sangre, nervioso, sus dientes rechinaban y su actitud era indescriptible. Únicamente una máquina fotográfica instantánea podría representar exactamente su imagen.

Marché hácia él, sonriendo diabólicamente, con la satisfacción del que tiene segura su presa, y eligiendo por blanco la cabeza de mi adversario, tendí la carabina, un magnífico Weyper, que tantas veces me había servido en compromisos de vida ó muerte; hice girar la llave izquierda y el tiro no salió; con la rapidéz del pensamiento apoyé el índice sobre el disparador de la llave derecha obteniendo el mismo negativo resultado. Estaba perdido; en un instante de desesperación, lancé al mar por encima de la borda, con poderoso esfuerzo la querida y apreciada compañera de tantos años. Amilusin, me acometía sin trégua, y, conociendo que era preciso acabar conmigo de una vez, ponía en ello todo su empeño.

Estrechado por mi enemigo, di un salto atrás, cojí un esqueje del cabrestante, que por casualidad encontré á mi alcance, y, levantándolo en alto, me disponía á hender de un solo golpe el cráneo de mi adversario, cuando éste, atravesado por una estocada que recibió por la espalda, cayó muerto á mis piés.

Entonces, libre del peligro, de manera tan inesperada, respiré con toda la fuerza de mis pulmones.

hombre de la tarde anterior, tranquilo, amable, decidor y complaciente, refiriendo sus viajes, la série interminable de interesantes peripecias en las que había sido el protagonista. Sin sombrero, flotando al viento la rubia cabellera, el traje desgarrado, hecho girones, luchaba bravamente y allí donde tendía el brazo caía una de aquellas fieras. Para él nada significaba el número de enemigos; se jugaba la vida sin pararse á contarlos. Su noble y



Atravesado por una estocada, cayó muerto.

Al fulgor de los relámpagos, que brillaban á cortos intervalos, deslumbrándome con su resplandor, ví á Santulari, que, esgrimiendo un hacha de abordaje, se revolvía como un tigre, combatiendo con numerosos contrarios.

La expresión feroz de su semblante imponía; estaba todo manchado de sangre y en aquel momento hube de reconocerle, no pareciéndome el mismo

esforzado corazón siempre le conducía mucho más allá de donde debía ir, sin que retrocediera un solo paso en el camino que se había trazado de antemano. Rodeado por los moros, no sé lo que hubiera sido de él; sus fuerzas se agotaban y la situación iba siendo insostenible por segundos. Avancé, para morir á su lado, y gracias á una acometida impetuosa de la marinería,

la pelea se normalizó un tanto, hasta que por fin y al poco rato, algunos de nuestros contrarios yacían tendidos sobre cubierta y otros, huyendo, subían por las tablas de jarcia del aparejo, buscando una retirada imposible.

Miré á mi alrededor, y el espectáculo que tenía á la vista horrorizaba.

Muchos hombres, heridos ó muertos, echados en el suelo y movidos continuamente de un lado para otro por los golpes de mar que barrían la cubierta, y, en el castillo de proa, un grupo, que sin duda representaba la última escena del terrible drama.

Allí estaba Maceda.

Tenía una pistola en la mano izquierda y un sable en la derecha, y en sus labios aparecía la sonrisa de siempre.

Cinco moros feroces, pequeños de cuerpo, musculosos, fuertes y tenaces le acometían formando un arco de círculo; pero al león no se le acorralla fácilmente, por que no retrocede nunca, y cuando, sintiéndose herido, conoce ha llegado su última hora, escarba la tierra, abre su sepultura y muere. Lancé un grito salvaje, agudo, más bien un ahullido, como sólo se oyen en los bosques de Africa, en los peñascales del Atlas, y en las estribaciones de las gigantescas cordilleras del Himalaya, en esas cacerías de fieras, donde la vida es el premio de un disparo certero. Maceda, al oírlo, de un salto, se abrió paso, como la racha de un «tifón», arrollándolo todo, y, acribillado de heridas, cayó al pie del palo macho del trinquete.

Abaroa, el fraile y Santulari corrieron en su auxilio.

El combate había terminado.

Cubierto de sudor y de sangre, nervioso, loco, con el sable de Maceda en la mano, bajé á la cámara de popa en busca de un frasco de rom ó de ginebra con qué entonar á mis desgraciados compañeros. Al pisar el último peldaño de la escalera, un fuerte balance del buque, que en aquel momento, estando sin gobierno, amenazaba zozobrar, me hizo perder pié, lanzándome contra la mesa en la que me apoyé, pudiendo á duras penas sostenerme. Entonces sentí correr las ani-

llas sobre la barra de hierro que sostenía un portiers, y, levantando la cabeza, creí ser presa de un sueño. Una mano chiquita, blanca, perfectamente modelada, irreprochable, tenía recogida la cortina por el medio de su largo y en el espacio descubierto se presentó una mujer, mejor dicho un hada; una de esas criaturas que por sí solas constituyen todo un poema.

Vestida de blanco, el traje plegado al cuerpo, señalando las esculturales formas, detallaba una série de curvas deliciosas, de ondulosos y estatuarios contornos, exuberantes, riquísimos en aparatosa manifestación de bellezas verdaderamente encantadoras, y todo aquel conjunto de hermosura, á pesar de lo difícil de la situación, hablaba á la materia con energía inexplicable. Su expresión era tan elocuente, que, admirado, la contemplaba, perdida la memoria de los anteriores, recientes sucesos, creyéndome juguete de extraña alucinación.

Desolada, llorosa, interesante, presa de emoción profunda, sin hacer un ademán, sin pronunciar una frase, permanecía inmóvil, admirable de simpatía y gentileza. Profusión de ricos encajes, orlando el escote del traje, pretendían ocultar el casi desnudo pecho y de la blonda y desmelenada cabellera podría decir lo que ha escrito Arolas refiriéndose sin duda á una mujer semejante:

«..... sus cabellos
Eran un crespo mar con ondas de oro
Levemente rizadas por los vientos.»

Dudo que Edipo, cuando, en el cantino de Tébas á Delfos encontró á la «Esfinge,» proponiéndole descifrar el famoso enigma, la contemplase con mayor interés que yo á la original figura objeto de mi asombro.

Esta aparición, débilmente iluminada por los últimos y agonizantes destellos de la luz de la pequeña lámpara del comedor, se destacaba en tono muy claro sobre el fondo oscuro del camarote, cual animada cariátide, sirviéndole de marco el dintel y las jambas de la puerta. Al verme, quiso retroceder, y, faltándole las fuerzas, cayó desplomada sobre las rodillas. Me

aproximé á ella, viendo con placer que no se había hecho daño alguno, coloqué la hermosa é interesante cabeza apoyándola en unos cojines, sin mover el resto del cuerpo, que estaba casi acostado por medio de un gracioso escorzo, y, como continuase desmayada, dí dos pasos atrás y esperé un momento.

Parecía dormir; con los ojos cerrados, entreabierta la boca, dibujaban

horror que debió causarla mi presencia, en aquellos instantes de suprema angustia, debieron producir en su ánimo emoción indescriptible. Ella nada sabía de lo que arriba pasaba; sola, sin tener á quien consultar sobre la situación, sentía moverse el buque de un modo extraordinario, sin gobierno, girando en todos sentidos á merced de las olas; luego, disparos ahogados por la fuerza del viento que arrastraba su sonido;



Le hablaba de Dios, de sus bondades, de su misericordia infinita.

sus lábios sonrisa deliciosa y palidez mate cubría su rostro.

—¿Quién era aquella mujer de hermosa seductora? ¿Por qué azares de la suerte se encontraba á bordo en tan terribles momentos?

Su espanto, su debilidad se comprendían bien.

La tempestad, la noche, el fragor del combate, los gritos de muerte, el

voces extrañas, exclamaciones en un idioma desconocido, juramentos, blasfemias y frases á que seguramente no estaba acostumbrada. Aquella ideal criatura, aquella mujer de belleza opulenta y espléndida, no volvía en sí, y, no teniendo tiempo que perder, subí á cubierta, corrió Abaroa al timón, bracearon las vergas y la goleta se puso á rumbo. El barómetro descendía y el

viento roló al segundo cuadrante; hubo que aferrar parte del aparejo, quedándonos con el velacho, foque y mayor sobre el rizo. El mar, furioso, arbolando mucho, hacía sufrir al buque de un modo horrible.

Era preciso normalizar la situación y se pasó lista á la gente de á bordo, á la que el capitán habló en tagalog. Como yo no conocía entonces esta lengua, no entendí una palabra de su discurso, pero, á juzgar por la satisfacción y los signos de asentimiento del auditorio, comprendí que la alocución de Abaroa halagaba el amor propio de los tripulantes, tan dignos de encomio por su heroica conducta. Dos timoneles y cinco grumetes yacían muertos sobre cubierta; nuestro-amo «Chafaldete,» aunque gravemente herido, había bajado por su pié á la camareta de proa, y Maceda, terriblemente mutilado, sentado en el suelo y apoyada la cabeza en el brazo de Santulari, esperaba su última hora con la resignación de un mártir. El padre Piriz, de rodillas, tenía cogida una mano del herido y le exhortaba con voz tan baja que no pude oírle. Sin embargo, comprendí que le hablaba de Dios, de sus bondades, de su misericordia infinita. Después, levantó los brazos hacia el cielo, como queriendo elevar el pensamiento y el espíritu de aquel creyente, y le bendijo.

Me detuve, contemplando el interesante grupo, y, luego, con todo el fervor posible, dije algunas oraciones que cuando niño aprendí de mi madre y que todavía recordaba, á pesar del tiempo transcurrido y del poco edificante sistema de conducta que había seguido durante este segundo período de mi azarosa vida.

A todo esto, clareaba ya el horizonte con los primeros albores del día.

IV

QUIÉNES ERAN AMILUSIN Y SU GENTE.

Al Sur de la isla de Basilan, y poco más lejos de las vecinas tierras bajas de Matajan, hacia Tapiantana, se des-

cubre el microscópico archipiélago de «Balangñigñi, temido cubil de feroces piratas y albergue de sus embarcaciones, que entonces escondían en las numerosas «silangas» ó canales que abundan en aquellos lugares. Allí organizaban sus expediciones, llevando el pánico hasta las islas Bisayas y habiéndose dado el caso de llegar á las puertas de Manila, para regresar después á sus guaridas, con la «monzón» (1) del nordeste, bien abarrotadas sus naves de rico botín y de infinidad de cautivos, pues gozaban á la sazón, aquellos bandidos, de la más absoluta impunidad. En la costa tenían sus «bahays,» riquezas y mujeres, el terrible Taupan y el no menos odioso «Salifa» Talauan-Dandu, que algunos años más tarde pagaron con la vida sus muchas fechorías y la no interrumpida série de crímenes cometidos durante el tiempo que fueron dueños de los mares del Sur. Vivían la vida del paraíso, como ellos decían, y en varias ocasiones se impusieron al mismo Sultán de Joló, el viejo Amirol, que era también una hiena.

Amilusin era «Panglima» ó capitán general entre ellos, y «Milbajal,» ministro de la guerra. Atrevido y de gra valor, mimado por la fortuna, el prestigio de su nombre tenía la virtud y el poder de un talisman para los suyos. Las empresas más árdas y difíciles las consideraba como cosa de juego y nada se ocultaba á la penetración de su mirada, ni nada tampoco se libraba del alcance de su brazo. Este era el hombre que acababa de morir, víctima de su salvaje temeridad.

Malos eran aquellos tiempos. No se podía navegar; los mares parecían patrimonio exclusivo de la piratería y ¡desgraciado del barco, al que, encontrándose próximo á la costa le «caía» el viento; estaba irremisiblemente perdido, siendo presa de los piratas, que lo conducían, á la playa, donde era

(1) *Monzon*, en árabe *moussín*, quiere decir ó significa estación, vientos periódicos que soplan en diferentes épocas del año: de Mayo á Octubre, *Sudoeste*, y de Noviembre á Abril *Nordeste*. Son vientos de mucho cuidado, durante los días del *entable*, en que casi siempre hay que navegar con gran parte del aparejo aferrado.

(NOTA DEL AUTOR.)

deshecho del todo, con objeto de utilizar hasta el más insignificante perno de cobre de la clavazón! La suerte que aguardaba á los desgraciados tripulantes y pasajeros del buque apresado, puede suponerse cuál sería, sin esfuerzo alguno. Reducidos á la servidumbre y á la esclavitud, eran después cambiados ó vendidos, variando de dueño, pasando de uno á otro, con la misma facilidad con que se enajena ó trueca el objeto más despreciable. No tenían estos infortunados, ni les daban otro valor que el que representaban como mercancía, pues sus opresores no conocían más sentimiento que el inextinguible odio de raza, la tiranía brutal y las absurdas exageradas creencias religiosas que profesaban, fundadas en la rapiña, el asesinato y la molicie. A los cautivos les encomendaban los más repugnantes servicios, y, después de un trabajo rudo, penoso y constante, expuestos á un sol de fuego y bajo una temperatura propia del Senegal, al llegar la noche, amarrados como criminales, sujêtos con fuertes cadenas, para asegurarse de que no podían escapar, los abandonaban en el campo, do mismo que á un animal cualquiera, allí donde el relente y la malaria ocasionan la muerte en pocas horas, y, por último, muchas veces, uncidos, con un yugo sobre los hombros, les obligaban á arar la tierra.

No hay palabras suficientes para expresar tantas y tan crueles maldades, ni penas bastantes para castigar á sus infames autores, los cuales, si no fueran unos bestias, serían unos criminales.

No le fué posible al Gobierno Español, por aquella fecha, castigar de una vez y duramente tamaños atropellos y osadías, al punto de que, en parciales y reñidos combates, nuestra marina de guerra perdió muchos bravos oficiales, cuyos ilustres apellidos sirven hoy para señalar algunas calles de Joló, tales como las de Serantes, Sanchez, García de Loranca y tantos otros, de los que los mutilados restos se perdieron para siempre y no ha podido dárseles ni una modesta sepultura. Los nombres de esos valientes, escritos con letras de oro, recuerdan á los defenso-

res del derecho y de la civilización, lo noble y lo exforzado de sus corazones, y á la pátria unos mártires del deber, en tal número, que Joló, más que población, parece la galería de una inmensa necrópolis.

Para probar hasta donde alcanzaba el poder de aquellos bandidos y las distancias á que se aventuraban en sus correrías, cúpleme apuntar, llegada la ocasión, un incidente ocurrido en una de mis expediciones por los mares del Sur ó Grande Océano.

El que estas líneas escribe, un día, á la caída de la tarde, capeando un tiempo del Noroeste, en el mar de Banda, á la altura de Bouro, en las islas Molucas, el timonel cantó:—¡Barco varado y ardiendo por la «serviola» de estribor!

Montábamos una bonita, y marinera fragata, de gran porte, la «Pepita Manila» (1) propiedad de la acaudalada casa naviera «José Reyes y Compañía,» al mando de mi amigo, compañero y paisano Eduardo Fárgas, oficial de mucho mérito, y volvíamos de Batavia y Makassar, pretendiendo entrar en Filipinas por el estrecho de San Bernarlino.

Sobre las Molucas, encontramos un tiempo hecho y aguantamos como se podía.

Teníamos á bordo cuarenta hombres; timoneles y gavieros españoles y el resto de la tripulación, unos, tagalos, enganchados en los muelles de Manila, Hong-Kong, Shanghai y Yokohama, y otros, Dios sabe en donde y cómo reclutados, algunos cogidos á lazo.

La fragata, con gaviás bajas, las mayores en un rizo, contra foque y mesana de capa, parecía una gaviota cerniéndose sobre las olas durante la tempestad.

El mar, de color verde obscuro, con

(1) Esta fragata, muchos años después del viaje á que me refiero, hacia 1.887, ya vieja y cansada, la contrataron para conducir carbon á la Estación naval de Santiago de la Ascensión, en Carolinas Orientales. Saló de Manila y no se ha vuelto á saber de ella, suponiendo, con bastante fundamento, que, sorprendida por algun temporal y con avería en los fondos, se fué á pique en pleno Pacífico.

El cañonero *Leno*, que por aquellos días había salido de *Ponape*, con rumbo á Luzón, tampoco la vió en el mar.

ese tono especial que da la luz al cabrilleo del oleaje, las nubes plumizas y y en la línea del horizonte el sol poniente con su enorme disco de fuego.

Enfilado el anteojo, enfocamos en un punto lejano, que debía de ser un farallón interpuesto entre la costa y nuestro buque, una extensa columna de humo, negro y espeso, que, á medida que se elevaba la fuerza del viento, disipaba, apareciendo después como si fuera una nube.

Allí, sin duda, estaba el barco indicado por el timonel.

Izamos la bandera nacional en el pico de la cangreja del mesana, para lucir nuestros colores, y cogiendo la bocina, nos dispusimos á maniobrar.

Era preciso saber lo que ocurría.

—¡«Babor y estribor» de guardia!— es decir,—arriba todo el mundo.

La órden se cumplió inmediatamente.

La fragata obedecía al timón, como un caballo de batalla á la acción combinada de las ayudas de su jinete, y viraba, jugando el aparejo de modo admirable. Ya se levantaba sobre las encrespadas olas, esbelta, magestuosa; ya amenazaba sumergirse, perdiéndose en el abismo; daba fuertes arfadas, simulando saltos y, recogiendo el viento con la lona del reducido velámen, se presentaba hermosa y valiente como ninguna otra.

Parecía sentir lo que valía.

¡Lástima de barco! Al cabo se perdió. La hicieron para el mar y en el mar murió, fin mucho más noble que el de quedar arrumbada en una playa ó desguazarse en un astillero.

El tiempo, aunque había amainado un tanto, era duro, y el cariz nada tranquilizador; el sol se ocultaba lentamente, y el horizonte aparecía como encendido con ese color que llaman «rojo indio,» que se desvaneció después, quedando solo un ligero resplandor, pues, como en estas latitudes casi no hay crepúsculos, por razón de la menor oblicuidad de los rayos solares, se pasa con suma rapidez del día á la noche y de la noche al día.

Cerró la noche; noche sin luna, obscura, no se veía un astro en el firmamento y sólo las luces de situación de la

fragata brillaban como dos estrellas perdidas en la inmensidad.

A medida que la obscuridad se hacía más densa, la columna de humo que divisamos á última hora de la tarde y que habíamos perdido de vista al ponerse el sol, apareció de repente, envuelta en grandes llamas, como si saliera del cráter de un volcan en ignición. El resplandor de aquella hoguera iluminaba gran extensión de la superficie del mar y era un espectáculo grandioso é imponente. Había momento en que veíamos todo tan claramente á nuestro alrededor, que podíamos creer nos dirigían un foco eléctrico. El barco, los objetos de á bordo, los hombres de la tripulación, con sus trajes abigarrados, su aspecto varonil, sus raras, extrañas y originales fachas, todo, se detallaba á la perfección con pronunciado relieve.

El lugar del incendio, por que de un incendio se trataba, era la playa de un pequeño islote, indudablemente de origen volcánico, coronado por un grupo de rocas negras, altas, terminadas en punta, como las agujas de las torres de algunas catedrales, y casi triangulares, con aristas iguales, correctas, que señalaban la intersección de los planos. A barlovento de aquellas gigantescas peñas, acostado en la arena, echado sobre la banda, varado, como había dicho muy bien el timonel, y batido por las embravecidas olas de aquel agitado mar, estaba un barco de alto bordo, bergantin ó brick-barca, ardiendo por todas partes y al cual faltaba la arboladura que el fuego había rendido. Al principio, nada observamos que acusase la presencia de naufragos; parecía reinar en aquel lugar la soledad más absoluta, y sólo sentíamos el chisporrotear del incendio y el ruido aterrador de las rompientes. Después, fijándonos mucho y á favor de los anteojos, vimos sobre unas piedras del islote, cinco ó seis personas que movían algo así como una bandera, con objeto de llamar nuestra atención. Ya no cabía duda; allí estaba lo que buscábamos; las desgraciadas víctimas de aquel deplorable accidente. Con gran peligro, dimos una

bordada para aproximarnos más. Se trataba de salvar la vida de aquellos infelices, y el hombre no se debe solamente á sí mismo. Cuando, ya muy cerca, y á sota-vento del islote, nos hicimos cargo de la situación, se mandó arriar un bote, una magnífica ballenera salva-vidas; orzamos, y, cargando velas menores, quedamos en facha con las gaviás. Entonces, el capitán, dirigiéndose á la tripulación dijo:

—Un oficial y ocho hombres para ir á tierra.

—Todos nos precipitamos hácia la borda, para saltar á la pequeña embarcación, que estaba por la banda colgando de los pescantes.

Esto ocurría á dos millas de la costa.

La empresa era de primer orden; los que han navegado saben lo que significa abordar una costa brava, bajo un tiempo, de noche y en sitio desconocido; pero el valor ejerce una poderosa atracción, un prodigioso encanto, difícil, si no imposible de explicar, y esta brillantísima dote era patrimonio de muchos de nuestros marineros, hombres avezados á las penalidades, privados de todo, en lucha constante con los elementos, sóbrios, silenciosos, sufridos. Sus corazones se abrían á todo noble y generoso sentimiento, y donde había un peligro que correr, un mal paso que salvar, allí estaban ellos dispuestos al sacrificio de su vida. Así, se disputaban un puesto en el bote que marchaba á una muerte casi segura. Esto es preciso verlo, pues de otra manera no se comprende.

El capitán tuvo que pronunciar ocho nombres de otros tantos marineros, y los llamados embarcaron inmediatamente en la ballenera empuñando los remos. La fragata orzó un poco, para dejar mar franco; «abrió» el bote y nos separamos con pena. ¡Quién sabía si volveríamos á estrecharnos las manos!

La ballenera se alejaba, seguida de nuestras ansiosas miradas.

¡Qué de esfuerzos, qué constancia, qué admirable serenidad! Aquellos nueve hombres merecían bien del mundo entero.

El mar arbolaba bastante, y muchas veces perdimos de vista el bote. Por

fin, después de dos horas de incalculable trabajo, la ballenera se acercó á la playa. Allí empezó una nueva lucha para defenderse del mar y de la tierra. El punto en que pretendían atracar era como un seno formado por dos bancos de arena, y la mar rompía con gran fuerza en aquella especie de muralla natural. Al aguantar, se partieron dos remos y hubo que echar mano de los respetos.

Desde el momento en que el capitán dispuso el salvotaje, hasta la llegada de la ballenera á la playa, había transcurrido mucho tiempo. El incendio se extinguía de modo bastante sensible, y el islote, las rocas y la ballenera que poco antes se divisaban perfectamente iluminados, empezaban á perderse en las sombras de la noche. Como es consiguiente, la inquietud crecía á bordo de la fragata. Nos aguantábamos, bordeando en las inmediaciones de aquellas rocas, sin verlas, aguardando á nuestra gente. Al amanecer, con la primera claridad del día, vimos el bote que se alejaba de tierra con dirección á nosotros, haciendo fuerza de remo. Pusimos la fragata al paio y esperamos para recogerlo.

Ningun espectáculo me ha impresionado tanto, en mi ya larga vida de aventuras, como el que voy á referir.

Izaron el bote, y la gente de á bordo puso sobre las tablas de la cubierta de la fragata á cuatro personas, mejor dicho, á cuatro figuras, que no hay palabras con que describir las ni lápiz capaz de dibujarlas. Todavía, á pesar de los años, del tiempo transcurrido, cuando me acuerdo de aquella escena, cierro los ojos, para no ver aquel cuadro lleno de horror. Más bien que criaturas humanas, parecían sombras, espectros salidos de la tumba respondiendo á la fuerza de mágica evocación. Entre todos, la más interesante, por su desgracia, era una joven, de veinticuatro años, hermosa y simpática, pero horriblemente mal tratada; escuálida, casi desnuda, con señales de estar padeciendo la viruela y que había sido víctima y juguete de la lujuria más bestial. La desgraciada no hablaba una palabra y todos sus movimientos se reducían á

taparse la cara con las manos. Era, según supe, de nacionalidad holandesa, y sus padres, dos ancianos decrepitos, venerables, allí presentes, de rodillas y abrazados á las piernas del capitán, no tenían ya ojos para llorar ni frases para implorar piedad. El otro desventurado era un clérigo, al cuál, durante el tiempo que estuvo en el cautiverio, le habían arrancado los dientes con un

venganza, acariciando algunos en silencio el mango de sus cuchillos.

Por las mejillas de muchos resbalaban lágrimas furtivas, que iban á perderse en las camisas de bayeta, por que sus nobles corazones no podían comprender tanta maldad y deseaban que no quedase impune tan salvaje crimen.

Primero fué preciso asistir á aque-



Contemplábamos atónitos aquel cuadro de lástimas.

escoplo, á golpe de martillo, dándole á comer después, por todo alimento, granos de maíz crudo.

Contemplábamos atónitos aquel cuadro de lástimas y de dolor, sin llegar á explicarnos el por qué de tanta infamia. La indignación era general entre nosotros, y el que menos se proponía tomar inmediatamente cruel y sangrienta

llos infelices y animarlos, entonándoles con algun alimento. Por de pronto, se trasladó á la jóven enferma á un camarote, y allí se le suministró todo lo que había menester, atendiendo á su cuidado con solicitud exquisita. A los demás se les hizo tomar caldo, vino de Jerez, bizcochos y Burdeos, asegurándoles una tranquilidad y bien estar re-

lativos, pues, en un principio, habían creído salir del poder de los piratas para caer en manos de otros bandidos.

Con el fin de disuadirles de tal pensamiento, les mostramos nuestra bandera, diciéndoles éramos españoles. Como no nos entendían, hablando castellano, les hablamos en francés, sin que tampoco dieran señal alguna de comprendernos, hasta que, por suerte, un arponero mallorquin, que en cierta ocasión había quedado enfermo en un puerto de Java y conocía algo el holandés, nos sirvió de intérprete. Por él supimos lo que voy á referir.

El barco incendiado era una goleta de tres palos, llamada «Alicia» y hacía cuatro meses que había salido de Singapoore para la Sonda y varios puertos de Molucas, recogiendo pasaje y carga. Nada de particular les ocurrió en el viaje, hasta entrar en Célebes, donde empezaron á experimentar malos tiempos, y, una noche, durante una calma, de esas tan frecuentes en aquellas latitudes, fueron sorprendidos por los piratas, atados y encerrados en el entrepuente. La mayor parte de la tripulación, que era muy reducida, fué pasada á cuchillo, y el barco, segun pudieron saber, había quedado en poder de los piratas, que eran joloanos. Así anduvieron varios días, sufriendo malos tratamientos y comiendo casi nada, hasta que una mañana arribaron al islote que ya conocemos. Dejaron ir la goleta á la costa, para facilitar más la descarga de lo que les convenía, y se establecieron en tierra. Poco tiempo después, llegaron tres embarcaciones, («pancos,») con ochenta ó cien moros, y estos, en unión de los que se habían apoderado del buque holandés, empezaron á transbordar parte del cargamento de la goleta, que se componía de telas de algodón y seda, vajilla y barriles de cerveza. Cada instante era una eternidad de angustia para los desgraciados prisioneros, y los insultos más soeces y los golpes se les prodigaban sin cesar. Allí no había misericordia para nadie; la jóven de que hecho mención pasó á ser objeto de ludibrio de aquellos cafres, y el religioso, que alguna vez se permitió interceder por

ella, para evitar los ultrajes y malos tratamientos de que la infeliz era víctima, rogando en nombre de su Dios á aquellos malvados, ya sabemos como fué tratado. Cuatro marineros que quedaban de la dotación de la goleta, después de indecibles martirios, murieron de hambre y de cansancio, pues les hacían trabajar en la descarga del buque apresado y en la «estiva» de los otros barcos, sin permitirles un momento de reposo. Cuando gran parte del cargamento estuvo en tierra, en lugar seguro y bien acondicionado, y completamente «abarrotaadas,» dos de las embarcaciones moras, provistas de todo, se hicieron á la mar, con rumbo desconocido, quedando en el islote treinta piratas y los cuatro cautivos.

De este modo llevaban mes y medio, esperando, sin duda, el regreso de los expedicionarios, cuando una mañana, al romper el día, cundió la alarma más espantosa entre aquella colonia de fieras, que se movían con rapidez vertiginosa, sin saber qué hacer, ni qué partido tomar, sin darse cuenta de sus actos. Era que habían divisado de lejos á «Pepita Manila,» que capeaba el tiempo, y se consideraron perdidos, suponiendo, con fundamento, que, pasando la fragata á la vista de los farallones, llamaría necesariamente la atención de los de á bordo el estado de la goleta embarrancada y tratarían de ponerse al habla, para enterarse de la ocurrencia y prestar el auxilio necesario, ó cuando menos, recoger la gente, como sucedió. Por otra parte, ellos sabían muy bien que los balleneros llevan tripulaciones numerosas y de primer orden; hombres de pelo en pecho, armados y dispuestos para todo, á los que nada intimidaba, acostumbrados como están á luchar con la muerte. La salvación, pues, de aquellos canallas, estaba en la huída, y, concebida esta idea, fué aprobada por unanimidad y puesta en práctica inmediatamente. Embarcaron todos los efectos que pudieron cargar en el buque de que disponían; hicieron provisión de agua en los aljibes, y, dando fuego á la goleta, frenéticos, rabiosos, renegando y maldiciendo del cielo y de la tierra, se lanzaron

en demanda de otro peligro de tanta entidad y consideración como el que trataban de evitar. En el islote, solos, abandonados, sin recursos de ningún género, quedaban, á merced de la providencia, únicamente los cuatro desgraciados cautivos de aquellos miserables; los dos ancianos, postrados por las privaciones y transidos de dolor, el religioso gravemente enfermo y sufriendo horrible disentería, y la jóven, pobre mártir, víctima del libertinaje más odioso y de la barbárie más atroz, á la cuál, en los últimos días de cautiverio, y como complemento de su penosa y repugnante situación, atacó la viruela, enfermedad, que al menos sirvió para librarla de las bestiales caricias de aquellos salvajes. Nada valían, pues, y como para nada podían servir, todavía tuvieron que merecerles la gracia de la vida.

Al conocer la historia de estos infelices, los ánimos de nuestros marinos se sublevaron, y á bordo de la fragata era grande la exaltación, dominando un solo pensamiento, una sola idea en la mente de cada uno.

El capitán Fárgas, á pesar y con todo de que era un valiente, estaba también notablemente conmovido. Reflexionó un instante, y después, dirigiéndose á los oficiales:

—Señores—dijo—sería un delito de lesa humanidad el dejar impune tamaños atentados. Los piratas no deben de estar lejos; sabemos que han marchado hácia el Este y puede dárseles caza. Además, distan mucho de sus guaridas y no es probable pretendan refugiarse en tierra. Vamos á pasarlos por ojo.

—¡Viva España! ¡Viva Filipinas! ¡Viva «Pepita Manila»!—gritaba la tripulación, entusiasmada, formando corro á nuestro alrededor, y sus voces se confundían con las que daba el capitán ordenando á la gente:

—«¡Listos para virar!»

Púsose un oficial al timón, se izaron focos, para hacer caer la proa, se cerró el timón á la banda de estribor, para que la fragata arribase, se bracearon las vergas, dejándolas en forma de cruz, y, colocando la caña al

medio, á la vía, «Pepita Manila» corrió en popa.

Veamos, en tanto, cómo se revolvían los miserables bandidos, que, sin ánimo para afrontar el peligro, huían cobardemente ante nosotros.

Al dejar, quizás para siempre, aquellos lugares, volvimos la vista atrás, como si quisiéramos despedirnos de ellos. Un cielo claro y hermoso, azul y transparente, una nube de humo negro, muy baja, estacionada sobre el islote y las rocas, así como la amenaza de un chubasco; era todo lo que quedaba de «Alicia», goleta de tres palos.

A bordo hubo una explosión de verdadera alegría; nadie pensaba si no en dar caza y alcanzar á los piratas.

Aquella mañana recorrimos el mar en todas direcciones, reconocimos varios puntos de la costa, sin resultado alguno; los piratas no parecían; no se veía una vela en el extenso horizonte. ¿Qué había sido de los bribones y cobardes asesinos? Por fin, después de muchas horas de trabajar en vano, conseguimos ver en nuestras aguas, restos de embarcaciones naufragadas, vergas con velas «aferradas», bancos de remeros, barriles para agua y en la inmensa planicie, formando grupos unos y separados otros, porción de objetos que flotaban.

Era indudable que los miserables ladrones habían terminado allí sus fechorías, pagando de una vez para siempre las maldades y tropelías de una vida llena de crímenes, para ir á gozar después, según sus creencias, de la belleza, caricias y dulzuras de encantadoras huríes (1) en el paraíso de Mahoma.

El sentimiento fué general; la marinería y nosotros mismos, hubiéramos preferido acabar con ellos con nuestra propia mano, sin que el sacrificio de las vidas de aquellos infames pudieran inquietar lo más mínimo la conciencia de hombres honrados. Pero la casuali-

(1) Huríes, según el Corán, significa mujeres jóvenes y hermosas, provocativas, dulcísimas, atrevidas, dóciles y complacientes, que acarician á los bienaventurados en su soñado cielo, haciéndoles disfrutar los anhelados placeres y la felicidad eterna en el voluptuoso paraíso prometido por Mahoma.

dad ó la Providencia se había adelantado, dando al traste con sus embarcaciones, y, por ende, con ellos mismos, privándonos del gusto y la satisfacción de apretar el cuello ó colgar por los piés á aquellos despreciables racimos de horca.

Nada quedaba, pues, que hacer; el asunto se había resuelto por sí solo.

Llegó el medio día; tomamos la altura meridiana del sol, nos situamos, hicimos las anotaciones necesarias en el cuaderno de bitácora, y, después ¡¡rumbo á San Bernardino!!

Navegando de «bolina,» muy ceñidos al viento.

V

TEMPESTAD.

La «singladura» había sido buena, y la noche de primer orden; el día tan esperado nada resolvió que pudiera favorecernos; el barómetro descendía, y el temporal arreciaba.

En el cielo, hacia el O., se veía una sombra negra, en forma de arco de círculo, mejor dicho, como una ceja perfectamente recortada sobre fondo claro, color plomo. Mal augurio. Aferamos el aparejo, quedándonos á palo seco, y el buque, sufriendo mucho, casi sin gobierno, capeando, amura á «babor» amenazaba zozobrar. La tierra estaba lejos, difícil de tomar, y era un peligro, no habiendo un puerto donde guarecernos.

A bordo teníamos algunas averías.

La noche anterior, durante el combate, en el período álgido de la lucha; una racha huracanada había «rifado» el velacho, y rendido por su ténico el mastelero de juanete, sin que entonces ninguno se percatase de ello.

En la bodega de proa había tres piés de agua.

Abaroa se mostraba como era; incansable, insensible á la fatiga; ni los fracasos de la fortuna ni la furia de los elementos podían apocar su ánimo esforzado. Haciéndose cargo de todo, abarcando el conjunto, la situación, con sus menores detalles, calculando el

pró y el contra de lo que pudiera sobrevenir, se limitó á dirigirnos una mirada y levantando los hombros y haciendo un gesto, así como diciendo; ¿qué le hemos de hacer? dispuso picar inmediatamente el palo mayor para evitar el peligro de naufragar, que era inminente.

La tripulación, atenta al menor mandato, cumplía las órdenes dadas con religiosa escrupulosidad, sin pronunciar una frase, sin formular una queja, ni lanzar un juramento.

Con respeto y decisión admirables, ejecutaron lo que se les había ordenado.

Fuertes golpes de hacha cortaron el árbol, á un metro de la cubierta, y, al caer el pesado leño, hizo grandes destrozos en la obra muerta.

Recogimos la jarcia y esperamos.

A las dos de la tarde, la cerrazón nos ocultaba la tierra; los horizontes se habían reducido, y la goleta parecía moverse en un pequeño espacio, entre las nubes bajas y amenazadoras, corriendo, con velocidad vertiginosa, y un mar de todos los rumbos de la aguja, bravo, verdoso y casi cubierto de espuma, que se hendía abriendo profundos abismos.

El oleaje, furioso é imponente, amenazaba sumergirnos.

Las aguas, terriblemente agitadas, arbolaban de una manera espantosa, como sólo he tenido ocasión de ver en la extremidad meridional de la península africana al remontar con tiempo de proa, el Cabo de Buena Esperanza, de ese lugar que dió á conocer al mundo el ilustre Bartolomé Diaz.

El barómetro se había estacionado en lo que marcaba anteriormente y el viento continuaba arrollándolo todo.

Así nos sorprendió la noche.

Al obscurecer, el capitán, con tono conciso y enérgico, nos habló de esta manera:

—Señores; si el temporal continúa así, este cacharro—se refería al barco,—no podrá resistir ni un par de horas. Además—continuó—una guiñada del timón, una racha, una ola que nos coja de través, puede resolver el problema de vida ó muerte. Es necesario, pues,

estar prevenidos, y, si podemos, disponernos á intentar algo, pues, por más que la vida valga poco, no debemos abandonarla sin defensa.

Es inútil pensar en los botes, que, por otra parte, tampoco nos servirían de nada, atendido el estado del tiempo, ya que son débiles y están hechos pedazos, de modo que no hay para qué ocuparse de ellos. Si cae el viento y la mar se calma, permitiéndonos trabajar, y la goleta sigue amenazando irse á pique antes de ganar puerto, haremos una «jangada.» Tenemos materiales suficientes, somos fuertes y animosos, y llegaremos con ella á la costa, pues, de otra suerte, la situación es bien clara y definida. El que tenga algun encargo que hacer, que lo diga y el que se salve se encargará de cumplir su voluntad.

La fuerza del viento dominaba su voz.

Santulari me miró, y yo miré al capitán.

Sin alteración en la fisonomía, Abaroa continuaba tranquilo é impávido.

En aquellas desconsoladoras frases había condensado su pensamiento y su opinión.

Aunque cruel y desgraciadamente verdaderas, no daban lugar á sospecha de engaño ni disimulo, pero sus últimas palabras tuvieron el poder, la influencia, la virtud maravillosa que algunos supersticiosos conceden á los conjuros, pues, desde aquel instante y como respondiendo á los deseos del intrépido Abaroa, el viento cedió un tanto, y el mar, no arbolando demasiado dejó de molestarnos.

Una vislumbre de esperanza vino á reanimar nuestro espíritu. Sin embargo, era preciso disponerse, por lo que pudiera ocurrir.

En trances de peligro inminente y de angustiosa incertidumbre, cuando la muerte se cierne sobre nuestras cabezas, y, vacilantes, indecisos, no hay otro partido que seguir ni más resolución que adoptar, que someterse al terrible fallo del destino, que aparece próximo y que bien puede estar lejos, á muchos años de difícil y azarosa marcha, en la duda de lo que suceder

pueda, una idea, una opinión, por insignificantes que parezcan, tienen valor indecible.

La órden del capitán era necesario fuese conocida por todos, para que cada uno obrase con arreglo á su conciencia.

El padre Piriz, dejando un momento á los heridos, de los cuales no se había separado un instante, distribuyendo entre ellos sus cuidados y cariñosas atenciones, subió á cubierta, y, como faltase Arnaiz, se le mandó llamar. Los encargados de hacerlo, bajaron á la cámara, recorrieron todo el buque, registrando hasta los pañoles y Arnaiz no estaba en ninguna parte, sin duda no se encontraba á bordo.

Desde las últimas horas de la tarde del día anterior, no se tenía noticia de él; sólo debajo de la almohada de su litera se halló después una magnífica repetición de oro y el pañuelo de mano con sus iniciales. Estos objetos y una pequeña maleta con valores y ropa, fué todo lo que, andando el tiempo, pudimos entregar á su familia. Hicieron muchas conjeturas, se preguntó á la gente de la goleta, y Arnaiz no pareció. Se había perdido para siempre. ¿Qué fue de él? No se sabe; nadie á bordo le vió más.

Después, en mis horas de soledad y aburrimiento, durante largas navegaciones, solo con mi pensamiento, mirando al cielo y al aparejo del barco, ¡cuántas veces he pretendido, aun que en vano, explicarme aquella misteriosa desaparición! Lo probable sería que, al sentir los tiros, cuando tuvo lugar el abordaje de los piratas, y los gritos, las señales de alarma, el movimiento inusitado de á bordo, subiese á cubierta para enterarse de la ocurrencia, y allí, huyendo de los moros, que indudablemente le acometerían, sin armas, sorprendido, anonadado, se precipitaría al agua, ó algun bandazo que no pudo resistir lo lanzaría al mar.

Así debió de terminar sus días aquel desgraciado y buen amigo.

.

Los horizontes se dilataban y la luna, en el principio de su menguante, como he dicho anteriormente, iluminaba el

mar, si bien agitado, mucho menos fuerte é impetuoso que pocas horas ántes y permitiéndonos maniobrar.

Como con solo el aparejo de proa la goleta arribaba, engalgamos un mastelero, en el sitio que ocupó el palo mayor, poniendo una vela en «vandola» y así, gobernando mejor, dimos rumbo á tierra.

El viento estaba encalmado.

Por esta vez no había nada que temer.

Arrojamos al mar parte del cargamento «estivado» en la bodega comprometida, y, haciendo funcionar la bomba real, achicamos gran cantidad de agua, con lo que el barco quedó menos aporado, y, por consiguiente, mucho más marinero.

Reparadas las pequeñas averías, después de haber empleado todos los elementos de que disponíamos, nos quedaba un piadoso deber que cumplir; la obra de misericordia, que manda enterrar los muertos, y, por más que en este caso no tenga aplicación la frase, hicimos lo que se pudo hacer, lo de ritual en semejantes ocasiones.

Cerca de los «imbornales,» hacinados, en montón informe, contamos hasta veinte y tres cuerpos, frios, rígidos, horriblemente contraídos, desfigurados por la muerte, que todo lo trastorna, á los que los furiosos golpes de mar, que durante la noche barrieron la cubierta, habían arrastrado hasta aquel punto del buque. En las caras de aquellos desdichados se veían retratados la rabia, la ira y el dolor más acerbo.

Inútil es decir que no fué necesario cavar sepultura alguna. Cogidos por los pies, los cadáveres de los enemigos fueron lanzados al agua, por encima de la borda; luego reunimos nuestros muertos, colocándolos sobre los «cuarteles» de la boca de escotilla, y cuidadosamente envueltos en lona, con un lingote de hierro para que los cuerpos no flotasen, uno detras de otro, y por la banda de «estribor,» que es la banda de honor á bordo, y desde la toldilla casi á popa de todo, y por encima del coronamiento, previo un rezo que dirigió el capitán, fuimos echando al

agua los nueve cadáveres de nuestros desgraciados compañeros, que, sin más rito ni ceremonia, sin pompa alguna, descansan desde entonces á muchas brazas en el fondo del mar.

Los funerales no pudieron ser más sencillos ni menos costosos, y de todo aquello, viaje, furiosa tempestad, combate sangriento, solo queda en la memoria, como una penosa reminiscencia de un sueño agitado y febril.

Se dispuso desembarazar la cubierta, recogiendo porción de efectos, que, sin orden ni concierto, estaban esparcidos por todas partes, por efecto de la pelea; armas, restos de trajes y pedazos de telas de diferentes colores, entre los cuales dominaba un solo tono, el de la sangre mezclada con agua, que hacía repugnantes aquellos despojos; barricas desfondadas, trozos de jarcia, y, sobre uno de los márcos de la lumbreira de popa, adherida como la lapa á la roca, una crencha de negros, largos y ásperos cabellos, casi oculta por enorme coágulo de sangre.

Bajé al entrepuente; la mortecina luz de un farol lanzaba sus últimos rayos, luchando débilmente con la claridad del naciente día, que ya penetraba por la boca de la escotilla. En la penumbra, en un rincón, cerca del aljibe, acostado sobre una colchoneta y envuelto en una sábana, estaba Maceda, y, más que herido, parecía un cadáver colocado en posición supina sobre una mesa de disección.

Al verme, me dirigió una mirada, que no he podido olvidar, á pesar del tiempo transcurrido, y, haciendo un esfuerzo, de entre los pliegues de la sábana, sacó la mano medio mutilada, y, mostrándome un objeto, me hizo señas para que lo tomase. Acaricié el vendado brazo, y, hecho cargo del lastimoso estado en que se encontraba el buen Maceda, comprendí, con dolor, con profunda pena, que la muerte no tardaría en aniquilar aquella organización excepcional y privilegiada, que los instantes de su vida estaban contados. En efecto, quiso incorporarse, sin lograrlo; un fuerte golpe de tós hizo que arrojara una bocanada de sangre y espiró casi inmediatamente. Enton-

ces, abriósele la mano y dejó caer al suelo el objeto que con tanto cuidado guardaba, y que, al chocar con las tablas del piso, produjo un ruido metálico. Era un bolsillo de seda roja con algunas monedas de oro, que yo le había confiado, un anillo con un brillante, prueba cariñosa y recuerdo querido de un antiguo amor y los dos cartuchos de la carabina Weyper, que al

dome siempre en peligrosas excursiones, había cruzado el mundo en todos sentidos y direcciones.

Valiente, franco, noble y generoso, que no tenía igual.

Sírvale de responso este merecidísimo elógio que le dedico.

Saludé á la majestad imponente de la muerte, y, como sintiese humedecerse los ojos, subí al saltillo de la



Saludé á la majestad imponente de la muerte.

embarcar en la mañana del día anterior, y como medida de precaución, había retirado de las recámaras donde ajustaban y que de otra suerte, sus balas, sin duda ninguna, estarían alojadas en el cráneo de Amilusin.

¡Pobre Maceda! Soldado, cazador y ballenero; corriendo aventuras, siguién-

goleta para disfrutar de la brisa y de la frescura del mar.

.....

La luz del día, el azul del cielo, un sol radiante, espléndido, que, apareciendo por oriente, avanzaba con rápida carrera; la ausencia de las negras

sombras de la noche; el mar rizado, la goleta deslizándose pausada, suave, ligeramente mecida por el pequeño oleaje; una taza de café y un tabaco, me proporcionaron un bien estar inexplicable.

La ansiedad, el cansancio y la agitación nerviosa habían desaparecido como por arte mágico, y un sueño tranquilo, sosegado, reparador, un estado de indefinible dulzura se apoderó de mí.

Pocos momentos hacía que estaba sumido en aquella especie de éxtasis, que no hubiera cambiado por nada en la vida, cuando un inusitado movimiento y voces desaforadas y coléricas á mí alrededor, me despertaron bruscamente. Abrí los ojos, sofolliento, rendido por la vigilia y ví al capitán de á bordo, que, llevándose las manos á la cabeza, mesándose el pelo, con la mirada vaga, extraviada, y la voz alterada por emoción profunda, dando fuertes golpes con los piés sobre las tablas de la cubierta y volviéndose con ademán desesperado, se precipitó hacía la escotilla de popa para ganar la escalera que conducía á la cámara.

¿Qué nuevo peligro nos amenazaba? ¿Qué había sucedido? ¿Qué ocurría? Todo á bordo continuaba al parecer tranquilo; el hombre del timón en su puesto, sério, imperturbable; sobre el castillo de proa cuatro ó cinco grumetes arreglando la relinga y los escotines de una vela, y el trapo del aparejo dado al viento.

En la gran extensión de mar que alcanzaba la vista, nada se veía capaz de causar alarma; solamente cielo y agua y en la línea del horizonte, por la mura de babor una sombra que debía de ser la tierra.

¿Era que aquel desgraciado se había vuelto loco?

El incidente era por demás extraño y convenía conocerlo á fondo y en su origen, para graduar su importancia.

Dispuesto, pues, á tomar parte activa en el asunto, imponiéndome, si fuera preciso, decidí salir al encuentro de Abaroa, examinar su estado y resolver sin demora lo que creyera más conveniente. Avancé, con este propósito,

pretendiendo ganar la escalera, y, ¡cuál no sería mi asombro, cuando, de repente, ví aparecer sobre cubierta una mujer ligeramente apoyada en el brazo del capitán, con majestuosa apostura, sencilla, elegante, hermosa sobre todo extremo. Dos medias elipses de sombra rodeaban sus ojos grandes y rasgados, de mirada intensa y profunda, cuyo brillo estaba velado por largas y sedosas pestañas, que daban á su fisonomía un encanto especial, como un aspecto de dolor, de sufrimiento, lo que hacía doblemente interesante su original y típica belleza.

Traía la blonda y ondulosa cabellera sujeta con ancha cinta de seda negra; vestida de blanco, como en la noche anterior, en que la ví, las estrechas mangas del traje ajustadas á las muñecas con randas de encaje, el talle alto y el seno abultado y palpitante.

En aquella figura admirable reconocí en el acto á mi aparición de la noche del combate, y, sorprendido, maravillado, salí á su encuentro para saludarla.

Tendióme una mano, mano de singular finura, fresca, húmeda, con la frialdad del mármol, y Abaroa, con la amabilidad y franqueza exquisitas, propias de su carácter, se encargó de hacer la presentación oficial, abrumándome con una serie de elogios que yo distaba mucho de merecer. Después, previa ligerísima inclinación de cabeza, como solicitando la vénia, dijo, indicando á su pareja y volviéndose á mí:

—La señorita Regina.

Entonces, no sé lo que hice; sólo recuerdo que balbuceé algunas frases: la hermosura de aquella mujer admirable me fascinaba; en sus ojos había una expresión de encanto inexplicable, y el timbre armonioso de su voz me atraía. Ella, sonriendo de una manera deliciosa, haciéndose cargo de mi estado, se me aproximó y, fijando en mí su mirada dulcísima:

—Caballero—dijo—entre todos los recuerdos de mi vida guardaré el de usted, conservando en mí memoria el instante de nuestra primera entrevista. El horror, el miedo que en un

principio me causó su presencia, se desvaneció ya al verle después de mi letargo, tal como usted debe de ser. Nada tengo, ni nada valgo; pero le ofrezco mi amistad, noble, desinteresada y de modo tan espontáneo, tan leal, que no pueda nunca dudar de ella.

Estreché nuevamente la mano de Regina y sólo Dios sabe la impresión que me causaron y lo que agradecí

Regina, sin que el olvido, interponiendo su terrible y poderosa influencia, ni los años, ni la constante sucesión de nuevos y extraños acontecimientos, hayan conseguido amenguar el interés que me inspiró aquella mujer ni desvanecer su gratísimo recuerdo.

Santulari y el fraile, de pie y á regular distancia, contemplaban admirados la bellísima figura de Regina, sin



La señorita Regina.

aquellas breves palabras, dichas con naturalidad encantadora y llenas de verdad y de sentimiento.

Desde la fecha en que ocurrieron los acontecimientos que relato, ha pasado mucho tiempo, y, no obstante, entre el cúmulo de sucesos que embargan mi memoria, formando la parte más saliente de mi vida, se destaca en primera línea la interesante figura de

darse cuenta de tan original aparición. Consultábanse con la mirada, y nada hablaban que bastase á explicar su presencia. Por fin, Santulari, avanzó algunos pasos, y, apoyando la mano derecha en mi hombro, dijo, con entonación extraña, no exenta de gracia y como el que tiene la solución de un difícil problema.

—El cubierto número seis.

En este momento, el enigma que tanto nos había preocupado acababa de descifrarse, y Abaroa, que debía una explicación, la dió cumplida.

VI

LO QUE REFIRIÓ ABAROA.

—Hace diez y nueve años,—dijo el capitán, entrando en materia sin otro preámbulo,—navegaba yo de tercer oficial, á bordo de la corbeta «Sacramento,» buque que hacía el servicio de correo, entre Manila y las Marianas. Cierta día salimos de Agaña, capital de las islas, de retorno para Luzón, y el tiempo nos favoreció, de manera que puedo asegurar, sin temor de equivocarme, que no tuvimos precisión de tocar el aparejo, hasta estar á la vista de la bahía de Pujaga en Mindanao. Pero, poco después de remontado el cabo San Agustín, y al entrar en los estrechos, frente á Sarangani, ocurrió á bordo un incidente, que vino á perturbar el buen humor de todos y á amargar la felicidad de un viaje casi rendido. El caso, por lo inesperado y extraño, nos sorprendió á todos los que navegábamos en la «Sacramento,» dejándonos en el ánimo una impresión dolorosa y un recuerdo de esos que no se borran jamás.

Este breve exordio del capitán, sencillez y sin pretensiones ni ampulósidades, estimuló nuestra curiosidad hasta muy alto grado, y nos aproximamos á Abaroa, para no perder una sola frase de su discurso.

Regina, que, desde las primeras palabras del capitán, parecía fatigada, se acomodó muellemente en una mecedora, y, ocultando la cara con el pañuelo, dió rienda suelta á un dolor, no por silencioso, menos acerbo.

Causa ó motivo inconsciente de una originalísima leyenda, nuestra afligida é interesante «combarcana» daba, con su actitud, un relieve especial, un singular encanto al relato de Abaroa.

Escuchábamos, con creciente ansie-

dad, la peregrina historia, presintiendo en ella algo terrible.

Ninguno se atrevió á aventurar una pregunta, que pudiese cortar ó interrumpir el hilo de la comenzada relación.

—Habían embarcado en Agaña—continuó diciendo el capitán—tres ó cuatro pasajeros militares, algunos con sus familias, y varios deportados españoles, estos últimos víctimas de las revueltas y conmociones políticas de la metrópoli, los cuales, libres de sus respectivas condenas, regresaban á la madre patria, después de diez años de extrañamiento en aquellas lejanas tierras. Entre ellos, se hallaba un jóven capitán, acompañado de su esposa, hermosa señora, adorable mujer, poseedora de cuantas bondades y perfecciones pueden imaginarse. Yo, que, por razón del cargo que desempeñaba á bordo y que me tenía agobiado de trabajo, entrando y saliendo de guardia continuamente, sin más horas de que disponer que las concedidas al sueño, y cumpliendo siempre con los deberes de mi penoso oficio, había tratado muy poco ó nada á la apreciable pareja. Sin embargo de esto, contaban los dos con toda mi voluntad, así como con el cariñoso afecto del capitán y de los demás oficiales del buque.

Era el embeleso de la feliz pareja una preciosa niña de dos años, hija de ambos, criatura llena de gracias, ocurren, mimosa, monísima, en una palabra.

Desde la fecha de la salida del puerto, hasta el momento en que ocurrió el suceso que me ocupa, habían transcurrido muchos días, y, en tan largo periodo, fueron estrechándose insensiblemente entre el pasaje los lazos de amistad y simpatía, sin que el más insignificante disgusto—cosa rara y digna de referirse,—alterase las buenas relaciones que á todos nos unían. Con magnífico tiempo y salud á bordo, hacíamos un viaje admirable, cuando, una mañana, como á cosa de las diez, después del almuerzo, y mientras la mayor parte de los pasajeros situados en la toldilla disfrutaban de la frescura de una ligera brisa, y del brillan-

te panorama que ofrecía la próxima tierra en los estrechos, Isabel, que así se llamaba la señora protagonista de mi relato, que, con su hija en los brazos y apoyada en el pasa-mano, contemplaba con profunda calma la sosegada superficie de las aguas, de pronto, sin decir una palabra ni lanzar un grito, con ademán terrible é imponente, echó el cuerpo hácia atrás, y, levantando á la niña á la altura de su cabeza, con un impulso poderoso, la lanzó al mar, precipitándose ella después al abismo, casi antes de que se juntasen las ondas que se habían abierto para recibir el cuerpo de la criatura.

Es imposible de describir el espanto y el horror que se apoderó de los que presenciábamos este acto de locura ó desesperación.

Yo no me detuve; sin perder un segundo, vestido como estaba y desde la cámara del timón, me arrojé al agua; bucéé cuanto pude, y en breve tiempo, tuve la dicha de asir á la niña por los vestidos y subir luego á la superficie del mar.

Entre tanto, á bordo, en medio del asombro general producido y aún no disipado, algunos tripulantes, no considerando que la presunta suicida, no sabiendo nadar, como era probable, queriendo morir, y arrollada por la corriente, se sumergiría enseguida, echaron al mar salvavidas, gallineros, sillas y todos cuantos objetos encontraron á mano susceptibles de flotar, y como más prácticos y conocedores de lo que se trataba, varios hombres de la dotación, á brazo, con esfuerzo sobrehumano, cogieron la canoa del capitán, que estaba encubierta fuertemente trincada, y, cortando las amarras, para no perder tiempo, tripulándola con tres grumetes, la lanzaron por la borda, á riesgo de que se desfondara con el choque y quedando el botecillo por la popa del buque atravesado á la corriente, mientras los marineros exploraban el mar, buscando con la vista un punto donde dirigirse, en medio de un ejército de tiburones.

En el acto se mandó «fachear» el aparejo, para detener la corbeta; pero, por muy pronto que se practicó esta

maniobra, el barco, impulsado por la arrancada, se alejó bastante del sitio de la ocurrencia. Entonces se arrió un bote, el cual, á fuerza de remo, y siguiendo las indicaciones que hacía la gente desde el castillo de proa, para la cual era yo perfectamente visible, consiguió acercárase. Entre tanto, yo luchaba como un desesperado, procurando aguantarme sin soltar mi presa.

Tenía los zapatos puestos, y las ropas mojadas impedían toda acción enérgica, limitando mi trabajo á muy poca cosa.

Nadaba de «rana,» sobre el costado izquierdo, sosteniendo á la niña con la mano derecha y daba á mis piernas todo el empuje de que era capaz, para contrarrestar la rapidéz de la corriente, que me arrollaba, obligándome á variar de posición á cada instante, si había de mitigar el cansancio y la fatiga, que empezaban á indicarse, con alarmante insistencia, por un entorpecimiento de los músculos y un ligero cosquilleo en todo el cuerpo, síntomas precursores de la rigidéz, que no tardaría en presentarse, si no acudían pronto en mi auxilio.

Cuando me alcanzó el bote y deposité en él la preciada carga, sentí, más que satisfacción, orgullo, y antes de embarcarme, sumergido en el mar hasta el cuello, fuertemente agarrado al «carel,» despreciando el poderoso apoyo de los marineros que me tendían sus robustos brazos, sacudí la cabeza para despedir el agua y ver claro, pudiendo contemplar un espectáculo sublime.

En medio de aquella imponente soledad, un cielo azul purísimo; las aguas del mar tranquilas, transparentes hasta grandes fondos; nuestro buque como si estuviese anclado; los palos cubiertos con las velas en su total desarrollo, y la gente de la tripulación subida en las vergas, aclamándome como pudiera aclamarse á un caudillo victorioso.

Los botes volvieron á la corbeta y hubo que renunciar á salvar á la suicida, que no pareció más.

Pueden ustedes considerar cuál sería la desesperación del hombre que todo

lo había sacrificado al amor de aquella mujer tan trágicamente perdida.

Hubo que asegurarlo inmediatamente, pues pretendía atentar contra su vida, sin que las reflexiones más atinadas y juiciosas, ni los consuelos de todas clases que sin cesar se le prodigaban, alcanzasen á mitigar su dolor ni la exaltación nerviosa que de él se había apoderado. Después de varios días de sufrimientos indecibles, cayó en un estado de postración y de abatimiento, difíciles de pintar. Indiferente á todo, nada parecía importarle, y, acostado, sentado ó de pié, permanecía horas enteras sin al parecer darse cuenta de su situación. Comía maquinalmente, respondiendo siempre á la imposición de voluntad ajena, y, más que hombre, parecía un autómatá, una figura mecánica de esas que frecuentemente admiramos en algunas exposiciones.

Así hizo el resto del viaje.

Cuando el estado de su ánimo le permitió ocuparse de sí mismo, de las tiernas caricias de su hija, de la inmensa desgracia con que la suerte le había agobiado, y nosotros tratamos de adquirir algunos datos que explicasen la catástrofe tan sentida por todos, nuestro asombro no tuvo límites. Ni un detalle, ni un sólo indicio revelaba la causa de la fatal ocurrencia.

Por otra parte, durante el viaje, nadie á bordo había notado en la conversación de Isabel, franca y amena, distracciones, vaguedades ni desequilibrados conceptos, que acusaran un cerebro enfermo, no teniendo tampoco ni referencias de familia, ni precedente alguno de que estuviese afectada de catalepsia, epilepsia ó neurosis, que pudieran por herencia determinar semejante acto de locura espontánea. Nada nos había hecho presentir el desastroso y trágico fin de aquella desgraciada. De carácter melancólico, pero apasionado, de figura ideal, interesante y simpática; en sus ojos, en su boca, en su actitud, en el especial modo de ser de aquella angelical criatura, había toda una leyenda de amor y de felicidad; era el encanto de cuantos tenían la fortuna de tratarla, y, en verdad, señores, que no debo molestarme ha-

ciendo su retrato, cuando tenemos aquí copia exacta de aquel bellissimo original.

La niña que salvé de las aguas de las Célebes es la señorita Regina, que aquel día perdió á su madre para siempre.

Calló Abaroa, sin que ninguno de los que le escuchábamos se atreviese á hacer oír su voz, ocupados todos en contemplar á Regina, que también permanecía muda y como absorbida en sus pensamientos, y, después de un rato de silencio continuó:

—Falta en mis recuerdos un detalle importante, que ha estimulado durante varios días la justa curiosidad de ustedes, y voy á satisfacer ese deseo.

La presencia de Regina á bordo de mi barco.

Pudiera escribir el epígrafe de un capítulo, pero con sólo referir el epílogo de la historia, cumpliré como bueno y fiel narrador.

Los primeros años de la vida de Regina se deslizaron insensiblemente, educándose en los mejores colegios de Europa, sin omitir desvelo ni cuidado alguno hasta que salió de la infancia.

La niña se hizo mujer, y entonces fué preciso traerla al lado de su padre, para que con su cariño endulzase las amarguras de una existencia llena de dolores y contrariedades.

Las guerras de Joló y Mindanao fueron causa de que el ya anciano soldado, dejando á su hija en Manila, en poder de unos parientes, marchase á aquellos lejanos lugares, para defender las conquistas de España, hasta que, escarmentada la morisma y confirmado el derecho por la fuerza de las armas, se normalizó la situación, dándose por asegurada una paz que había de ser muy poco duradera. Cuando no hubo nada que temer, Regina, impaciente y amorosa y deseando reunirse á su padre, que ejercía en Zamboanga un importante cargo militar, habló de su viaje á Mindanao, y yo, deseoso de complacerla, puse mi barco á su disposición. De modo que lo que en un principio pudo parecer á ustedes un secreto misterioso, viene á ser la cosa más natural y sencilla del mundo.

Durante el viaje, y desde el primer instante, los acontecimientos se precipitaron, en forma de que, preocupado y atento tan sólo al desarrollo de los mismos, casi llegué á olvidar á la interesante pasajera. Pero, cuando, pasado el peligro y, en la mañana que siguió á la noche del abordaje, fuí dueño de mí mismo, pensé volverme loco. Recordando á Regina, corrí en su busca, y, al encontrarla, no he tenido palabras, acción ni fuerza bastantes para sincerarme á sus ojos.

La blanca figura de Regina, en pie é inmóvil en la cubierta de la goleta, recortada sobre el rojo color del cielo en el lejano horizonte, parecía una vestal, iluminada por el resplandor de las llamas del fuego sagrado.

Terminado que hubo Abaroa su relato, emocionados y procurando olvidar la dolorosa impresión que tan profundamente nos había conmovido, recorrimos el barco, disponiéndolo todo para la próxima recalada.

Consultamos el cronómetro de á bordo.

Eran las seis y treinta y cinco de la mañana, y á esta hora, estábamos á la altura de la bahía de «Puluan,» á unas siete millas de la costa.

La tierra se veía bastante clara, con todos sus detalles; divisábanse las altas montañas de Mindoro, con sus cumbres medio veladas todavía por la bruma de la noche, que el sol levante desprendía de los valles, y una espesísima faja de bosque y después las arenas de la playa, apareciendo como una estrecha cinta de plata.

Al cambiar de rumbo, en una bordada, distinguimos á lo lejos, en el fondo de la bahía, un pequeño pueblo, mejor dicho, una ranchería; casas de caña y nipa, construidas sobre pilotes, en la orilla del mar.

El tiempo había amainado, y el día se presentaba hermoso; una ligera brisa apenas si alcanzaba á hinchar el trapo de la goleta.

La «virazón,» nos empujaba hácia tierra, pero con lentitud desesperante.

La goleta, de «vuelta y vuelta,» pues que el viento no daba para más, procuraba tomar el puerto.

VII

RECALADA

A las tres de la tarde «cargaron» el aparejo y á la voz de—¡Fondo!—voz enérgica y sonora, de timbre y entonación especiales, siguió inmediatamente el ruido producido por los grilletes de la cadena del ancla, al pasar por el «escobén,» y la goleta quedó á la «gira,» meciéndose en las tranquilas aguas de aquella segura bahía.

Estábamos, pues, en puerto, á dos cables (1) de tierra y fondeados en siete brazas.

Al costado de nuestro barco, por la banda de babor, y en la azulada superficie del mar se reflejaba perfectamente la imagen de un buque de tres palos con masteleros calados. Buscamos con la vista el objeto que producía aquella sombra, y no tardamos en ver, destacándose sobre el verde oscuro de un inmenso y sombrío bosque de «mangle» que bordeaba la costa por aquella parte, la gallarda silueta de un hermoso brik, que, opuesto por su posición á la luz de los rayos solares, originaba el espectro, el fantasma, que ocupaba nuestra atención.

El clipeer estaba al ancla, con toldos agalerados. No tenía izada bandera que señalase su nacionalidad, y sólo en el espejo del chaflán de popa y en el centro de una elipse, decorada con molduras doradas de gran relieve, había un nombre, al cual faltaban algunas letras para estar completo. Una «burda» estaba en «banda» y varios «cadenotes» se encontraban sueltos.

La roda, por la línea de flotación, aparecía cubierta de verdín, algas y otras muchas yerbas procedentes de la costa y que el flujo había ido acumulando allí, así como también, en los eslabones de la cadena del ancla, en la parte que quedaba fuera del agua.

Esta diversidad de detalles, notados en la primera inspección y de una sola ojeada, demostraban bien claramente

(1) El cable tiene 120 brazas.
La braza 1,62 metros.

la larga permanencia de aquel barco en el mismo punto, sin cuidados ni atenciones de ningún género.

Juzgando por el aspecto general, por la finura del casco y cuanto de la arboladura podía apreciarse, el clipeer era indudablemente de origen Norte-Americano.

La arribada de un buque á aquellos solitarios y poco frecuentados lugares, era acontecimiento suficiente para llamar la atención de cualquiera, en semejantes circunstancias.

Nadie asomaba por la borda de aquel misterioso brick, ni se observaba movimiento alguno que revelase la presencia de una tripulación, ni se notaban á bordo señales de vida.

Puluan es un puerto de Mindoro, quizá el más cómodo y resguardado de aquel proceloso mar, casi siempre agitado, turbulento, teatro de terribles naufragios, campo de acción también de los «tifones» chinos, en el que algunas veces alcanzan su máximo desarrollo, para morir después al S., antes de los ocho grados de latitud, rebasado el boquete de Panay.

La geografía de Filipinas, deficiente y lastimosamente descuidada, poco ó nada dice de esta localidad, como de tantos otros buenos refugios en el mal tiempo, limitándose algunos derroteros á señalar los abrigos más importantes. La vida está concentrada en Manila, donde se vive al día, sin respetos al ayer, ni consideración al mañana. Allí la embriaguez de los pesos mejicanos embota los sentidos, anulando las aptitudes más favorables. Los gobiernos ahogan las ideas, prohibiendo la libre manifestación del pensamiento, con la previa censura, que convierte la prensa, factor poderoso de toda civilización, en dócil instrumento de miserable y caprichoso déspota.

Se barajan las costas del archipiélago en cientos de millas, sin que una sola luz avise al navegante la presencia del peligro; y tratando este asunto, bueno será referir una anécdota auténtica, que dará la medida del abandono y la despreocupación de los gobiernos de la metrópoli.

En Mindanao no hay pulquerías ni

tascas, como en las repúblicas de Centro-América.

La vida de café no se conoce en Zamboanga.

Una tarde estábamos sentados tranquilamente, á la puerta de la tienda de un español, comerciante en efectos navales, cuando acertó á pasar Enrique X, capitán del vapor que desempeñaba el interesante servicio de correo en el sur del Archipiélago. Nos saludó cortés y afablemente, le hicimos sitio en el corro, mandamos sacar cerveza, y dió principio la conversación. El capitán Enrique nos dijo que, despachados sus asuntos, continuaría el viaje para Cota-bato y el Seno de Davao, lamentándose, con razón, de lo descuidadas que se hallaban aquellas costas, en las que se marca únicamente la entrada de algunos puertos con la débil y vacilante luz de una candileja, mal llamada faro, más propia para alumbrar la cuadra de un cortijo, que el mar en noche oscura y tempestuosa. Abundando yo en su parecer, no pude menos de preguntarle:

—¿Cómo, en noche oscura ó cerrada de lluvia, se gobierna usted para poder fondear en el último de los puertos citados, viniendo de la mar?

—Muy sencillamente;—me contestó —me fijo en la luz de la cocina de la casa del gobernador del Distrito. (1) Si está encendida, emboco el río sin dificultad ninguna y, si nó, voltejeo, fuera, para entrar al día siguiente.

Esta contestación, llena de gracia, de originalidad y de verdad vergonzosa, era un tesoro.

De modo que este capitán, lo mismo que tantos otros, tenía que avalizarse con la luz de la cocina de la casa del gobernador, para buscar el fondeadero, en un punto concurrido, seguro y de gran porvenir y que, como puede verse, estaba y continúa estando en el más deplorable y punible abandono.

.....

La costa aparecía á la vista con toda su grandiosa magnificencia. En las pri-

(1) La casa en que habita el Gobernador de Davao está situada sobre la margen izquierda del río del mismo nombre, y es perfectamente visible desde muchos puntos del Seno.

meras estribaciones de una montaña, cuya cumbre estaba coronada y casi oculta por fajas de nubes de bellissimo celaje, admiramos numerosa y extensa plantación de gigantes cocoteros, y á su frente, en la playa de menuda arena, una série de construcciones de caña y nipa, extrañas, características y de original conjunto. Era la hora de la baja mar, y, quedando al descubierto el pilotaje sobre que estaban construidas aquellas viviendas, aparecían esbeltas, capaces y hasta bonitas. Los habitantes de la ranchería, formados en línea delante de sus respectivas habitaciones, todos en cuclillas, de tal forma, que á estar en América del Sur, hubiéramos creído que eran enormes pájaros bobos. Ante ellos y al frente, destacados á modo de guerrilla, treinta ó cuarenta chiquillos, completamente desnudos, sucios y del color de la morcilla, se entretenían dando volteretas y tirándose puñados de arena.

Entre toda aquella gente, sobresalía, arrogante, un individuo de estatura regular; cubierta la cabeza con anchosombrero de paja Guayaquil ó Panamá. En mangas de camisa, lucía unos tirantes encarnados, y en la mano, como apoyo ó distinción de mando, tenía un pedazo de bambú ó «palasan,» á modo de bastón.

Terminadas las operaciones de á bordo, era preciso trasladar á tierra los heridos y buscar alojamiento para Regina, proporcionándola alguna comodidad y el descanso que tanto necesitaba. Abaroa mandó arriar un bote, mal parado, pero, en fin, suficiente para recorrer una corta distancia. Entré en él, acompañado de Santulari, y en breve tiempo, la chalupa varó en una playa de guijo, á cien metros de la orilla. (1)

(1) En general, las playas de casi todas las costas del Archipiélago son bastante tendidas y, en marea baja, las atracadas se hacen con dificultad, resultando trabajosas, aun en puertos donde hay *pantalan*, muelle. Suelos madreporicos y grandes bloques de piedra constituyen los fondos, dejando sólo pequeños canales, que es necesario conocer para evitar el peligro de una avería. Hay también parajes de grandes cantiles, aguas de mucho braceaje y puntas que despiden *resingas* de considerable extensión.

La infinidad de islotes, de enormes masas de rocas volcánicas, de originalísimo aspecto y de extrañas formas, que se levantan aisladas, solitarias, alterando de vez en cuando la monotonía del Océano, los semilleros de piedras, los muchos *freus*, las peligrosas *sílangas*, la disposición de las tierras y los profundos

Saltamos sobre las piedras, con agua á la cintura, salvando así la molestia de que nuestros marineros tuviesen que cargar con nosotros llevándonos á cuestas. Marchando hácia el poblado, bien pronto nos encontramos en medio de toda aquella gente, que, alegre y solícita, no cesaba de felicitarnos. El personaje del sombrero y los tirantes se aproximó también, y, en un idioma que sin duda había inventado para su uso particular, mezcla de inglés, holandés, español, francés y tagalog, con frases de un volumen que difícilmente le cabían en la boca, nos disparó un discurso del que no entendimos ni jota. Amable y cariñoso, se deshacía en cumplimientos; nada forzado, todo natural y corriente. Era un individuo notable, estrafalario en alto grado y condescendiente hasta la exageración.

Era el tal de cabello rubio rabioso, azafranado, de esos que algunos llaman pelos de Judas, frente espaciosa, ojos castaños, con párpados ribeteados de rojo, nariz aguileña, boca grande de labios ennegrecidos por el abuso del tabaco, cara angulosa, enjuta, de piel curtida por el sol y el viento del mar y orlada por barba del mismo color que el pelo.

À nuestras preguntas, inspiradas por la curiosidad, dijo llamarse Mister Josplyn y ser capitán del brick fondeado en la rada.

Inmediatamente, se puso á nuestra disposición y, gracias á sus buenos oficios, á la influencia que parecía ejercer entre aquellas gentes y al conocimiento que tenía de la localidad, en breve

valles que forman hoy estrechos pasos por donde se comunican las aguas del Pacífico con las de los mares de China, Joló y Mindoro, este último el Mediterráneo de Filipinas, acusan la existencia de un país sumergido en parte, del cual sólo pueden verse las altas mesetas y las cumbres de las cordilleras; nueva Atlántida, si bien más afortunada.

Las Kuriles, el Japón, Luchú, Formosa, el Archipiélago Filipino, las Molucas y Borneo, forman parte de la cordillera que, desde la península de Canchatka, en la extremidad N. E. de Asia, cabo Lopatka corre al largo de sus costas orientales, determinando los límites del mar de China y oponiendo á las aguas del Pacífico, la inmensa barrera de sus rocas.

Mindoro confina al N. con Luzón, al E. con las Visayas, al S. con el mar de Mindoro y al O. con el mar de China. Tiene un desarrollo de costa de 860 millas, numerosa población é importantes riquezas sin explotar.

La capital es Calapan, sobre punta Balete, en la costa Norte.

(NOTA DEL AUTOR.)

tiempo quedamos instalados en tierra, con gran satisfacción de todos. Poco después, infinidad de «vintas,» pequeñas embarcaciones del país, abordaron á la goleta, y sus tripulantes, en unión de los marineros, dieron principio á la descarga y á una porción de operaciones preliminares y necesarias para varar el buque y proceder á su carena. Mister Josplyn, acompañado de mu-

irritación, verdadera ó fingida, resoplaba, como si fuera una foca. Estuvo varios días sin dirigirnos la palabra, pero ocupado en la reparación de la goleta, con tanto interés como el primero, dejando al descubierto sus conocimientos de hábil calafate, carpintero de ribera y hombre muy práctico en las cosas de mar.

Poco después, volvió á sus expansio-



Nos disparó un discurso que no entendimos.

chos de nuestros hombres, fué á su barco y, con sin igual solicitud y desprendimiento, trajo algunas barricas de alquitrán, estopa, clavos de cobre, maderas y cuanto hubo á mano y era necesario. Cuando luego tratamos de satisfacerle el importe de los artículos facilitados, se mostró ofendido, en términos de que, para desagraviarle, tuvimos hasta que acariciarle, pues, en su

nes, á sus confianzas, á sus alegrías y á la franqueza que, al menos aparentemente, formaban la base y el fondo de su carácter.

Al aproximarse la noche, dejábamos el trabajo y, reunidos en casa de Josplyn, pasábamos las veladas de la manera más agradable posible, dada la situación. Allí, cada uno, y por turno riguroso, refería las aventuras de su vi-

da, habiendo necesidad de adoptar este sistema, pues la *série* era abundante y queríamos evitar inútiles discusiones, reservando á cada uno el derecho de distraer á los demás.

Se oía con placer al navegante, al cazador, al ballenero, al explorador de extrañas y vírgenes regiones; se hablaba del Polo, con igual facilidad y desenvoltura que si se tratase de los mercados de Manchester ó de los Docks de Liverpool. Se referían dramas ocurridos en el mar, horribles hecatombes, tragedias en Méjico, viajes por las pampas argentinas y cacerías en Java, presentando á la admiración de los oyentes, pueblos, costumbres y situaciones que no se comprenden fácilmente, y la comedia de la vida ordinaria y positiva aparecía pequeña, ridícula é indigna, al lado de tanta grandeza.

¿Quién era Josplyn? ¿De dónde había venido y qué hacía solo en Mindoro, con su magnífico clipeer fondeado en la rada?

Eran éstos, asuntos bastantes para excitar nuestra curiosidad, y más tratándose del personaje en cuestión. Decían, que una mañana al romper el día, se presentó en la boca del puerto un hermoso brick con todo aparejo largo y la bandera americana «amorrónada» (1) en el trinquete; que á bordo no había otra alma viviente que nuestro amigo; que acudió gente de tierra, que aferraron el aparejo y dieron fondo.

Hacía cuatro meses que esto había sucedido y nada más se sabía.

Llevábamos ya algunas semanas en Puluan; nuestras reuniones nocturnas se habían sucedido sin interrupción, y cada uno referido el episodio más importante de su vida. Esperábamos, con una ansiedad muy justificada, llegase el turno á Josplyn, para conocer el motivo y las peripecias de su viaje, pero, con extrañeza de todos y haciendo caso omiso de cuanto pudiera relacionarse con su barco, contó un naufragio en el Indico, á la altura del Cabezo norte de Sumatra, siniestro terrible é interesante, y después, y entre sorbo y

sorbo de brandy, refirió una excursión en el Brasil.

Siento no poder dar á conocer á mis lectores la fuerza de expresión, las actitudes, lo original y lo típico de la frase de nuestro amigo, de aquel ente singular, el cual es probable desapareciera más tarde del mundo sin dejar conocer á nadie el secreto de su vida. No fué posible saber de dónde y cómo había venido, ni qué era lo que esperaba en Puluan. Allí lo dejamos, sonriente y tranquilo en apariencia, quizá guardando en su pecho la clave de algún misterioso acontecimiento, de un crimen acaso. Indudablemente, la conducta seguida con nosotros era hija de un profundo estudio, y su rostro una máscara.

Por más que su disimulo fuera grande, pudimos advertir que poseía muchos é interesantes conocimientos. Hablaba varios idiomas, combinando frases é involucrando conceptos, y después de bien observado, en el fondo, vimos un cómico de primer orden. Debía de ser hombre de mucho cuidado, de grandes facultades y de historia muy accidentada, y, sin temor de aventurar una opinión, puedo decir, que nuestro amigo Josplyn, atendiendo su recorte, pertenecía á esa clase de individuos, que, siendo materia dispuesta para todo, viven en los archipiélagos oceánicos y recorren el Pacífico, ejerciendo toda clase de industrias, desde la de capitán de barco pirata, hasta la de buhonero, sin patria ni ley, y muchas veces sin saber su nombre.

.

Siete años después de transcurridos los acontecimientos que acabo de referir, estando yo en Adelaida, capital de Australia meridional, á donde había ido persiguiendo asuntos relacionados con la explotación de unas minas, propiedad de la compañía á la que servía entonces, una mañana muy temprano, en la que perdía el tiempo admirando el paisaje y tomando el fresco en una alameda, en las afueras de la ciudad, ví pasar por un camino que conducía al campo, una brigada de presos, que, convenientemente escoltados por fuerzas

(1) Se *amorrón*a la bandera para pedir auxilio.

indígenas, se dirigían, sin duda, á algún punto de obra en donde el gobierno del país utilizaba las energías de aquellos desgraciados.

El presidiario es igual en todas partes del mundo; apático é indolente, lleva retratada en el semblante la indiferencia más absoluta, y, con un aspecto y un fondo de miseria mal encubierto con el degradante vestido reglamentario, marcha torpe y pesadamente, al compás del ruido que producen al chocar los eslabones de las cadenas que parece pretenden sujetarlos á la tierra.

De los cuatro individuos que formaban la última fila de aquella tropa de desdichados, sedestacó uno, que, llegando hasta mí y mirándome de una manera profunda, permaneció en silencio. Le reconocí en el acto, á pesar del tiempo transcurrido y del lastimoso estado en que se hallaba. Era Josplyn, el amigo, el misterioso personaje, el impenetrable capitán del brick que encontramos fondeado en la bahía de Puluan, cuando recalamos en aquel puerto para reparar las averías sufridas por la goleta «Petrona,» en viaje á Mindanao.

Apoyé el brazo en el hombro de Josplyn y le ofrecí un cigarro. Aceptólo, cortó con los dientes la punta del tabaco, escupiéndola después con soberano desprecio y obedeciendo á las voces del capatáz que le llamaba para que se incorporara á la cuadrilla, de la que momentáneamente se había separado, sin pronunciar palabra, me alargó la mano, que estreché, y desapareció arrastrando su grillete.

Muy fácil me hubiera sido entonces conocer la historia de mi amigo, examinando su hoja penal en la dirección del establecimiento en que estaba recluso en la Colonia, pero respetando su silencio, no quise violar el secreto que con tanto cuidado guardaba.

VIII

UN ACCIDENTE DESGRACIADO

Con actividad y constancia, capaces de vencer los mayores obstáculos, y después de ímprobos trabajos, termina-

da la «carena» de la goleta y reparado el aparejo que tanto había sufrido, sacamos el barco á bahía, faltando sólo reembarcar la carga, hacer aguada y dar de mano á algún pequeño detalle que muy en breve se fué por la banda.

Listo el barco, todos nos hallábamos en disposición de continuar nuestro viaje tan luego como se considerase oportuno. Quedaban pocos días de estancia en Puluan, y, como no teníamos ya nada que hacer, con objeto de pasar el tiempo entretenidos, organizamos una partida de pesca. Compusimos una red vieja, (1) que por casualidad se encontró á bordo, tomándole las mallas rotas con lo que se redujo el tamaño del «cópío,» se le pusieron varias boyas de corcho y, una vez arreglada, cargamos con ella conduciéndola al punto elegido para tenderla.

La ocasión era á propósito para lograr buen resultado. De media noche para el día, noche oscura, marea baja, sin corriente y en proximidad de luna nueva. A demás, el sitio en que nos proponíamos echar la red, era una pequeña rada en forma de segmento de círculo, limitada por dos puntas muy salientes y de aguas tranquilas, tan sossegadas, que muchas veces, en noches anteriores, la luna rielaba en aquella tersa superficie como sobre el cristal de un espejo ó una bruñida plancha de acero. A la sazón, el celaje era de color plomizo, los horizontes aparecían cerrados, y el mar reproducía los matices del cielo. Algunas estrellas centelleaban, despidiendo rayos luminosos; la atmósfera era densa, pesada; el calor insoportable y á intervalos llegaba hasta nosotros el eco de lejano trueno.

Era una de esas noches tan frecuentes en los trópicos.

Estando todo dispuesto, dimos principio á la faena.

Tendida la red, sin dificultad ninguna, abarcaba un gran espacio, y á bordo de nuestro bote bogábamos hácia tierra, viendo como los golpes de remo,

(1) La composición de la red es la siguiente:
Las bandas se llaman *botiches*, los cabos por los que se hala *velas*, los corchos *boyas*, el seno de la red *corona* y *cópío* la bolsa que está debajo de la *corona*.
La boca de la red, entre los cabos, se llama *gota*.
(NOTA DEL AUTOR.)

al tocar las aguas, arrancaban torrentes de luz, una fosforescencia admirable, lampos de sorprendente brillo pasajero.

Cuando varó el bote, saltamos á la arena, y sentados en la playa, departiendo alegremente y fumando sendos cigarros, esperamos á que llegase el momento oportuno para halar de las vetas de la red.

Dado el aviso, la gente empezó la maniobra y nosotros, descalzos y arremangados, metidos en el agua hasta la rodilla, ayudábamos también. Después de largo rato y de grandes esfuerzos, la red, como si estuviera hinchada, repleta de seres vivientes que pretendían salir por las estrechas mallas, brillando con la fosforescencia de sus plateadas escamas, tenía un peso enorme. Ibamos conduciendo hácia tierra aquella inmensa bolsa, y, á medida que se aproximaba á la orilla aumentaba considerablemente de volúmen.

Allí debía de existir una sociedad muy mal avenida, por que grandes sacudidas y una especie de oleaje que advertimos, indicaban claramente que dentro había algún animal fuerte y temible que se imponía á los demás.

Como no tiene nada de particular y es bastante frecuente pescando en aquellas latitudes el encontrar en las redes tiburones y caimanes, tratamos de prepararnos para recibir dignamente al inesperado huésped. La casualidad había hecho que no tuviéramos armas, y fué necesario cojer los remos y un arpón ballenero, en forma de tijera, que en su correspondiente vaina de corcho estaba en la «chopa» del bote. Así dispuestos cerramos la «gola» de la red estrechando la distancia entre los cabos y tirando de ellos arrastramos el aparejo hasta dejar la «corona» sobre la arena de la playa. Entonces, entre millares de pescados de todas clases, y casi cubierto por ellos, vimos un pez-sierra de colosales dimensiones, provisto de una magnífica defensa, que se revolvió furioso entre aquella animada masa. Como las mallas del «arte» eran una cárcel demasiado débil para resistir por mucho tiempo los violentos embates y movimientos del poderoso escualo, Jos-

plyn, con el filo de la pala de su remo, le asestó un terrible golpe en la cabeza. El resultado fué contraproducente, pues el animal, libre de la envoltura de finísima cuerda, que había rasgado con la sierra de su defensa, luchaba frenéticamente, abriendo en la arena profundos surcos y pretendiendo ganar el mar, para encontrar su natural elemento y salir del empeño en que torpemente había entrado. Le acosábamos por todas partes, tratando de evitar que llegase al agua, y, en uno de los avances, Santulari, que había conseguido herirle con el arpón, introduciendo la tijera en el centro del cuerpo, al afirmar más el golpe, recibió en la pierna izquierda una herida de mucha consideración. Nos interpusimos con los remos para impedir una nueva acometida, retirándole del sitio de la ocurrencia, mientras los grumetes acababan con el escualo, que muy pronto quedó tendido sin movimiento alguno.

Entre tanto, los peces, que momentos antes bullían dentro del «cópico», libres ya de los hilos del aparejo, volvieron al mar y la red completamente deshecha, inútil, quedó abandonada en la playa.

El resultado de la pesca, como se vé, no pudo ser más deplorable.

Sintiendo la nueva desgracia que se nos había venido encima, regresamos al poblado, tristes y cariacontecidos, pensando en la importancia de la herida de nuestro amigo. El resto de la noche la pasamos con gran cuidado; el estado del herido era gravísimo y carecíamos de elementos para atenderle. La defensa del pez-sierra había seccionado arterias importantes en la cara lateral externa de la pierna izquierda de Santulari, ocasionándole una copiosa hemorragia, que puso su vida en inminente peligro, y dando lugar á un síncope. Pero la naturaleza vino en su auxilio, y, aprovechando aquella gran cantidad de sangre formó coágulos que, obrando como agente hemostático, detuvieron la hemorragia, salvándole de la muerte.

Pasaron muchos días hasta que nuestro compañero se vió limpio de fiebre, cicatrizadas las heridas y, como es con-

siguiente, fuera de cuidado, aunque muy débil. Animoso y decidido como siempre, aseguró estar dispuesto para emprender el viaje, sin que reflexión alguna bastase á persuadirle de que debía esperar una semana más, para poder soportar mejor las molestias que ocasiona una larga y penosa navegación en barco de vela. Fué, pues, preciso ceder; su voluntad se impuso y el temor de disgustarle nos decidió, en términos de que poco tiempo después

desprendidas de la tierra condensaban una atmósfera tibia, embalsamada por embriagador perfume, tan enervante que producía languidez sin igual y que nosotros aspirábamos con satisfacción y delicia indefinibles.

En el fondo de un estrecho valle, cubierto de nipas gigantescas, con hojas aladas de ocho pies de largo, de enormes borys de sobresalientes formas, color verde claro, de bambúes, de mas de treinta varas de alto, agrupa-



El bahai de Regina.

quedamos dispuestos para emprender la marcha. Quiso comunicar por sí mismo á Regina tan grata nueva, dándole la noticia de la partida, y, apoyado en mi brazo, salimos al campo en dirección á la vivienda de nuestra interesante amiga.

Eran las primeras horas de la mañana; un sol espléndido alumbraba un paisaje encantador, y las emanaciones

dos en impenetrables pomos, simulando elegantes ramilletes, de plátanos, abacás y gran profusión de arbustos de imponderable hermosura, que se mecían dulcemente impulsados por suavísima brisa, y en la márgen izquierda de un riachuelo de cristalinas aguas que corrían por extenso lecho de pequeños y brillantes guijarros, allá á lo lejos; en la orilla y sobre pilotes de

mucha elevación, en medio de tan pintoresco lugar y dándole tono, se destacaba un precioso «bahai» construido con delgadísimas cañas entrelazadas, muy bien unidas, ligero y de esbelto corte y hecho de modo que las paredes formadas por una serie de cuadros concéntricos lucían caprichosos dibujos.

Nada más ideal que aquel remedo de edificio.

Avanzábamos despacio, cogiendo un sin número de parásitas, que á cada momento aparecían entre los rendidos troncos de colosales árboles, medio ocultos por el ramaje y el «cogon,» cuando llegó hasta nosotros un lejano rumor, una dulce armonía y poco después y á medida que nos aproximábamos al río, nos sorprendieron agradablemente unos arpegios arrancados por mano muy hábil al teclado de un piano. Luego, escuchamos los primeros acordes del aria de Leonora en Favorita, de la inspirada partitura del inmortal Donizetti, del sublime autor de Linda de Chamounix, de Lucía y de L' Elisir d' amore.

Regina, creyéndose sola, hacía brotar torrentes de armonía á su piano y cantaba acompañándose con él.

Su voz era extensa, llena, igual en todos los registros, de timbre exquisito, y la cantora atacaba las delicadas notas del precioso número con seguridad y afinación absolutas y estilo irrepachable.

Entusiasmados, aplaudimos indiscreta y furiosamente, sin guardar ningún género de respetos ni consideraciones.

Calló la artista, sorprendida y contrariada por la inoportuna explosión de nuestro entusiasmo, y, queriendo conocer, sin duda, á sus bulliciosos admiradores, se asomó á la ventana y, al vernos, amable y cariñosa, como siempre, después de cambiadas algunas frases de satisfacción y disculpa, nos rogó visitásemos su «bahai».

No fué preciso que nos repitiese la invitación; trepando, con sin igual agilidad y ligereza, por una endeble escalera de caña, que trabajosamente soportaba nuestro peso, llegamos á lo que puede llamarse zagüán, «caida» en el

país, que servía de ingreso á las habitaciones ocupadas por Regina.

Nuestra simpática amiga, viendo á Santulari restablecido de la peligrosa herida que durante tantos días le había tenido á las puertas de la muerte, no ocultó su alegría y, cuando la dijimos que sólo esperábamos sus órdenes para continuar el viaje, nos aseguró estar dispuesta desde aquel instante. Después, nuestras súplicas hicieron que Regina agotase el variadísimo y selecto repertorio musical de que disponía, y, embelesados, absortos, transportados Dios sabe á donde, en alas del sentimiento y de la fantasía, admirando las obras más escogidas de los mejores maestros, pasamos unas horas deliciosas.

Cuando llegó el momento de despedirnos, lo hicimos sintiendo salir de aquella casa; con visible mal humor, ensimismados y como si nos agobiase algún pesar.

Resonaba todavía en nuestros oídos una confusa armonía y, huraños y silenciosos, marchamos hacia la vivienda de Josplyn.

Al llegar, empujé la puerta y, como la casa no tenía más que una sola estancia, no nos fué preciso molestarnos mucho para dar con nuestro huésped. Acompañado éste de Piriz y Abaroa, arrellenado en una silla, frente á una mesa donde había algunas tazas y una gigantesca cafetera, con la mayor buena fé posible y el mejor apetito, acometía, sin tregua ni descanso, á un ungüento que él decía ser mantequilla de Flandes y era «butterina,» sain de sardinas refinado, perfectamente dispuesto, muy bien hecho y entregado al comercio en cajas con brillantes rótulos, marcas de fábrica depositadas, medallas ganadas en diferentes exposiciones y toda clase de garantías, tan falsas como el artículo mismo. Los yankees tienen habilidad especial y osadía á prueba de todo fracaso, para presentar sus productos y manejan el bombo con sorprendente desahogo, disponiendo de ancha conciencia para todo género de preparaciones artificiales.

En los Estados de la Unión, la grasa de potro del Río de la Plata, la grasa de

la langosta, el aceite de foca y el sain de sardinas, alcanzan un precio de cuarenta á cincuenta y cinco pesetas el hectólitro, y estas substancias, después de manipuladas y luciendo diferentes nombres á cual más distinguido, aparecen en nuestras mesas como quesos de Chester, Roquefort, Danés, Stilton, Gloucester y Gruyère.

No creo pueda exigirse más desenvoltura en esos industriales y comerciantes poco escrupulosos.

Josplyn continuaba engullendo, sin hacer gran caso de nuestras observaciones, y sólo de vez en cuando sonreía sirviéndose brandy.

Santulari, que, sentado en un extremo de la mesa, alegre y oportuno, como de costumbre, no perdía ocasión de intervenir en todas nuestras discusiones, dijo con tono doctoral:

—Señores; ustedes pueden censurar todo cuanto gusten; el origen y condiciones de esa manteca, así como alabar las buenas disposiciones y las amplias tragaderas de Josplyn, pero, respecto á este café, yo aseguro y certificaría, si fuera necesario, que reúne las tres condiciones de rigor para ser aceptable, como dicen en Cuba: acabado de «tostar», acabado de «moler» y acabado de «cocer.» Tanto es así,—añadió—que desde hoy me divorcio de ustedes para este sólo acto, declarándome convidado de Josplyn, mientras dure nuestra estancia en Pulan.

Celebramos la determinación de Santulari, adhiriéndonos á su pensamiento, y, entre risas y sorbos de Jerez, haciendo arder buenos tabacos y sazando la conversación con algunos chistes de mucha gracia, pasamos las horas sin darnos cuenta del tiempo transcurrido.

Como era preciso disponernos para continuar el viaje, tratamos en serio tan capital asunto, y, señalado el día, contando con las circunstancias de mar y viento, se dió orden para que todo el mundo estuviese listo para partir. Faltaba, sin embargo, un importante detalle; asegurarse del verdadero estado de salud del bueno de Chafaldete, que decía estar completamente restablecido de las profundas y graves heridas que

durante tanto tiempo le habían tenido postrado en la cama.

Como el corazón y el deseo de verse de nuevo á bordo de su barco pudieran engañarle, esponiéndole á una recaída ó, lo que hubiera sido peor, á un fin desastroso, fuí yo designado por los compañeros para actuar como médico forense, en este caso.

Sin tardanza, y haciendo uso de los poderes que me habían sido conferidos, salí de casa de Josplyn para cumplir como Dios me diera á entender mi nuevo, difícil y extraño cometido.

IX

UN EPISODIO DE LA VIDA

DE CHAFALDETE

Eran las cuatro de la tarde, hora de la comida á bordo, y como «nuestro-amo» no faltaba por nada á sus costumbres de hombre de mar, sentado á una mesa bastante bien servida y repleta de viandas, se despachaba á su gusto. Estaba vestido como si fuera á correr un temporal, y, con el tenedor en la mano, se levantó para hacerme los honores, orgulloso de mi presencia. Estreché la mano de Chafaldete, ancha, áspera y pesada como un galápago de plomo, y como yo sabía que, según el adagio, de los que comen se mueren pocos, y el contramaestre tenía apetito envidiable y una fuerza digestiva en completa armonía con el apetito, sin más exámen, puesto que mi ciencia de médico improvisado tampoco alcanzaba á otra cosa, le dí por bueno, totalmente curado y en disposición de hacer un viaje de circunnavegación. Celebré su buen estado de salud alabando el ánimo y la actitud en que se hallaba, y sentándome en una pequeña silla, hablamos del viaje y de los incidentes ocurridos durante el mismo.

Entramos de lleno en una serie de consideraciones relacionadas con los acontecimientos que acababan de tener lugar, y siendo nuestro-amo persona de buen juicio y de no escaso talento, sus atinadas reflexiones y algunos he-

chos, que así como de pasada apuntó de ligero, le llevaron á un terreno confidencial, en que yo no había pretendido entrar, pero que deseaba conocer; sus aventuras.

Dejando aparte mucho de lo que refirió, me detendré solamente en un punto, en el cual se fijó él también, y que por ser en sus detalles poco conocido y sobre manera interesante, lo transcribo á continuación, en la misma forma y con igual título con que él lo presentó, esto es: «Un viaje á Africa».

Han pasado muchos años desde entonces y, doblado el cabo de la vida, habiendo desaparecido para siempre, todos ó casi todos los que tomaron parte en expediciones de semejante naturaleza, que las leyes y los buques de vapor han hecho imposibles hoy, creo, no obstante, que se leerá con interés la relación de unos acontecimientos que pasaron á la historia velados por un negro crespón que ocultaba la infamia y la vergüenza más inconcebibles.

Chafaldete cargó la pipa, tosió dos ó tres veces, y, apoyando los codos en la mesa, habló de esta manera:

—Cansado de cruzar todos los mares del globo, conociendo perfectamente la costa de Africa, habiendo salido de muchos y diferentes peligros y disponiendo de algunos ahorros, fruto de grandes empeños, decidí cambiar de vida, dedicándome á la pesca del coral en Vélez de la Gomera, (1) ocupación relativamente tranquila y de buenos rendimientos en la fecha á que me refiero. Compré barcos, contraté tripulaciones y todo iba viento en popa según mis propósitos. Pero, poco después, abrumado por una série de acontecimientos desagradables, que no son pa-

ra contados ahora, poniéndoseme de frente la fortuna, vine á parar al estado más miserable que puede imaginarse; es decir, caí del tope del palo mayor á la bodega y para vivir tuve que volver á trabajar.

—Una tarde,—continuó Chafaldete,—paseaba por la muralla de Cádiz, luciendo mi viejo traje de gaviero, únicas prendas de que disponía y que consistían en un gorro de punto de lana, camiseta de bayeta encarnada, pantalón de lienzo, que de nuevo había sido blanco y entonces resultaba de color indefinible, remendado, súcio, lleno de manchas de alquitrán, sebo y brea, y calzadas grandes botas de cuero de caballo, adquiridas en Nueva Orleans.

Mascando un trocito de tabaco andullo, marca «Fair Maid David Dunlop,» con las manos entre los pliegues de la faja, contemplaba la postura del sol, observando cómo desaparecían los últimos reflejos del crepúsculo, cuando la casualidad, en figura de un antiguo compañero, viniendo en mi auxilio, me puso en camino para salir de tan lastimosa situación.

Forzando mis recuerdos, en breves instantes, dí con el nombre del individuo que tenía delante; estreché su mano, y el hombre no se cuidó de disimular el contento que le ocasionaba mi presencia. Era el tal un viejo marinero desembarcado, que en aquella actualidad pasaba el tiempo ejerciendo de contramaestre de «muralla» y gancho de gente de mar. Se llamaba Pajarito, tenía una historia sumamente entretenida y sus espaldas, á prueba de rebenque, parecían un mosaico, cubiertas de manchas moradas y cicatrices, señales evidentes del cariño con que había sido tratado en muchas ocasiones.

Este sujeto, hecho prisionero varias veces á bordo de barcos negreros, había sufrido diferentes condenas, pudiendo decirse que vivía de milagro. Maestro en todo cuanto se relacionaba con la «trata,» era un agente muy importante para los que á ella se dedicaban.

Trabamos conversación, y, poco á poco, se fué liando el asunto y llegamos al punto interesante, que era mi

(1) Vélez, en árabe, significa segundo y es un presidio situado en árida y escarpada roca de ochenta metros de altura, en el Mediterráneo, sobre la costa de Africa y en la desembocadura del *Guad-Taneda*, á los 35° 12' 55" de latitud N. y 2° 5' longitud del meridiano de Cádiz y cerca de la isla Iris.

Al S. O. de Vélez, á dos millas de distancia, y como desafiando al tiempo, se encuentran las cuatro torres de Alcalá, edificaciones antiquísimas, hoy casi derruidas y de las que cuenta la tradición, sin que la historia señale el hecho, que fueron construidas por los españoles, en una noche aciaga, cuando, pasada á cuchillo, por los moros gran parte de la guarnición cristiana de la antigua ciudad de la Gomera, los supervivientes se atrincheraron en ellas, ocupando después el Peñón, y de aquí, según dicen, el nombre de Vélez de la Gomera ó sea segunda Gomera.

(NOTA DEL AUTOR.)

angustioso é insostenible estado. Pajarito, así que se enteró de mi situación, mirándome de una manera profunda y como pretendiendo inquirir mi pensamiento, me dijo:

—Precisamente ahora disponemos un viaje de mucho provecho y con gente conocida. ¡Ni que vinieras llovido del cielo, hombre! Cuando sepas quién manda el barco, no vuelves en tí de asombro.

Hice mi profesión de fé, y poco después supe por Pajarito que la expedición iba al golfo de Guinea, que la mandaba don X, famoso capitán de Málaga, con quien yo había navegado explotando el mismo negocio que ahora tratábamos de realizar, y que llevaba de segundo á su inseparable Ugandi.

Era éste un primer piloto, que, como capitán, mandando una fragata catalana y yendo también al negocio del «ébano vivo,» un día, á la altura de Cabo Palmas, sobre la costa de Africa, avistó á un buque negrero portugués, que navegaba de la «vuelta de fuera,» y, pareciéndole mejor y más barato aprovecharse de la negrada que conducía que adquirir los esclavos en tierra, le puso la proa. Apresado el barco, que era una goleta de mucho tonelaje, después de lucha bastante reñida y transbordados los negros, Ugandi mandó darla fuego, pero de pronto cayó el viento, sobreviniendo una calma absoluta y, sin tiempo para separarnos, el fuego del buque incendiado se comunicó al nuestro, ardiendo los dos y resultando inútiles cuantos esfuerzos hicimos para cortarlo.

Ni un soplo de viento se dejaba sentir.

Previsto lo que iba á suceder, y antes de que el fuego se apoderase por completo de la fragata, arriamos botes, pretendiendo darle un remolque, pero fué imposible mover aquella enorme mole que parecía estar amarrada al muelle de un arsenal. Viendo todo perdido, sin poder subir á bordo para recoger las provisiones, armas, ropas y algunos instrumentos, pues los negros furiosos y amenazadores, á los cuales, por falta de tiempo, no habíamos asegurado bien, recorrían la cubierta y

trepaban por el aparejo, huyendo del fuego que por momentos tomaba mayor incremento. Temiendo se lanzasen al agua, para ganar nuestros botes, picamos el remolque y á prisa, haciendo fuerza de remo nos alejamos de aquel paraje. Así, perdidos, sin rumbo y á merced de las corrientes, estuvimos dos días, hasta que, al amanecer del tercero, nos recogió un «Místico» francés que se dirigía á San Luis del Senegal, siendo lo gracioso del caso que nosotros y los portugueses, resto de la tripulación de la goleta apresada nos presentamos como si fuéramos naufragos, fingiéndonos compañeros y víctimas del mismo siniestro, puesto que no podíamos decir éramos negreros. De modo, que aparecimos como amigos, siendo enemigos irreconciliables, y después de haber sostenido un combate, quemado los barcos, y fracasado el éxito de la expedición.

Ugandi, á pesar de las contrariedades, de las desdichas y del deplorable resultado obtenido con su endemoniada idea, reía á mandíbula batiente, contemplando las afligidas caras de nuestros amigos los portugueses.

Era mucho hombre aquel.

Pajarito continuó hablándome de la importancia del viaje; del capital que se jugaba en el negocio y de la cuantiosa ganancia que reportaría y que él consideraba ya asegurada, como si la tuviera en la faltriquera y cuando dió el nombre del barco, para que yo pudiera ponerme al habla con el capitán, no cesó de recomendarme el sigilo, temiendo una indiscreción.

Nos despedimos, y al siguiente día, muy de mañana, bajé al muelle. En la «media escalerilla» alquilé una pequeña embarcación, que, gobernada por mí, no tardó en atracar á un bergantín de aparejo redondo de mucha guinda y gallarda arboladura. Cuando el bote abordó al bergantín, alcancé la escala de gato, que pendía por la banda, y en dos saltos me puse en la cubierta. Recorrí el «combés,» sin encontrar persona alguna, guardián ó grumete, á quien preguntar por el capitán y registrando el barco, para lograr mi deseo, al llegar á popa y á través de los

cristales de la ventana de un camarote situado debajo del saltillo, ví una cara conocida y contemplé unos ojos que me miraban.

Avancé resueltamente y, sin necesidad de empujar la puerta que estaba abierta, entré en aquella estancia. Allí había una porción de instrumentos; aneroides, termómetros, cronómetros, y en un casillero de madera que cubría

alegre semblante y afectuoso tono, me dijo:

—¡Ola, Chafaldete! Parece que pretendes otra vez ser de los nuestros. Bueno, hombre, bueno; pero dime, cristiano, ¿cómo diablo has sabido que aparejábamos una expedición?

—Nuestro-amo Pajarito me ha avisado, mi segundo,—contesté dándole ya el título de su nuevo cargo.



Era Ugandi, el segundo de á bordo.

gran parte de un mamparo, perfectamente arrolladas y cada una en su sitio, todas las banderas del telégrafo internacional de señales.

De pié y echado de bruces sobre una mesa, examinando una carta, estaba un hombre, el mismo cuya presencia había llamado mi atención momentos antes.

Era Ugandi, el segundo de á bordo.

Me quité la gorra y dí los buenos días á mi antiguo capitán, el cual, con

—Bueno, hombre, bueno;—respondió casi maquinalmente volviendo á contemplar la carta, sobre la cual puso un cartabón y un compás.

Absorto en sus operaciones, prescindiendo absolutamente de mí, continuó largo rato haciendo funcionar las puntas del instrumento sobre el mapa, apoyados los codos en la mesa y la frente en la palma de la mano izquierda.

Aprovecharé su ensimismamiento.

para trazar algunos rasgos del carácter de tan singular personaje.

El segundo Ugandi, era lequeitiano; viejo, de más de sesenta años. Navegando desde muy joven, sufriendo los azares de la vida en el mar, y atrevido como he visto pocos, despreciaba el peligro. Este hombre, que en su oficio de negrero había ganado un «platal», no disponía de un centén.

Sin parientes ni obligaciones, sin vicios, pues, ni fumaba ni bebía, estando sólo dominado por una pasión, únicamente para la cual vivía; adoraba á las mujeres.

Era bajo de cuerpo, robusto, con el pelo cano y la barba afeitada, ojos verdes, algo chato, boca grande y magnífica dentadura. Abandonado en el vestir, su traje se diferenciaba poco ó nada del de un marinero cualquiera, así es que las prendas que usaba á bordo en el acto de mi presentación, podían inventariarse de la manera siguiente:

Gorra danesa.

Camisa de franela.

Chaleco de paño negro.

Pantalón sujeto á la cintura con su correspondiente correa, y grandes botas noruegas hasta más arriba de la rodilla.

El segundo me hizo algunas preguntas relativas á mi vida durante el largo periodo de tiempo que permanecí desembarcado. Recordó varios accidentes de mar que habíamos salvado juntos, y, al exponerle el deplorable estado de mi fortuna, rió largamente manifestando que su capital y el mío se encontraban á igual altura. Después, y como yo deseara saber qué era lo que necesitaba y qué condiciones se exigían para formar parte de la gente en este nuevo viaje, me dijo:

—Nada; mucho hígado, buen estómago y nada más, hombre, y nada más.

—¿Y, cuándo nos hacemos á la mar? —pregunté al segundo, que, sin desatenderme, no separaba la vista de la carta que tenía sobre la mesa.

—El jueves, hombre, el jueves; estamos en sábado, con que, dentro de seis días; el lunes saldremos á bahía y haremos aguada.

Es de advertir que el bergantín se hallaba en los Caños del Trocadero, donde había permanecido arrumbado varios años, medio en agua, medio en fango, sin que nadie se cuidara de él para nada. Cuando se pensó en habilitarlo para este viaje, allí mismo se le hicieron algunas reparaciones, las estrictamente indispensables, y listo. La suerte que le esperaba, tampoco era gran cosa, de modo que casi de balde salieron del paso. Se le embadurnó de un negro, que mejor parecía barro que pintura, se le adosaron nuevos «brandales», se colocaron dobles vergas americanas, para facilitar la maniobra, y como el barco tenía mucha «guinda» y arboladura majestuosa, con el aparejo largo debía parecer una montaña de trapo.

En sus buenos tiempos había sido «paquete» (1) de la Habana.

El bergantín, tal como estaba, no satisfaría á un inteligente y menos conociendo la historia de la última carena, pero, decidido á ganarme la vida volviendo á Africa, no podía pretender construyesen uno á medida de mi deseo. Conocía al capitán y al segundo, garantía inapreciable en aquella circunstancia, y ellos me conocían también; habíamos rendido juntos algunos viajes y no era cosa de quedarme en tierra contando con semejante proporción, así es que desde luego quedé enganchado y el segundo tomó nota para que mi nombre figurase en el «rol».

Pocos días después, zanjadas algunas dificultades de última hora, el bergantín fué despachado para la mar con su equipaje y una mañana, aprovechando la marea, salimos de Cádiz, en lastre, en viaje para Canarias, con el pretexto de cargar en las Palmas, artículos del país para Campeche, Yucatán, sobre el golfo de Méjico. Ya en franquía, rebasado las «Puercas» y los «Cochinos», (2) nos abordó un balandro, de esos que se dedican á transportar sal desde San Fernando, trayendo treinta hombres para nosotros, todos marineros viejos, vizcainos y catalanes, gente muy bra-

(1) Correo.

(2) Rocas que se encuentran á la salida del puerto de Cádiz.

va, con objeto de aumentar la dotación del bergantín, puesto que en el «rol» no constaban más que catorce tripulantes, con el fin de no llamar la atención de las autoridades de marina del puerto de salida. El capitán dejó correr el cordón de su bolsillo; gratificó espléndidamente al patrón del balandro y lo despedimos satisfecho y contento. Durante varias singladuras, nada ocurrió de particular; el tiempo era bueno, el trato como de socios que se juegan la vida, el rancho superior y el vino del Priorato. Por la mañana, tocino gallego, galleta de cinco estrellas y café de Puerto-Rico, y en perspectiva un gran negocio.

Así navegamos muchos días, viendo de vez en cuando por la proa alguna que otra vela, que sin duda se dirigían á Sierra Leona ó á San Paulo de Loanda.

Una tarde, á la vista de la costa de Africa, con viento fresquito y la mar ligeramente rizada, sobre las cuatro, hora en que toda la tripulación está en cubierta (1) y cuando los gavieros subían á la arboladura con objeto de reconocer el aparejo, para la noche, según costumbre, el marinero que entraba de cuarto en la cofa de juanete, punto de observación donde estaba situado el vigía saliente, desde la tabla de jarcia y antes de llegar á su puesto, cantó:

¡Barco por la proa!

Este aviso llamó la atención de todos.

¿Cómo era posible que el vigía, colocado á tan grande altura con respecto al relevo, no hubiera visto antes que éste el barco anunciado?

La falta era muy grave y acusaba abandono ó sueño.

La tarde se presentaba clara y los horizontes despejados.

El capitán, que en aquel momento paseaba en cubierta, y que, como suele decirse entre gente de mar, estaba siempre en la maniobra y en la batería, se detuvo un instante y volviéndose hácia Pipo, su grumete predilecto, le ordenó que de su camarote trajese una carabina. Poco después, con el

fusil en la mano, se colocó en el saltillo, y, dirigiéndose al vigía que tan mal había cumplido con su deber, con profunda calma y voz fuerte, pero de timbre metálico, especial, como si chocasen dos aceros, le dijo:

—Si es barco de guerra, no bajes.

Estas palabras eran una sentencia, y el vigía, que abandonando su observatorio, se disponía á descender, poniendo los pies en los flechastes, se detuvo y permaneció inmóvil, asido á los obenques, encojido, como pretendiendo reducir su volumen.

—Capitán,—dijo un piloto;—el barco que tenemos por la proa, es un crucero.

—Está bien, Alderete,—respondió aquél,—diga usted al segundo que vamos á virar de adelante y darle una corrida en popa.

La maniobra, gracias á la mucha y buena marinería, se ejecutó en el acto, lo mismo que puede hacerse en un buque de guerra, largando todo el trapo á un tiempo, con precisión admirable, sin vacilaciones ni atolondramientos y el bergantín, dando al viento un desarrollo de miles de varas de lona, emprendió una carrera como si tratase de ganar el premio en una regata.

Algunos de nuestros lectores preguntarán cómo no conduciendo negros el bergantín huía ante el crucero inglés, y la explicación es muy sencilla.

El barco iba despachado para América y estaba fuera de rumbo, sin causa que lo justificase; llevaba á bordo mucha más gente que la que se hacía constar en el rol, y además, armas, municiones, calderos para guisar y una cantidad de víveres excesiva, por cuyos solos hechos, ejerciendo el derecho de visita, según tratados, hubiera sido detenido y conducido después á Sierra Leona, como sospechoso, malográndose, como es consiguiente, el éxito de la expedición.

A pesar del poco tiempo transecurrido, el buque señalado era ya perfectamente visible; el casco y el aparejo indicaban ser, como había dicho Alderete, un barco de guerra, un crucero inglés, y, por si alguna duda podíamos abrigar, una ligerísima nube de humo

(1) De cuatro á seis no hay guardia franca á bordo.

que de él se elevaba, vino á confirmar nuestra creencia.

Habían hecho fuego con la «colisa» de proa.

Á bordo sonó un tiro y un hombre cayó de cabeza al agua.

El desgraciado vigía acababa de pagar con la vida su inexplicable descuido.

El más profundo silencio reinaba á bordo, y el disgusto se retrataba en todos los semblantes, sólo contenido por la subordinación y el temor.

Don X, después de consumado aquél cobarde asesinato, arrojó lejos de sí la carabina y pidió los anteojos.

El segundo, con su sonrisa de hiena y sin dejar de mirar por encima de la batayola al buque enemigo, se acercó á don X, y le dijo:

—Capitán; el barco que pretende darnos caza es un crucero inglés de la estación naval de Free-Town, en Sierra Leona, es buque de mucha «estrepada,» nos ha conocido y acaba de largar alas y rastreras. Quiere, sin duda, ejercer el derecho de visita y nos ordena ponernos al paio y arbolar nuestra bandera.

—Nuestra bandera,—dijo el capitán,—está en las cajas de los propietarios de los ingenios de Cuba, amigo Ugandi. Y con respecto á ponernos en facha, para recibir la visita de esos impertinentes costeros, no detengo mi marcha por el placer de verles las caras. Que se cansen haciendo disparos al mundo; siga el viento, llegue la noche y después ya veremos.

Pronunciadas estas palabras, el capitán, de pié sobre el «caramanchel,» con los brazos cruzados, impávido, sin dar muestras de inquietud alguna, seguía las maniobras del crucero, que no abandonaba su empeño, continuando la caza con insistencia desesperante. Sin embargo, el comandante del barco de guerra debió de conocer que nos íbamos por la mano, y, dando todas las velas al viento, aprovechaba el tiempo, haciendo funcionar su artillería. Los proyectiles, unos quedaban cortos y otros pasaban á nuestro lado sin tocarnos, pero, como suponíamos que gradualmente irían afinando la puntería, y es-

trechándose las distancias, fué preciso hacer algo para alejarnos. El capitán mandó mojar el trapo, y en el acto la gente provista de baldes de agua se lanzó á los flechastes. Entonces la lona del velamen más tensa y compacta, oponiendo mayor resistencia al viento, nos dió más andar.

Se ordenó también mover los sacos de arroz en la bodega, tender las cadenas de las anclas y que la gente paseara sobre cubierta.

Hacíamos nueve millas y eran las últimas horas de la tarde.

La tripulación, agrupada cerca del palo trinquete, miraba atenta las ligeras nubecillas de humo que precedían á la detonación de los disparos.

Apenas habían transcurrido veinte minutos y ya estábamos fuera de tiro, de suerte que al aparecer las primeras sombras de la noche, el crucero empezó á ocultarse en la obscuridad y don X acercándose al segundo, le habló al oído, á la vez que con el índice de la mano derecha señalaba un punto en el horizonte.

Ugandi, siguiendo sin pestañear las indicaciones de su capitán, escuchaba en silencio.

Nadie oyó lo que hablaron; pero por lo que sucedió después, vinimos en conocimiento de lo que habían resuelto aquellos dos hombres.

Transcurridos pocos momentos, el segundo se aproximó al timón y mandó meter la «caña» á estribor. Por la banda de babor teníamos la tierra y una costa baja, súcia, cubierta de escollos de mucho cuidado.

La noche se presentaba obscura; la mar arbolada y el viento fresco nos empujaba hácia el peligro, sin que nadie á bordo se diese cuenta del porqué de aquella maniobra. Una varada, teniendo el crucero encima, significaba caer en poder de los ingleses, ser juzgados por un tribunal especial en Sierra Leona y dar comienzo á una série de molestias que bien pudieran terminar por la muerte.

El negrero, al aproximarse á la costa de África, navegaba siempre con las luces de situación apagadas, deslizándose como una sombra, con objeto de

evitar malos encuentros, tan frecuentes en aquellos parajes. En la noche á que me refiero, con espanto de todos y á la hora reglamentaria, se encendió la luz de la bitácora, que alumbraba los rumbos de la aguja, y como el bergantín era muy bajo de borda, tanto, que con un tanque, extendiendo el brazo, desde el portalón, se podía cojer agua del mar; aquella sola luz, en medio de una obscuridad tenebrosa, en pleno oceano y perfectamente visible para los oficiales del buque inglés, marcaba nuestra situación, haciéndonos blanco de los tiros del enemigo.

Censurábamos lo que creíamos una insigne torpeza, temiendo cada uno por su vida, sin comprender que lo que aparecía como un descuido, como un olvido punible, era un acto meditado, el principio de un drama que preparaba nuestro capitán.

El crucero nos seguía, esperando la salida de la luna para apresarnos, si caía el viento. ¡Vana esperanza! La suerte estaba jugada y el comandante marchaba á su fin con una venda en los ojos. A grandes intervalos, largaba cañonazos y al resplandor de los disparos veíamos las blancas velas del barco que cabecaba terriblemente haciendo imposible la puntería.

Cuando la campana de á bordo «picó» las diez, don X mandó que del pañol de luces subieran un farol de talco.

El segundo en la proa, seguía un paso, un estrecho canal abierto en aquel mar sembrado de escollos y con el pito mandaba al timón, que con sus guiñadas movía al buque en la dirección que se le ordenaba.

Ibamos bien, muy ceñidos; las mechas de los palos machos un poco flojas en las carlingas y holgadas las fogonaduras, hacían que el aparejo se moviese violentamente ocasionando grandes bandazos que aumentaban la velocidad de la marcha.

Todo crugía á bordo; costados, mamparos, tablas, ligazones y los baos se estrechaban, como pretendiendo doblarse para hacer saltar la cubierta. Aquel ruido infernal y los alarmantes gemidos de la arboladura predisponían el ánimo de modo extraño haciendo es-

perar de un momento á otro que se viese deshecha y sumergida aquella balumba de madera, hierro, cobre y cáñamo.

El barco, muy viejo y cansado, trabajaba mucho, resistiendo los embates del mar, empujado por la fuerza del viento, y embestía con la proa las encrespadas olas, balanceándose sin dormirse. El bauprés y el botalón de foque del bergantín, muy separados de la línea del horizonte, como en todo buque de altura, aguantando el empuje de las velas triangulares, se cimbreaban amenazando romperse.

Navegábamos en siete cuartas con todo el aparejo largo, forzado el barco con objeto de montar un bajo. La tierra estaba cerca, y, aunque velada, se presentía. La luna no había aparecido aún y como en el Africa tropical las noches son muy oscuras, por la poca transparencia de la atmósfera, la luz de nuestra «bitácora» debía de verse como un punto luminoso, rojizo, sumamente reducido, pero suficiente para servir de guía acusando nuestra presencia.

De pronto, el silencio imponente que reinaba á bordo, vino á alterarlo el segundo. Ugandi, que, desde la proa donde se había situado cuando el barco empezó á empeñarse en el estrecho y peligroso paso, después de recojer la sonda que acababa de sacar del agua ahuecando las manos y llevándolas á la boca para prolongar el sonido, con voz que parecía salir de una caverna, dirigiéndose al capitán que de pie se aguantaba en el saltillo, dijo:

—Estamos en seis brazas y casi rascamos las rocas; á medio cable por la mura de estribor, el canal. Otro hombre más al timón, atención y gobernar bien.

Sin perder un sólo instante, y como si hubiera estado pendiente de la última frase de Ugandi, el capitán se precipitó sobre la bitácora y cubriéndola con su funda de lona embreada, dejó de verse la luz que alumbraba á la aguja.

¿Qué iba á pasar allí? ¡Dios sólo lo sabía!

Respondiendo indudablemente á ór-

denes anteriores, en el momento de desaparecer la luz, se presentó uno de los contramaestres con el farol de talco que una hora antes había mandado disponer el capitán, á la vez que dos marineros dejaban junto al palo mayor un cuartel de la escotilla de popa. Enseguida, con una driza se le dió una trinca al farol de modo que quedó fuertemente sujeto á una de las anillas de cobre del cuartel, y, después de encendida la mecha del depósito de aceite del farol, con mucho cuidado y aprovechando un balance dejaron suavemente sobre el agua aquel ligero aparato que empezó á flotar, siguiendo el movimiento del oleaje.

Diez minutos más tarde, habiendo cambiado de rumbo, entrábamos en el canal anunciado por el segundo, dejando por la popa aquella fatídica luz. Entonces, el capitán, que no quería perder un acto, un sólo cuadro del drama que él mismo ponía en escena, mandó orzar, y, cargando velas menores, quedamos en facha, estacionados, parados, para presenciar el desarrollo de la acción que en aquél mismo instante daba principio.

El comandante del crucero que, proa á la luz, no la perdía de vista creyendo alcanzarla, avanzaba sobre ella empujado por la fuerza del viento que recogía todo el trapo de su barco. De pronto, se detuvo el crucero, incrustando su quilla en la abertura de unas rocas. La violencia del choque rindió el palo trinquete que se vino guarda abajo con gran estrépito, y los golpes de mar, al encontrar en su camino aquel nuevo obstáculo, rompían sobre él, barriendo la cubierta.

La estratagema obtuvo un resultado brillante y tal como el capitán lo había ideado. La tripulación del crucero, cobardemente engañada, persiguiendo una luz que creía ser la de la bitácora del bergantín, había dado sobre un bajo, en un semillero de piedras, que la mar arbolada y la obscuridad de la noche ocultaban á la vista más perspicáz.

.

A la claridad fugáz de los relámpagos veíamos el crucero, en medio de las

rompientes, entre unas rocas, aprisionado, terriblemente sujeto, perdido, sin esperanza de salvación posible, juguete de los golpes de mar que no tardarían en dar cuenta de él, y á la gente de á bordo loca, desesperada, corriendo por la cubierta. Alguna racha de viento hacía llegar las voces de aquellos desgraciados hasta nosotros, eran gritos de amargura y de dolor profundo que se perdían á lo lejos entre el ensordecedor ruido de las rompientes y el furioso bramido de la tempestad.

Bengalas, cohetes, cañonazos pidiendo auxilio; un buque que naufraga y una tripulación que se ahoga.

El estado del cielo, el aterrador estampido del trueno, el rayo, las nubes hechas jirones arrastradas por la velocidad del viento y el celaje bajo, pardo, imponente.

Temporal en la costa.

El bergantín, testigo mudo y sombrío de aquel duelo á muerte, sufriendo tremendos balances, embarcaba agua por las bordas. Los topes de los gallardos masteleros, rasgando las nubes, y parte de las velas del aparejo blanqueando en la obscuridad con un tono especial, y que por razón de la manobra estaban opuestas al viento, muchas veces flameaban ciñéndose á los palos, y otras, después de fuertes sacudidas, caían lácias á todo su largo como grandes, inmensos sudarios, que daban al barco el aspecto de una visión fantástica, como si saliera del fondo del mar sobre una montaña de espuma.

De vez en cuando, ligerísimas ráfagas luminosas producidas por la fosforescencia del oleaje, siguiendo el movimiento de las aguas, trazaban curvas caprichosas en los costados del negrero, desapareciendo luego como por encanto.

Cuando nuestro capitán vió al crucero comprometido en tan terrible trance, entre aquellas moles de granito y la mar rompiéndolo y desbaratándolo todo con su irresistible empuje, persuadido de la inutilidad de los esfuerzos que pudieran emplear sus tripulantes para salvarse, dejó revelar en su rostro la reacción que en su ánimo se había verificado, imposible de descri-

bir. El brillo de los ojos, apagado antes, ahora deslumbraba y su mirada imponía. Demudado, nervioso, con risa y alegría satánicas, asido á un obenque de la banda de babor, con la primera región del cuerpo casi fuera de la borda, descolgado en el abismo y accionando con el brazo derecho, decía en inglés, á grandes voces, dirigiéndose á la dotación del infortunado crucero:

—¡All wriht, very well! ¡Perfectamente! ¡Muy bien!

Aquello helaba la sangre; yo sentía frío en los huesos.

Los hombres de la tripulación, atónitos é inmóviles, como si fueran figuras de cera, contemplaban la escena, horrorizados, y el segundo Ugandi, firme en su puesto, indiferente á todo cuanto pasaba á su alrededor, parecía no ocuparse más que del bergantín.

El viento saltó al E, soplando con gran furia; el tiempo entraba bravísimo, imponente, y á la luz cinérea de la luna veíamos en nuestras aguas, nadando, haciendo esfuerzos sobre humanos para sostenerse y llegar al bergantín, muchos náufragos que demandaban socorro, un auxilio que nada hubiera costado facilitarles. Los infelices, poco á poco, iban desapareciendo, perdidos en el abismo, cansados, rendidos de luchar, vencidos al fin. Algunos de nosotros con los salva-vidas sobre la borda esperábamos la orden y el instante preciso para lanzarnos al mar, pero el capitán, que, desde el principio del drama, embelesado, absorto, seguía atento el interés de la escena, con repugnante tranquilidad, dejó que llegase el desenlace, el último momento de aquellos desdichados, sin tenderles una mano ni pronunciar una palabra que hubiera sido bastante para conservarles la existencia. Después, cuando todo hubo concluido, cuando del crucero inglés sólo quedaban pedazos de madera que las embravecidas olas lanzaban con irresistible fuerza contra las rocas donde se había deshecho, formando terribles remolinos en las rompientes y abriendo profundos abismos, en los cuales se ocultaban, para aparecer de seguida en la superficie y constituyendo formidables escollos, nosotros, por

una maniobra sumamente hábil, gobernando hacia fuera, salimos de aquél laberinto de «bancos, restingas y farallos» al mar libre.

*
* *

Se desarrollaba un «tornado» y huíamos alejándonos de Africa, solamente por horas, por algunos días quizás, para volver con el buen tiempo. El viento era muy duro, y, consultado el areómetro de Robinson, se vió que rolaba con velocidad de 28,4 metros por segundo. Navegamos, pues, el resto de la noche con el aparejo aferrado, haciendo muchas millas, y al amanecer habíamos perdido de vista la tierra y los vértices de una prolongada sierra, pelada, desnuda de toda vejetación, color blanco de yeso, semejante á un paisaje lunar y que durante la tarde anterior barajamos por babor, suponiendo fuesen las montañas del Congo (1).

En la mañana del siguiente día, estando ya el sol muy alto, el capitán, dejando al segundo en cubierta, bajó á su camarote y cerró la puerta, sin duda para ahogar en cognac los gritos de la conciencia, y como ya no tendré ocasión de hablar de él, voy á decir cómo era aquel hombre extraordinario.

(1) El Congo es una región muy poco conocida, en el interior, y está situada entre 1° y 20° de latitud S.

Los portugueses tienen varios establecimientos á lo largo de la costa, que alcanza un desarrollo de 2.800 kilómetros próximamente sobre el Oeste, bañada por las aguas del Atlántico, siendo los más importantes, San Paulo de Loanda, Benguela y Mosamedes, en el distrito de Angola. Es imposible determinar el número de sus habitantes, por más que algunos geógrafos y estadistas, haciendo alarde de datos que desgraciadamente no poseen, escriban cifras caprichosas que á nada conducen. Es país insalubre, asiento de fiebres tifoides, abdominales, paludismo en su forma pernicioso y disenteria.

Dicen los lusitanos, con desahogo y frescura envidiables, que sus dominios del Congo alcanzan una extensión superficial de 800.000 kilómetros cuadrados, y nosotros, que no tenemos interés alguno en demostrar lo contrario, lo creemos de buen grado.

Desde el mar se ven las estribaciones de grandes montañas, que van elevándose gradualmente hacia el interior del país, formando enormes macizos, algunos de ellos desprovistos de toda vejetación, así como estrechas gargantas, imponentes desfiladeros y altísimos picachos denticulados que se pierden entre las nubes cerrando el paisaje con tono blanquecino.

Estanley y Brazza recientemente han hecho importantes exploraciones.

Además de la parte colonizada por Francia y Portugal hay en esta región un estado neutral é independiente creado por la Conferencia de Berlín en 1885.

La bandera de la «Asociación Africana del Estado del Congo» es una estrella de cinco puntas en campo azul.

(NOTA DEL AUTOR.)

Jóven, alto, esbelto, con el pelo largo sirviendo á modo de marco á un rostro oval de mucho relieve, ojos negros, de mirada profunda y penetrante, nariz aguileña, sonrisa insultante, provocativa, desdeñosa, y barba acabada en punta.

Dotado de valor inmenso, yo creo que le molestaba el peso de la cabeza sobre los hombros, no omitiendo ocasión de deshacerse de ella. Tranquilo, imperturbable en los lances de mayor empeño, despreciaba la vida. Rico, como Monte-Cristo, era el más afortunado capitán africano, y, sin embargo, este hombre lloraba en la soledad de su camarote.

Pipo, el grumete de su confianza, varias veces le había sorprendido de pié, reclinado en la litera, sollozando, con la cabeza sobre la almohada. Nadie á bordo conocía la causa de su dolor, y Ugandi, el amigo íntimo, el cómplice, si lo sabía, quiso olvidarlo, y cuando algún indiscreto trataba este asunto, parecía mudo de nacimiento. El secreto tenía, pues, dos llaves, la de Ugandi se había perdido por lo visto, y la otra encerrada en el corazón del capitán se fué con él al sepulcro.

El gobierno de la graciosa majestad Victoria «queen» perdió uno de sus buenos barcos de guerra, y el negrero se descartó por entonces de un enemigo terrible, sumando un peligro menos. Amainó el tiempo, y como el mar era nuestro, sin temor ni cuidado alguno, puesto que, perdido el crucero encargado de vigilar la parte de costa objeto de nuestro viaje, sin noticias ni comunicaciones y lejos de la estación naval de Free Town en Sierra Leona, había lugar para terminar el asunto con toda tranquilidad. Reviramos de bordo, y poniendo proa á la tierra, en cinco días metimos en los entre-puentes y en jaulas, sobre cubierta, ochocientos setenta negros (1).

(1) La trata era un negocio, expuesto hasta cierto punto, pero de resultados positivos si empujaba la fortuna.

Un negro, en Africa, valía próximamente en dinero ó á cambio de objetos, de 16 á 20 pesos, el mejor, y en Cuba y en el Brasil, alcanzaban un precio de 500 á 700 pesos, dándose el caso de haberse vendido negradas á 800 pesos, uno con otro, en los buenos tiempos, siendo de cuenta del comprador, como es consiguiente, toda clase de gastos; desembarco, viaje por tierra, soborno

Estos infelices, atados en «blanca», (1) los más rebeldes, y con esposas los otros, estivados en el entre-puerto,

de autoridades y demás. De donde resulta que una expedición compuesta de 1.000 negros, á 650 pesos uno, por término medio, producía 650.000 pesos, y deduciendo de esta suma un 25 por ciento, importe de gastos de conducción, barco, valor de los negros satisfecho en Africa etc., quedaba un líquido muy respetable y tentador.

Nadie á bordo tenía sueldo fijo asignado.

Al capitán se le daba media onza de oro por cabeza, según su nombre ó importancia y al segundo, á los pilotos y contramaestre á proporción.

Cada buen marinero ganaba de 400 á 500 pesos en viaje redondo.

El barco debía ir aparejado de nuevo, de aguja á alia, como decían la gente del oficio, con doble juego de velas y perfectamente provisto de todo lo necesario.

Los negros adquiridos en Bony, Golfo de Guinea, Africa occidental procedían de los mercados de Damungo y Eboe, pueblos situados en las márgenes del Niger, el Dyoliva de los indígenas, y los comprados en Ibó y río Nuñez, por negreros españoles y portugueses, que eran los que más frecuentaban aquellos lugares, los traían de grandes distancias del interior del país, tardando en ocasiones cuatro ó cinco lunas en llegar á la playa. Venían en grupos de á diez formando numerosas carabanas, en el estado más miserable que puede imaginarse y sujetos por el cuello con una argolla llamada *ibambo*.

A los que formaban en cabeza de grupo se les ponía una esquila ó campanilla sejeta á cierta parte del cuerpo para que el movimiento de las piernas al andar las hiciese sonar, evitando así que se estraviasen durante la noche.

Los guñones marchaban delante *chapeando* el terreno. Los bozales de Ibó, eran *macuas*, casi antropófagos y los procedentes de río Nuñez, *fulas*.

Desde el momento en que entraba un negro á bordo, se ejercía por los hombres de la tripulación una vigilancia absoluta, siempre machete en mano.

El trato de los negros á bordo era bastante regular, dándoles de comer, dos veces al día, á las diez de la mañana y á las cuatro de la tarde, arroz y tasajo y agua siempre que la pedían y la había abundante; facilitándoles además aceite de palma, á que son muy aficionados, para su aseo personal.

Cuando alguno enfermaba de gravedad y en concepto de los oficiales de á bordo la curación ofrecía dificultades ó la afección era contagiosa, no se esperaba á la muerte para arrojarlo al mar.

Las mujeres se transportaban á popa, separadas de los hombres por un enjardado de hierro.

El negro, contra lo que generalmente se cree, es muy delicado en un principio, y una simple rozadura, por insignificante que parezca, un ligerísimo rasguño, resulta en muchos de ellos accidente grave que ocasiona fiebre y termina con la formación de úlceras y procesos muy serios, así es que había que atenderlos para no lesionar los intereses de la empresa y aun de este modo siempre se desgraciaban un diez por ciento en viaje normal, sin desarrollo de epidemia, lo que era muy frecuente, ó accidentes de mar.

Cuando embarcaban, mueren muchos de disentería.

Los negros del interior de Africa son de color más claro y satinado, mucho más fuertes, robustos y mejor conformados que los que viven en la costa, y en los mercados obtienen precios más altos.

Los mandingas son los mejores.

El ángulo facial de estos negros es de 70 á 72 grados.

Al adquirirlos en Africa, se les media desde el tobillo á la cabeza, haciéndoles bailar y cantar, examinándoles los ojos y la boca y verificando otras repugnantes inspecciones que todavía se practican en Marruecos en los mercados de mujeres.

Los que tenían canas no se compraban.

Los negritos *muleques*, chicos de ocho á diez años, venían como hueso, se daban como regalo ó cuando más se pagaban cuatro pesos por cabeza, si el negocio era muy bueno.

El mejor puerto para desembarcar negradas en la Isla de Cuba era puerto Mariel, en el Golfo de México, á diez leguas de la Habana, en la provincia de Pinar del Río, Vuelta-Abajo, y en el Brasil, Cabo Frio, en las inmediaciones de Río de Janeiro.

(1) Se llama *blanca* á una argolla sujeta á un perno empotrado en la pared. (NOTAS DEL AUTOR.)

como una mercancía cualquiera, vendidos por sus mismos hermanos, en un repugnante ferial de sangre humana, á cambio de dinero, aguardiente, rom, pólvora y viejas armas de fuego, arrebatados de su patria por nosotros para arrojarlos en país extraño, abandonándolos al látigo del mayoral y á la sórdida avaricia del propietario, hicieron como siempre un viaje horrible.

Fuera del incidente del costero inglés, todo se presentaba bien, y más tarde, al ponerse el sol, entramos en ese inmenso foso que se abre entre las islas de Cabo-Verde (1) y Puerto-Rico, sondando ocho mil metros de fondo. Allí la mar más llana, la corriente ecuatorial y los aliseos, que nos empujaban, hicieron que pronto avistásemos las costas de Cuba.

La negrada no había sufrido gran cosa; en los cincuenta y tres días de viaje, sólo habíamos arrojado al agua setenta y seis «bozales» y algunos «mandingos.» Lo importante estaba hecho; lo malo quedaba detrás, pero faltaba vencer un nuevo é importante obstáculo; los cruceros españoles encargados de vigilar la bocana del canal viejo de Bahama.

A la altura de Baracoa, avistamos un falucho de guerra, que pasó de largo, lo cual demostraba que la costa no estaba sola y que podíamos sufrir un tropiezo. Jugábamos el resultado de una buena expedición, la suma de muchos trabajos, y era preciso salir de aquel empeño con el lucimiento á que nos considerábamos acreedores. Como las circunstancias aconsejaban prudencia y cautela, navegábamos con una série de precauciones que hacían difícil un mal encuentro. El capitán y los oficiales de á bordo, en reunión solemne, determinaron tocar en punta Lucrecia y avisar á los agentes que esperaban la llegada del negrero. Recalamos, pues, en el punto indicado, y arriando un bote, saltó á tierra el segundo Ugandi, hombre práctico y co-

necedor de todos aquellos lugares. El barco se pegó á la costa, poniéndose al socaire de un promontorio, y allí, atentos al incidente más insignificante, sin separar la vista de la tierra que para nosotros representaba una fortuna, esperamos todo un día, inquietos y azorados, aguardando el regreso del segundo. Al amanecer del siguiente, casi todavía con la luz de la luna, vimos en la playa una porción de hombres, gñajiros, armados de largos machetes y á caballo, que hacían señales al bergantín, y poco después, al segundo Ugandi, que daba el brazo familiarmente á un señor bajo, grueso, de piernas muy cortas y gran barriga, semi-esférico y vestido completamente de blanco. Se envió un bote á tierra, y en el acto empezó á bordo un movimiento inusitado, preparando las operaciones de desembarco. Se baldeó la negrada, porque esta limpieza les daba mejor aspecto y desenvoltura, y presentamos el primer grupo de aquellos desdichados al examen del hombre de la barriga, del agente, que era el comisionado para llevárselos.

Los negros, eran de los superiores en su raza; jóvenes, sanos, robustos, de pelo corto y ensortijado, buenas, magníficas dentaduras, flexibles de cuerpo, anchos de hombros, altos de pecho, con piernas muy firmes, buen carácter, relativamente dóciles y mucho apetito. No se necesitaba más, pues estas condiciones han sido siempre el bello ideal del negrero y del comprador, así es que las aspiraciones del agente quedaron completamente satisfechas y las nuestras tambien.

Desembarcados los negros y cobrado su importe, el segundo, en presencia del capitán, pagó á cada uno el precio de su trabajo, en relucientes piezas de oro, doblones, onzas, medias onzas y monedas macuquinas que recogimos en las gorras y en los sombreros, y ya todo arreglado, disuelta la sociedad, sin dificultades que zanjar ni dudas que resolver, se mandó «levar;» pusimos el barco en un hilero de corriente, para que se fuera al «garete» y además de darle un barreno le prendimos fuego.

(1) Las islas de Cabo Verde, posesión portuguesa, situadas en el Atlántico, á 300 millas próximamente de la costa occidental de Africa, enormes peñascos de origen volcánico, tienen buenos puertos y son punto de recalada de los buques que se dirigen á América. De Cabo Verde á Puerto Rico 2.000 millas.

Fueron descubiertas por el genovés Antonio Noli.

El día estaba cubierto, calinoso y la niebla ocultaba los objetos á corta distancia. El humo del incendio debía pasar desapercibido para los habitantes de la costa. Los botes estaban listos, y saltando á ellos, la tripulación, en breve tiempo pisamos las arenas de una solitaria playa.

El barco se alejaba, impulsado por la marea y tardó poco en perderse de vis-

bordo recogiendo algunos objetos de su propiedad, instrumentos y cartas de navegar, desembarcando el último, al encontrarnos reunidos, cada uno con su lío y el pequeño equipaje debajo del brazo, se acercó á nosotros, y después de estrechar la mano á unos cuantos, dirigiéndose á todos, dijo:

—¡Buena suerte, y hasta otra, caballeros!—Y echó á andar por la pla-



—¡Buena suerte y hasta otra, caballeros!

ta, entregado á dos imponentes elementos, agua y fuego, librándose del viento, el más terrible de todos, el que arrolla y deshace y al cual tantas veces había burlado huyendo de su furia y que aquel día le negó su concurso como en venganza, dejando que el pobre bergantín se consumiese lentamente mientras el agua ganaba pulgadas en la bodega.

El capitán, que se había detenido á

ya, desapareciendo al poco rato entre los cocoteros y palmitos que bordeaban la costa.

Solos, libres, sin compromisos, ávidos de todo goce, y poseedores de una fuerte cantidad, emprendimos el viaje hacia Arroyo Seco, y desde allí por el camino de la costa á Gibara, fingiéndonos náufragos. Pero, yo no sé qué diablo había en nuestras caras, mal garantidas por las fachas, que todo el mundo

se fijaba en nosotros, mirándonos con recelo. Al llegar á la capital, nos separamos como una bandada de alondras, y no sé lo que fué de mis compañeros de expedición, ni los he vuelto á ver.

Yo dí con mi cuerpo en la Güayra, república de Venezuela, siguiendo á una mejicana; ¡Qué hembra! ¡Vamos, hombre, que era lo que había que ver! Allí la abandoné por una mulata que parecía de azúcar, y después, embarcado en una fragata gallega, regresé á Europa, desembarcando en Vigo.

Lo que resta no tiene interés; me divertí mucho, gasté más, hasta dar fondo con todas las anclas, y cuando no tuve un centavo de qué disponer, decidí volver á pisar la cubierta de un barco, y aquí me tiene usted.

Esta es la historia de todos, á excepción de aquellos que mueren de muerte natural de horca.

Después de esta confianza, de esta relación, verdaderamente extraordinaria, Chafaldete, como si nada censurable hubiera hecho en su vida, volvió á encender su pequeña pipa y se quedó tan tranquilo. Yo había decidido pasar el resto de la tarde de comadrero, visitando á mis conocidos, y, pensando en lo que acababa de oír y haciendo filosofía, me despedí de nuestro amo y tomé la vuelta de tierra.

X

¡ADIÓS PULUAN!

Una tarde, dos días después de los acontecimientos que acabo de referir, estaba todo dispuesto para la partida. Reunidos en la que pudiéramos llamar plaza de la ranchería de Puluan, Regina, el padre Píriz, Abaroa, Santulari y yo, acompañados de Josplyn, que al frente del vecindario nos hacía los honores de una solemne despedida, y seguidos de algunos grumetes que conducían nuestras maletas, nos alejamos de aquel hospitalario lugar, para embarcarnos de nuevo.

En la rada se mecían al ancla dos solas embarcaciones; el brick de Josplyn con el «tendal» sobre el «estanterol», como cuando le vimos por prime-

ra vez, y la goleta «Petrona» luciendo su gallarda arboladura.

Al estrechar la mano de Josplyn, dos gruesas lágrimas rodaron por sus curtidas mejillas, y, vacilante, visiblemente conmovido, le dejamos sobre aquella tierra que no debíamos volver á pisar.

Cuando llegamos á la playa, y en el momento de poner el pié sobre el «cárel» del bote para saltar á bordo, oímos el «salomar», canto de ritmo especial, extraño, originalísimo, monótono y cadencioso que entonaban los marineros de la goleta, halando de los cabos de maniobra y dando vueltas al cabrestante para poner el ancla á «pique». Al propio tiempo, nuestro amo Chafaldete, en el pleno ejercicio de las funciones de su cargo, sirviéndose de un aparejo, dirigía el transbordo de cuatro ó cinco grandes bultos, gritando á la gente «lasca-trapa ó zafa-trapa», según que la mar de través que teníamos entonces obligaba á emplear una ú otra de estas dos operaciones en la carga.

Organizada la partida, aprovechando el terral de aquella noche, salimos á la mar, y haciendo muchas millas, después de varias singladuras, sin incidente ni contra-tiempo alguno digno de notar, avistamos Mindanao, reconociendo Panta-Gorda.

Treinta y seis horas más tarde dejamos caer el ancla en la rada de Zamboanga, en el canal que existe entre este pueblo y la isla de Santa Cruz.

Eran las diez de la noche cuando tomamos el puerto, y, avalizados con la luz del faro, fondeados en ocho brazas esperamos el nuevo día.

Magníficos efectos de luna hacían que la tierra que teníamos delante presentase un aspecto sorprendente, bellísimo, fuera de toda ponderación; uno de esos paisajes soñados por Gustavo Doré, con extensas praderas, altísimas montañas que intentaban alcanzar el cielo, escarpados riscos, angostas gargantas, imponentes cortaduras, estrechos y sombríos valles, ríos que se precipitan salvando y cubriendo de espuma enormes piedras que pretenden cerrar su camino, góticos torreones,

almenados castillos y cuanto la poderosa fantasía y el mágico lapiz del inspirado artista se han hecho admirar sobre el papel. En primer término, divisamos árboles gigantescos, que, nacidos casi á orillas del mar, proyectaban en la superficie de las tranquilas aguas sombras caprichosas de extraños recortes. Al O. y á la vista sobre Mindanao, se percibían el famoso paso Nanca, la sabana de Calarian, Dumalon y el puerto de la Caldera; á nuestro frente y en un frondoso bosque de sibucaos, comanches, cocoteros y naranjos, y alumbrada por millares de luces, aparecía Zamboanga, con sus blancas casas envueltas en un rojo resplandor. Después á la espalda, en el fondo y en el espacio comprendido entre la villa y el nacimiento de los contra-fuertes de una elevada cordillera, que cerrando el horizonte corre paralela á la costa y está formada por los montes de la Bandera, Pulumbató y Payong, una gran llanura, cubierta de arrozales, enorme tablero de ajedrez, con el agua que contenían muchos de ellos, detenida por caballones de tierra, de notable relieve á modo de marcos de grandes cuadros, riellando la luz de la luna como si fueran cristales de infinitos espejos, y, por último, al E, y circunscribiendo la rada por aquella parte, las islas de Cocos, Tiw-Tavon, Sacol y Malanipa, separadas por anchos y profundos canales.

Amaneció, y á medida que avanzaba el día, parecía surgir de las aguas un nuevo paisaje. Los diferentes tonos de luz y sombra que durante aquella espléndida noche de luna hicieron concebir la existencia de lugares encantados, se borraban gradualmente dando paso á la realidad con su imponente grandeza. Más tarde, los negros montes de Mindanao y sus impenetrables bosques, las pequeñas rancherías situadas en fértiles valles y alguno que otro importante poblado, como Las Mercedes, Tetuán y Santa María, escondidos entre hermosos jardines.

La vieja y ya casi derruida fortaleza del Pilar, herida de profundas grietas, quebrantados los renegridos muros por el fuego enemigo, llena de interesantes

recuerdos y de imperecedera gloria, y Zamboanga, capital de la isla, en una extensa llanura tendida y muellemente recostada en terreno ganado al mar.

Zamboanga, (1) capital de la provincia de su nombre, llamada por los naturales la Sevilla filipina, está situada á 561 millas de Manila, en el extremo occidental de la isla de Mindanao, á los 6.º 54'30" de latitud N. y 128º 23' 30" de longitud oriental, bañada por las aguas del mar de Joló. Es una joya que no se ha tasado todavía, y cuyo valor real y positivo desconocemos los españoles.

¡Lástima grande, y trascendental descuido! Llave del estrecho de Basilan, uno de los pasos obligados del Pacífico, su posesión es de importancia suma en nuestra dominación del Archipiélago.

Zamboanga es una importante villa, con bonitos, cómodos y elegantes edificios, construidos con materiales ligeros, calles anchas, rectas, perfectamente enarenadas y defendidas de los ardientes rayos solares por la sombra de árboles de frondosa copa, que perfuman el aire con la fragancia de sus flores. Situada á orilla del mar, tiene á la espalda fértil y extensa llanura, limitada en el horizonte por una serie de escalonadas alturas, y, como todos los montes de Mindanao, cubiertos de vejeta-ción arbórea gigante.

La rada de Zamboanga está abierta á los vientos del S O., que en ciertas temporadas del año arbolan allí mucha mar, y á las corrientes que también son considerables, tirando en ocasiones más de cuatro millas por hora, lo que hace peligroso el fondeadero. Pero, en justa compensación, á cinco millas al E., tenemos el magnífico puerto de Masinlog, capáz para abrigar todas las escuadras del mundo, resguardado de los vientos, con fondos bastante profundos, grandes cantiles y hermosas y tendidas playas de finísima arena.

Los buques surtos en la rada de Zamboanga, al anuncio del temporal, respondiendo á las indicaciones del barómetro, levantan vapor ó largan el apa-

(1) Leal y valiente villa es el lema de su blasón.

rejo, y algunas veces avalizando las anclas, sin lugar para otra maniobra, por la rápida entrada del tiempo, navegan en demanda del ya citado seguro refugio, que, como la inmensa mayoría de los que pertenecen á España, yace en el más punible y deplorable abandono, sin una obra que demuestre su innegable importancia y conocida utilidad, á pesar de que es admirado por los marinos extranjeros que visitan nuestras posesiones asiáticas y, cosa rara, pero desgraciadamente exacta, despreciado por nosotros.

En ese bien resguardado «seno» desemboca el río «Tumaga,» navegable para embarcaciones de pequeño porte, hasta el estero de las Mercedes, notable poblado ó «visita,» como allí dicen, y en aguas vivas puede llegarse hasta Tetuán, precioso paisaje, seductor panorama, como jamás pudo soñar la más brillante fantasía, é interesante comarca donde se aspira delicioso y balsámico ambiente.

Tiene la provincia de Zamboanga treinta leguas cuadradas de extensión superficial; grandes y sombrías montañas de igual aspecto geodésico y cuya orografía es completamente desconocida; profundos barrancos, bosques impenetrables é inmensos «cogonales,» en los cuales se levantan imponentes, enormes rocas negras, lustrosas, de extrañas y caprichosas formas, producto sin duda de terribles sacudidas plutónicas. Bellísimas colinas, hermosos valles, numerosas sabanas y ríos de rápida corriente; las vegas son un continuado jardín, un verjél encantador.

Disfruta esta región de alta temperatura, clima suavísimo y una primavera eterna. Los moros dicen que fué el antiguo Edén de los sultanes.

El terreno, en general, después de chapeado, resulta fértil, y no exige grandes trabajos preparatorios para su cultivo. Las cosechas se suceden con asombrosa rapidéz, y este tan rico suelo produce mucho de cuanto el hombre necesita sobre la tierra.

No pretendo hacer aquí un detenido estudio, ni la historia de este pueblo, que bien puede decirse sólo conserva la tradición, ni menos hacer un libro, que

seguramente contendría datos curiosos y provechosas enseñanzas.

Abandonado, víctima de una administración deplorable, hija legítima de sistemáticos procedimientos, casi olvidado, lo poco que allí existe, se debe á la iniciativa particular, coartada y cohibida también por absurdo y repugnante absolutismo. Los habitantes de esas tierras españolas, viven, pues, la vida del pária. Bajo un cielo espléndido y rodeados de grandezas infinitas, aparecen pobres, agonizantes, y agobiados por la servidumbre que todo lo empequeñece y degrada. Sin embargo, diré algo, aunque sea poco, para sacarlo de la penumbra en que yace.

El año de 1635, el capitán Juan de Chaves, conquistó para la madre patria esa riquísima porción de tierra, arrojando á sus altivos dueños, los sultanes de Mindanao, hácia el fondo del seno de Sibuguey, donde hoy viven sus descendientes, envueltos en los jirones del anterior poderío. Después, España, grande aún en los desaciertos, y con su magnanimidad de siempre, concedió á esos vencidos honores de infante, y ahora se les recibe en nuestras plazas cuando vienen á saludarnos, batiendo marcha y terciadas las armas, haciendo así más soportable su desgracia. Pero esos falsos y poco agradecidos amigos, no pierden ocasión de hostilizarnos, por más que en repetidos encuentros han sido duramente castigados.

A través de inmensas desgracias, lo que fué obra de titanes, ha llegado languideciendo hasta nosotros y no resisto á la tentación de apuntar algunos hechos que no deben quedar oscurecidos.

Dueños de Zamboanga, los españoles, vigilábamos el estrecho de Basilan, dominando en aquellos mares, en los que teníamos á raya á los moros de Joló, Balangnigñi y Tawi-Tawi, organizando expediciones, de las que regresábamos victoriosos. Zamboanga era punto de escala de las «naos» de Acapulco, (1) que, desde Méjico y abarro-

(1) Las Naos de Acapulco, no tenían nada de particular que las diferenciase de las demás; eran barcos como otros cualesquiera, de porte de 1.200 á 1.500 toneladas, construidas sobre el gálibo de las de su clase.

tadas de riquezas, iban á Manila, y también base indispensable de operaciones para el engrandecimiento de nuestros dominios en esa parte de la Malasia.

A su amparo construimos fuertes en puerto Caldera, al O., y Sabanilla, en bahía de Illana, lo que nos permitió posesionarnos más adelante del río grande de Mindanao.

El sueño del intrépido capitán Sebastián Hurtado de Corcuera, empezaba á realizarse, cuando un hecho inconcebible y que ha dejado amarga y lastimosa memoria, vino á detener por algún tiempo la marcha progresiva del enaltecimiento y fortuna de este pueblo. En 1.662; ó lo que es lo mismo, veinte y siete años después de lucir los colores de nuestra gloriosa bandera, en esa tierra regada con sangre de españoles; excitando la vanidad nacional de su pueblo, un tal Kue-Snig, pirata chino, que había conseguido apoderarse de Formosa, atemorizó con sus baladronadas al entonces Gobernador general de Filipinas don Sabiniano Manrique, que, escaso de ánimo y atento sólo á la conservación de Manila, no vaciló un instante en decretar el abandono de Zamboanga.

Con ella fue así mismo evacuada la fuerza del Pilar, famoso presidio erizado de cañones, obra del padre Melchor de Vera, modelo de religiosos y hábil ingeniero, así como Iligan, también en Mindanao, dejando á merced de la morisma aquellas queridas y codiciadas prendas de nuestras inmemorables conquistas.

La fuerza fué destruída y Zamboanga incendiada.

Hay, pues, una gravísima responsabilidad que exigir á la memoria de aquel hombre.

y arregladas, como es consiguiente, á los adelantos navales de aquella época.

El buque era propiedad de la Nación y usaba bandera de guerra.

Se les llamó de Acapulco, por que este puerto, situado sobre la costa de Méjico, en el Pacífico, fué el designado para las transacciones comerciales y allí establecieron su consignación.

Los viajes se hacían con cierta regularidad en lo posible, saliendo el buque de Manila á mediados de Julio y llegando á Acapulco á fines de Enero.

Hasta el año 1.733 España gobernó á Filipinas por la vía de Méjico, dependiendo el Archipiélago de un situado en metálico que procedía de las cajas de aquel imperio.

(NOTA DEL AUTOR.)

Kue-Sing murió antes de llevar á cabo el guerrero alarde que tanto espanto puso en el encojido Manrique, y España perdió por entonces, en virtud de aquel acto incalificable, á Zamboanga, Iligan, Caldera y Sabanilla, en Mindanao, Cuyo en Calamianes, y para siempre Ternate en las Molucas, siendo preciso para recuperar lo que hoy poseemos, que un hombre completamente ajeno á la milicia, que no debía al Estado haberes, honores ni distinciones, sólo dedicado á la oración, un misionero, el padre Luis de Pimentel, de la Compañía de Jesús, que bien merece un recuerdo, y en cuyo pecho latía un corazón español, exento de pequeñeces, cobardías y miserias, volviese por nuestros fueros. Sus gestiones obtuvieron brillante éxito; en el antiguo emplazamiento de Zamboanga, surgió un nuevo pueblo, y sobre los cimientos de la destruída fortaleza levantáronse nuevos baluartes. Fue oportunísima esta medida, porque, poco después, y respondiendo á causas y motivos que no son para ahora ni lo permite la índole de este libro, el feróz Dalasi, sultán de Butig, con poderosa escuadra y mucha gente de desembarco, puso sitio á la plaza. En uno de los asaltos, Dalasi cayó al foso herido de muerte, y recojido por las tropas, expiró á bordo de una de sus naves.

Después, y hasta la hora en que escribo estas líneas, sería tarea interminable referir la no interrumpida serie de hechos notables que registran los recuerdos de tan largo período de tiempo, y allí donde ha sonado un tiro, donde se ha puesto en duda nuestra soberanía, siempre que los moros han pretendido hacer valer sus derechos á aquella tierra, cuerpos de voluntarios zamboanguenses, agrupados al glorioso estandarte de Castilla, dispuestos á morir por la pátria, á la que están ligados por el deber y los vínculos de la sangre, han hecho valientemente el sacrificio de su vida, y así España debe estar orgullosa de esa su provincia ultramarina.

La india zamboanguña reúne pocos atractivos; su nivel está muy bajo en la escala de la belleza. Los hombres,

en general, son robustos, bien conformados y valientes hasta la temeridad; pero tanto esta virtud como las condiciones físicas que dejamos apuntadas, desmerecen al lado de la pereza que les distingue y que es la marca típica de su carácter.

Estos indígenas, la inmensa mayoría mestizos españoles, proceden en su origen de otras provincias del Archipiélago, y muchos de Méjico, de donde llegaron á principios de este siglo, cuando perdimos aquel imperio (1).

La española filipina, tiene el majes-

tuoso encanto de la mujer de los trópicos; sin el abandono ni la languidez de la cubana, vale tanto como ella. Es cariñosa y altiva, dulce y enérgica, y la resultante de esta serie de contrastes, velados por indolencia seductora, la hacen doblemente interesante.

Al pisar tierra de Mindanao, llegamos al término del viaje, pero no había dado fin la inacabable sucesión de originales acontecimientos que nos tenía preparados nuestra mala suerte.

El río Agusan, la noche de Jabonga, y la laguna de Mainit, son asuntos bastantes para un nuevo libro.

(1) En 27 de Octubre de 1821 se juró en Méjico la independencia de la Metrópoli.

FIN.

ÍNDICE.

Capítulos.

Páginas.

I	EL BERGANTÍN-GOLETA «PETRONA.»	5
II	ALGO DE HISTORIA.	11
III	EN EL MAR DE CHINA.	14
IV	QUIENES ERAN AMILUSIN Y SU GENTE.	20
V	TEMPESTAD.	27
VI	LO QUE REFIRIÓ ABAROA.	33
VII	RECALADA.	36
VIII	UN ACCIDENTE DESGRACIADO.	41
IX	UN EPISODIO DE LA VIDA DE CHAFALDETE.	45
X	¡ADIOS PULUAN!.	58



Museo Marítimo
BIBLIOTECA

N.º del inventario 7662

Reg. 5012

